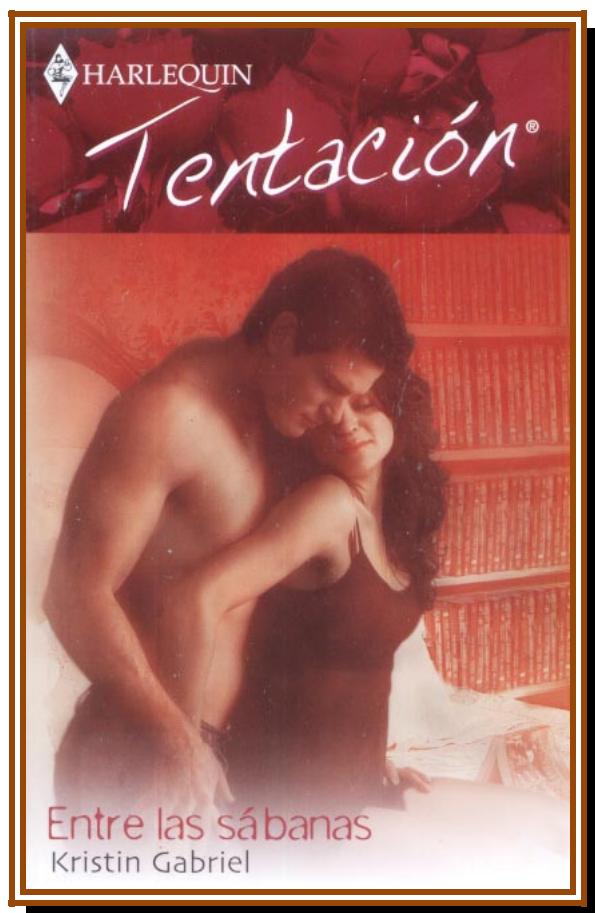


Entre las Sábanas

Kristin Gabriel



Entre las Sábanas (01.06.2006)

Título Original: Good Night, Gracie (2005)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: **Tentación 215**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Zack Maddox y Gracie Dawson

Argumento:

DOS HOMBRES COMPLETAMENTE DIFERENTES. ¿A CUÁL DEBÍA ELEGIR?

Todas las fantasías de la librera Gracie Dawson se hicieron realidad cuando consiguió seducir al que había sido su mejor amigo en el instituto, Gilbert Holloway. Sólo había un problema: en realidad, Gilbert no era Gilbert. Su verdadero nombre era Zack Maddox y estaba investigando a Holloway por actividades ilícitas. Sin embargo, ahora las únicas actividades con las que Zack quería entretenerse eran las que ocurrían con Gracie entre las sábanas...

Prólogo

— Se acabó.

Las palabras que había temido oír resonaron en los oídos de Gracie Dawson. «Se acabó». Sus sueños de ir a la facultad de Derecho, de emprender al fin en una vida propia, se habían terminado. Goliat había vuelto a ganar.

— Sabía que esos idiotas del instituto del patrimonio histórico nos iban a rechazar.

Cat Sheehan combinaba copas detrás de la barra de caoba mientras su hermana, Laine, permanecía con expresión aturdida en un taburete entre Gracie y Tess Applegate.

Como de costumbre, el bar se hallaba casi vacío. La Tentación era propiedad de las hermanas Sheehan y se hallaba en el mismo edificio de ladrillo visto que Entre Tapas, la librería que Gracie había heredado de su tía. Unas obras recientes en la calle habían hecho que el negocio menguara en los dos locales, pero eso no hacía que la pérdida se aceptara con facilidad.

En esa ocasión, Goliat había salido del ayuntamiento de la ciudad, con planes para demoler el edificio a fin de ensanchar la calle. Apelar al instituto del patrimonio histórico para que lo declararan monumento histórico, había sido su última esperanza.

La Tentación era como un segundo hogar para Gracie y esas mujeres, como una segunda familia. Las había defraudado. Así como había defraudado a su tía Fran, al ser incapaz de luchar contra la decisión de la compañía de seguros, que se había negado a cubrir todos los gastos médicos que había tenido durante la década entera que había estado luchando contra una enfermedad del riñón. Habían buscado la ayuda de abogados, pero ninguno había estado dispuesto a aceptar una lucha contra el departamento legal de una corporación enorme.

Había oído demasiadas historias de personas como su tía, a merced de los burócratas y los chupatintas. Gracie estaba dispuesta a plantarles cara. Pero primero necesitaba un título de abogada, y eso requería tiempo y dinero. Ambos escasearían al verse obligada a trasladar la librería.

Pero creía en la lealtad... y en cumplir las promesas. Antes de que su tía muriera, le había dicho que, mientras Entre Tapas existiera, una parte de ella también viviría. Gracie había jurado que mantendría vivo su legado.

Como mínimo, le debía eso a la tía Fran.

La furia hirvió en su interior ante toda esa injusticia. Su tía había muerto hacía once meses, cansada del esfuerzo de tener que luchar contra la enfermedad y las facturas que apenas lograba cubrir. Le había dejado todo a ella. La casa y la librería.

Gracie se había ido a vivir con ella a Kendall, Texas, con quince años, después de que sus padres hubieran respondido a la vocación de convertirse en misioneros. La adaptación a la vida en Kendall al principio había sido ardua, dificultada por los

grupos cerrados del nuevo instituto. Perderse en la lectura de novelas románticas la había ayudado a mitigar la transición.

Lo mismo que Gilbert Holloway, el genio informático del instituto, quien se había convertido en su mejor amigo. Habían pasado el tiempo libre viendo series antiguas en la tele y trazando planes grandiosos para asistir a la misma facultad en la Costa Este.

Luego le habían diagnosticado una enfermedad del riñón a su tía y sus planes habían sufrido un cambio drástico. Con una enfermedad crónica, Fran habían dependido de ella para recibir cuidados y ayuda en la dirección de Entre Tapas. Grade jamás le había contado a nadie lo mucho que había echado de menos la oportunidad de asistir a la universidad, igual que el resto de sus compañeros.

Como tampoco le había contado jamás a nadie lo mucho que odiaba la librería.

Salvo a Gilbert.

Después de la graduación, él se había ido a Boston sin echar nunca la vista atrás. Durante los últimos diez años, habían intercambiado correos electrónicos casi a diario. Él la dejaba quejarse, divagar y preocuparse sin juzgarla. Gilbert era el único hombre que la entendía. El único hombre que sabía cuánto significaban para ella sus sueños.

Quizá esa era la causa por la que le costaba tanto conocer a hombres en Texas. A pesar de haber estado asistiendo durante diez años a clases nocturnas, las citas que había tenido habían sido pocas y espaciadas. Ninguno de los hombres que conocía estaba a la altura de Gilbert.

Tal vez él era seguro. Un hombre con el que podía soñar sin tener nunca que llegar hasta el final. Y, desde luego, sí que soñaba, aunque Gilbert jamás conocería esas fantasías. Era la única cosa de su vida que no compartía con él.

Aunque había buscado mucho, jamás había encontrado una versión local de Gilbert.

Hacía una década que no lo veía, pero aún era el ejemplo por el que medía a los otros hombres.

Aunque últimamente apenas había dispuesto de tiempo para realizar «mediciones». Llevar la librería no le dejaba mucho tiempo libre para la vida social. Y la última noticia significaba poner indefinidamente en pausa todo lo que había en su vida.

Que así fuera. Pero no pensaba rendirse ante los Goliats del mundo. Gracie Dawson encontraría un modo de sobrevivir. Siempre lo hacía.

Laine se veía completamente desinflada a su lado, lo que hizo que Gracie se diera cuenta de que había estado pensando sólo en sí misma. La Tentación llevaba más de veinte años en la familia Sheehan, local legado por Brenda, madre de las hermanas. Cat llevaba el bar mientras Laine trabajaba como fotógrafa de revista. Adoraban La Tentación tanto como ella odiaba la librería.

—La ciudad quiere una nueva carretera, así que estamos fuera —dijo Cat, quebrando el silencio. Miró a Gracie—. ¿De verdad llegaste a creer que esta noche podríamos cambiar algo?

A pesar de que sabía que se trataba de una probabilidad remota, Gracie había contado con ello. Lo cual era ridículo, porque nada en su vida resultaba jamás como lo había planeado. Con veintiocho años, desde luego era lo bastante mayor como para saberlo. Era hora de empezar a enfrentarse a la realidad.

—¿Dónde voy a guardar todos estos libros si no consigo encontrar un local nuevo en treinta días? —se preguntó en voz alta.

Nadie disponía de una respuesta. Sabía que, en cuanto encontrara un lugar nuevo, iba a tener que usar cada céntimo de sus ahorros para ese traslado. Y sin duda sería un lugar que le cobraría un alquiler mayor que el que pagaba en ese momento. Y si sumaba lo que debería invertir en publicidad para retener a sus antiguos clientes, a la vez que ganaba nuevos, la tarea resultaba abrumadora.

—¿Cómo voy a encontrar un trabajo tan bueno como éste? —preguntó Tess. Hacía un año que la habían contratado como camarera, y no había tardado en establecer una buena amistad con Gracie, Cat y Laine.

Gracie deseó poder ofrecerle un puesto en la librería, pero tendría suerte de poder retener a su ayudante, Trina Powers, en cuanto realizaran el traslado. Su presupuesto ya se había reducido a lo básico.

Laine miró a su hermana.

—¿Cómo vamos a explicarle esto a mamá?

Tess le palmeó la mano.

—Brenda lo entenderá.

En los ojos de Laine brillaron unas lágrimas furiosas.

—No puedo creerlo.

Cat empujó un Cosmopolitan hacia cada una de ellas.

—¿Tenías fe en el sistema, Laine?

—Sí, la tenía —repuso ésta, estrujando la carta—. No es justo. ¿Cómo pueden arrebatarlos todo por lo que hemos luchado?

—Porque pueden —Gracie bebió un sorbo de su copa. A pesar de que la noticia las había sacudido a todas, Cat era la que mejor lo ocultaba. Se hallaban a merced de gente con poder, impotentes de cambiar algo.

Vio que Laine se ponía de pie y se daba la vuelta. Deseó haber podido hacer algo para que la situación se hubiera desarrollado de otra manera. Había sido idea suya dirigirse al instituto del patrimonio histórico. Le había entregado toda la información a Laine para realizar la presentación, pero era evidente que no le había dado suficientes municiones.

Bajó del taburete, se dirigió hacia Laine y le rodeó los hombros con un brazo.

– No es culpa tuya.

Laine esbozó una sonrisa amarga.

– Claro que sí. Si hubiera hablado con la persona adecuada, planteado el argumento correcto...

– No habría importado. La ciudad seguiría pasando por encima de nuestros negocios.

– Quizá.

Gracie sabía muy bien lo inútil que sería imaginar lo que podría haber sido. Había que encarar la vida de frente y encontrar un modo de sobrevivir.

Sus padres no lo habían conseguido, y habían sucumbido a una fiebre selvática apenas seis meses después de trasladarse a Sudamérica. Tampoco su tía Fran. Y ella había sobrevivido a mucho dolor. Pero estaba cansada sólo de sobrevivir. Cansada de existir en el limbo.

En ese momento quería vivir... vivir de verdad.

– ¿Qué vas a hacer ahora? – le preguntó Laine.

– Encontrar un local barato donde pueda reabrir Entre Tapas – miró alrededor... los frisos de roble de las paredes y los detalles arquitectónicos de los techos altos iguales que los de la librería –. Pero lo que encuentre jamás estará a la altura de este sitio.

– Tengo dinero de mi trabajo nuevo, si necesitas algo...

– Me arreglaré – sabía que podría cubrir los gastos recurriendo a sus ahorros para la facultad de Derecho. Había sido aceptada por la Universidad de Texas para el semestre de otoño, pero eso ya no podría ser.

Quizá era hora de encontrar un nuevo sueño.

Laine la observaba, con una mezcla de preocupación y autorrecriminación.

– No deberías culparte tanto – le dijo Gracie, tratando de consolarla de alguna manera –. Aquí ya no hay nada más que puedas hacer. ¿Por qué no te vas unos días? Tómame tiempo para ti misma.

Laine movió la cabeza.

– No puedo. Acabo de entregar mi primer encargo. No quiero que sea el último. Por no mencionar que la tía Jen me está volviendo loca. Esos incendios en California amenazan... – calló y miró a Gracie –. El treinta de junio, ¿verdad?

– En principio, ése es el Día D. Queda menos de un mes.

A Gracie la cabeza le dio vueltas con, todo lo que había que hacer en ese tiempo. Pero en ese momento no podía pensar en ello. Tal vez debería seguir su propio consejo y tomarse unos días lejos de la librería. Su reunión diez años después con la gente del instituto iba a celebrarse ese fin de semana en Kendall. Sería la excusa perfecta para realizar una huida temporal de sus responsabilidades.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Y una excusa perfecta para cumplir el único sueño que jamás se había atrevido a perseguir.

Capítulo 1

Zach Maddox estaba iluminado por la pantalla azul del ordenador. Llevaba horas allí sentado codificando ficheros y realizando otro barrido de seguridad del disco duro. Al menos ésa era la excusa que empleaba para quedarse en el trabajo. La realidad era que había esperado saber algo de Gracie. Sabía que ése era el día en que el instituto del patrimonio histórico tomaría la decisión. Esperaba que su silencio significara que se hallaba celebrándolo.

Bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza, tratando de desterrar la rigidez de los hombros. En los últimos meses, había pasado más tiempo en esa silla que en su propia cama. A pesar de sus esfuerzos, no habían avanzado nada en el intento por descubrir dónde se escondía Gilbert Holloway. El hombre había desaparecido hacía tres meses.

Testigo clave en un caso de conspiración por robo de tarjetas de crédito, Holloway había exigido protección policial a cambio de testificar. Cerró los ojos y por enésima vez se preguntó por qué había dejado que su compañero se quedara solo con Holloway aquella noche. El novato había estado decidido a demostrar lo que valía, pero Zach debería haber hecho caso a su instinto y pedido ese turno.

Ese error le había costado un disparo a Ray y el funcionamiento de las piernas.

Un matón había irrumpido antes de que amaneciera, al parecer para lograr el silencio de Holloway. Ray se había quedado dormido en el sofá del salón. Al oír el ruido de la ventana al romperse, lo había dominado el pánico y había sacado el arma antes de cubrirse.

Según la versión de Ray, el matón había forcejeado con él para quitársela mientras Gilbert escapaba por la puerta de atrás. El arma se disparó, hiriendo a Ray y asustando al matón. Zach todavía recordaba haber entrado aquella mañana y encontrado a su compañero inconsciente en el suelo, rodeado de un charco de sangre.

El chico había recibido un balazo en la espalda. Estaba seguro de que Holloway podría identificar al tipo que le había hecho eso a su compañero... sólo tenían que encontrarlo.

Unas huellas en la hierba mojada por el rocío los habían conducido hasta el garaje del vecino, donde, al parecer, Holloway había hecho un puente en el arranque de un jeep Cherokee. Tres días más tarde, el vehículo había aparecido abandonado en una carretera comarcal del sur de Ohio, pero sin rastro de Gilbert Holloway.

Estaba casi convencido de que su principal testigo había orquestado la desaparición por propia seguridad, desconfiando de que la policía fuera capaz de protegerlo. Suponía que no podía culparlo... aunque consideraba a Holloway un tipo débil, uno de esos fanáticos de los ordenadores que vivía, comía y dormía delante de una pantalla y un monitor.

Igual que él en ese momento.

Al menos se decía que tenía un buen motivo. Todas sus pistas habían resultado ser callejones sin salida. La única esperanza de hallar a Holloway era conectar con uno de los amigos que tenía en el ciberespacio. Alguien que pudiera aportarles una pista de dónde podría estar escondido.

No era gran cosa como punto de partida, pero no disponía de otra alternativa.

Un «ding» le indicó que recibía otro correo electrónico. Se irguió y se le dispararon los latidos del corazón.

Gracie.

Su reacción no tenía nada que ver con el caso y todo con la mujer que había detrás del correo. Amiga de Holloway desde el instituto, los dos habían mantenido correspondencia diaria durante los últimos diez años. Después de la desaparición de Holloway, Zack se había hecho pasar por éste. Al principio, había esperado alguna pista para el caso, pensando que Gracie Dawson podría revelar algo de utilidad. Después de todo, parecía conocer al tipo mejor que nadie.

Pero no había tardado en descubrir que no sabía nada de la incursión de Holloway en el mundo criminal. Debería haber dejado de escribirse con ella nada más comprender que no podría ayudarlo a localizar a Gilbert, pero algo lo empujaba hacia esos correos. Algo que no terminaba de descifrar. ¿El estilo ingenioso e irreverente? ¿Cómo lo hacía reír? O tal vez la soledad que vislumbraba entre líneas. La misma que lo envolvía a él cuando dejaba de trabajar el tiempo suficiente como para notarla.

No tardó en encontrarse inmerso en los detalles de la vida de esa mujer. Sabía lo mucho que había querido a su tía. Cuánto odiaba trabajar en la librería. El tiempo que había soñado con ir a la facultad de Derecho para entrar a trabajar para la fiscalía y luchar contra todas las injusticias del mundo.

Una ambición noble. Que hizo que la admirara todavía más. Había buscado un anuario viejo en la casa de Gilbert para ver su foto. Sabía que la gente cambiaba en diez años, pero aún tendría esos ojos azules. Esa misma sonrisa provocativa.

Sabía que era una locura desear a una mujer que no conocía... que vivía a más de mil quinientos kilómetros. Pero quizá ésa era la razón por la que tanto lo atraía.

Alargó la mano hacia el ratón y abrió el correo electrónico. En asunto ponía Plan B. No era una buena señal.

Hola, Gilbert,

Supongo que no estoy hecha para ir tras las ambulancias. Además, ¿quién quiere graduarse en la facultad de Derecho con treinta y cuatro años? Si aún no lo has adivinado, el instituto del patrimonio histórico ha rechazado nuestra petición. Eso significa que en los próximos veinte días tendré que encontrar un local nuevo para Entre Tapas y trabajar allí aproximadamente los próximos veinte años para poder pagar las facturas.

¿Has recibido la invitación para nuestra reunión del instituto? ¿Vas a venir? Han pasado diez años desde que nos vimos. Es demasiado tiempo. Te echo de menos, Gil, y de verdad necesito verte.

Por favor, di que asistirás.

Besos, Gracie.

Zach releyó el correo, sintiendo el dolor que había detrás de las palabras. No poder cumplir su sueño de ir a la universidad la estaba matando, sin importar lo mucho que intentara minimizarlo. Justo el mes anterior le había enviado un correo en el que le comunicaba que la habían aceptado en la Universidad de Texas. Su entusiasmo había saltado de la pantalla.

Deseó que hubiera alguna manera de poder lograr que se sintiera mejor.

«Por favor, di que asistirás».

Estaba tan tentado... Pero, ¿cómo podría ir a Texas cuando tenía que cumplir con un trabajo? Además, ella quería ver a Gilbert Holloway, no a él. Ni siquiera sabía que existía Zach.

Pulsó la opción de respuesta, colocó los dedos sobre el teclado y odió la idea de causarle más decepción. Durante un instante, consideró demorar la respuesta hasta el día siguiente, pero no creyó que debiera darse tanto tiempo para reflexionar en su contestación. El poderoso deseo que tenía de ver a Gracie podía vencer al sentido común.

—Hazlo —se dijo. Creía en la acción, sin importar cuáles fueran las consecuencias. Esa filosofía le había salvado la vida en más de una ocasión.

Pero al ponerse a teclear el nombre de Gracie, oyó un pop procedente del ordenador y la pantalla se quedó negra, sumiéndolo en una oscuridad completa. Se levantó y le dio al interruptor de la luz. Nada. No había electricidad. Desconocía la causa. ¿Un simple fallo eléctrico o algo más siniestro?

Sacó la pistola de la funda y fue al pasillo. No tenía linterna, pero conocía la casa lo bastante bien como para abrirse pasó entre la oscuridad hacia el salón. Una vez allí, la luz procedente de una farola le iluminó el camino. Podía ver la mancha de sangre sobre la alfombra donde Ray había caído... un recordatorio diario de lo mucho que había en juego en esa investigación.

Fue hacia la cocina con el arma amartillada. Dos voces, ambas masculinas, llegaban desde el garaje. Se detuvo al oír que una puerta se abría y se apoyó contra un armario.

—Sí, apesta, pero al menos nos pagan horas extras —dijo uno de los hombres.

—¿Eso incluye las últimas cuatro horas que pasamos en el bar viendo el partido de los Red Sox? —inquirió el otro.

—Ganaría mucho más si los Sox ganan el partido. He apostado doscientos pavos a su favor.

Zach guardó el arma. Reconoció las voces y supo que no corría peligro. Eran de los técnicos del departamento, Shawn Foy y Jason Billings. Sólo le quedaba por averiguar qué diablos hacían ahí.

Cuando los dos hombres giraban por un rincón, un haz de luz de una linterna cayó sobre la cara de Zach. Los dos se sobresaltaron al verlo.

– Maldición – exclamó Shawn –. Me has dado un susto de muerte, Maddox.

– Las luces se han ido – dijo Jason –. Creíamos que la casa estaba vacía.

– Os equivocasteis – Zach alzó una mano delante de su cara para protegerse del haz de luz –. Apunta esa cosa en otra dirección antes de que me ciegues. ¿Vosotros cortasteis la electricidad?

– Claro – respondió Shawn –. Tenemos orden de Brannigan de cerrar la casa y recoger todo el equipo... incluido el ordenador.

Thomas Brannigan era su oficial superior y el jefe del caso Holloway. Detective veterano, se guiaba estrictamente por las normas, lo que había causado más de un roce entre ambos. Pero nunca antes había hecho algo a sus espaldas.

– ¿Siempre trabajáis en la oscuridad? – preguntó, mirándolos. Jason frunció el ceño.

– No es culpa mía. Shawn cree que me pondría a ver el partido y le dejaría todo el trabajo a él.

– No lo creo, lo sé – corrigió Shawn –. Ese partido iba por la entrada catorce cuando al fin pude sacarlo del bar. No compensa perder mi trabajo.

– Brannigan no me mencionó nada sobre el traslado de la operación.

– No la estamos trasladando – dijo Jason –. La cerramos.

Zach lo miró fijamente.

– Y un cuerno.

Shawn pasó a su lado.

– Lo siento, Maddox, pero tenemos órdenes. Si no te gustan, tendrás que hablar con el jefe. Cuanto antes salgamos de aquí, antes podré volver a ver el partido.

Zach los siguió al pequeño despacho y los observó desenchufar todos los cables del ordenador. No podía creerse que estuviera pasando eso. Lo que aumentaba su irritación era el hecho de que no había tenido oportunidad de contestar el correo de Gracie.

Convencido de que debía de haber un malentendido, abandonó la casa y se dirigió al domicilio de Brannigan. Tardó casi una hora en llegar desde el lado sur de Boston. Cuando su jefe le abrió con una bata y ceñudo, comprendió que debería haber llamado primero.

– ¿Por qué diablos aporreas mi puerta a esta hora de la noche? – gruñó Thomas –. Más vale que se trate de una emergencia. Mi esposa y mis hijos tratan de dormir.

– Tenemos que hablar.

– ¿Ahora?

– No tardaré mucho.

Brannigan acentuó el ceño, pero lo dejó pasar.

– Que sea rápido.

Zach cruzó el umbral y a punto estuvo de tropezar con un osito de peluche. Brannigan tenía cuatro hijos menores de diez años, un hecho que se reflejaba por donde uno mirara.

– Bueno, ve al grano – Thomas apartó una muñeca Barbie del sofá antes de sentarse.

– Me ha llegado el rumor de que vas a cerrar el caso Holloway.

– No se trata de un rumor – indicó Thomas –. Sabes tan bien como yo que este caso se encuentra en un callejón sin salida. No podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo en él.

¿Perder tiempo? No podía haber oído esas palabras.

– ¿Así que lo olvidamos? ¿Nos olvidamos de que Ray no volverá a caminar? ¿De qué ese canalla que le disparó anda suelto en alguna parte?

El rostro de Brannigan se endureció.

– Jamás olvidaré lo que le pasó a Ray. Pero has estado forzando el caso desde que Ray recibió el disparo. Te he dado cierta libertad de acción porque es tu compañero, pero hay que saber cuándo parar. Tenemos que solucionar otros casos y capturar a otros delincuentes.

Zach se pasó la mano por el pelo. Su jefe era un irlandés terco, pero hasta él tenía que saber que ese curso de acción era un error.

– Tienes un aspecto horrible – añadió Thomas –. ¿Cuándo fue la última vez que te afeitaste?

– ¿Y eso qué diablos importa? He estado ocupado.

– Has estado obsesionado – corrigió su jefe –: Esta noche traté de llamarte a casa para darte la noticia, pero tuve que dejar un mensaje en tu contestador. Estabas sentado otra vez delante de ese condenado ordenador en la casa de Holloway, ¿verdad?

– Es mi trabajo – le recordó Zach.

– No me sueltes esa mierda – espetó Thomas –. No estás de servicio las veinticuatro horas del día. Has adelgazado y parece que llevas una semana sin dormir.

– Quizá si esta investigación te preocupara tanto como mi apariencia, ya habríamos encontrado a Gilbert Holloway.

Thomas se puso lentamente de pie.

– Me está hartando tu actitud, Maddox. No me presiones.

Pero Zach no dio marcha atrás.

– Demonios, alguien tiene que hacerlo si queremos encontrar al canalla que le disparó a Ray.

Thomas lo miró fijamente.

– Creo que es hora de que te tomes unas vacaciones.

– No necesito unas condenadas vacaciones. Sólo necesito trabajar en este caso.

– Eso no va a suceder. Estás fuera del caso y fuera del Cuerpo durante treinta días. Con efecto inmediato.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

– ¿Me retiras del trabajo?

– Llámalo vacaciones forzosas –repuso Brannigan–. Hay más vida que el trabajo, Zach. A este ritmo, te vas a quemar. Necesitas encontrar una playa en alguna parte del Caribe y empezar a perseguir a mujeres en vez de a criminales.

Reconoció ese brillo obstinado en los ojos de Brannigan. Supo que su jefe no iba a cambiar de parecer. En esa ocasión, había ido demasiado lejos.

– Y ahora vete a casa –ordenó Thomas, conduciéndolo hacia la puerta–, y duerme un poco. En al menos un mes, no quiero verte.

Antes de poder decir una palabra más, se encontró de pie en el exterior, con la puerta cerrada en sus narices. La había fastidiado. De pie en el porche, se preguntó si habría podido decir alguna otra cosa que hubiera convencido a Brannigan de cambiar de idea.

Ya era demasiado tarde. Estaba apartado del caso. Pero no tenía ningún deseo de holgazanear en la playa durante las próximas cuatro semanas. Sólo había un sitio al que podía ir... una persona a la que quisiera ver. Y los motivos por los que debería mantenerse alejado de ella ya no importaban.

– Gracie Dawson, allá voy.

Capítulo 2

La noche de su reunión del instituto, Gracie entró en Entre Tapas con el vestido negro prestado y los zapatos de tacón de aguja a juego, sintiéndose un poco como una Cenicienta. Pero ella no pensaba huir del Príncipe Azul a medianoche. De hecho, todo lo opuesto.

Había dedicado horas a prepararse para esa noche, agradecida de que la reunión se celebrara en Kendall para no tener que viajar. Sin embargo, había algo patético en el hecho de que llevara diez años sin salir de allí. Casi todos sus compañeros llegarían desde distancias largas.

— ¿Cómo estoy? — le preguntó a su ayudante, dando una vuelta.

— Sensacional.

Trina Powers salió de detrás del mostrador, la prótesis de su pierna visible por debajo de la minifalda vaquera. Un accidente de moto ocho años atrás había conducido a que le amputaran la pierna justo por encima de la rodilla. A veces usaba una silla de ruedas, pero casi siempre se ponía la prótesis, sin prestar atención a las miradas de los clientes y desafiando a cualquiera que tratara de compadecerse de ella.

— Es un vestido que grita «Tengamos Sexo» — comentó con una sonrisa.

Gracie bajó la vista al vestido ceñido que le había dejado Tess. Los tacones de diez centímetros eran de Cat, quien jamás parecía tener problema alguno en atraer a los hombres.

— Ya sé lo que debemos hacer — indicó Trina —. Pidamos la opinión del experto. Hemingway anda por aquí, en alguna parte.

Paul Toscano, un aspirante a escritor a quien Trina había apodado Hemingway, iba todos los días a la librería. Todas las mañanas llegaba con su ordenador portátil y el almuerzo, luego se sentaba en su rincón favorito para trabajar en el desarrollo de su libro hasta la hora de cierre.

— Eh, Ernest — gritó Trina —, ven aquí. Necesitamos tu opinión.

Paul emergió de entre los libros, subiéndose la montura de metal de sus gafas por el puente de la nariz. La camisa y los vaqueros quedaban holgados en un cuerpo tan flaco. Los ojos castaños se clavaron en Trina y Gracie pudo captar un leve rubor debajo de la barba.

— ¿Me has llamado? — le dijo a Trina.

— Gracie tiene una cita esta noche — comenzó la encargada —, y necesitamos que alguien con un cromosoma Y nos diga si el vestido que lleva es sexy.

El rubor se acentuó al volverse para mirar a Gracie.

— Es muy bonito.

Gracie no buscaba algo «bonito». Querva que los ojos de Gilbert se le salieran de las órbitas cuando la viera. Quería que la llevara a su habitación de hotel en el Claremont y la asaltara. Pensándolo mejor, se dijo que sería ella quien lo asaltaría.

– ¿Bonito? – repitió Trina, mirando fijamente a Paul—. Eres escritor. Un forjador de palabras. ¿Es eso lo mejor que se te ocurre? ¿Qué me dices de «sexy»? ¿«Deslumbrante»? ¿«Irresistible»?

– Quizá debería llevarte conmigo a la reunión – le, comentó Gracie a Trina – por si Gilbert necesita un empujoncito.

– No lo necesitará – intervino Paul –. Estás preciosa.

Gracie deseó poder tener tanta seguridad. Gilbert no le había respondido al último correo electrónico, algo atípico en él. Por eso había llamado al coordinador de la reunión, quien le había confirmado su asistencia.

Respiró hondo y se preguntó cómo sería verlo después de tantos años. Aunque había habido algunos blancos en la comunicación de él en los últimos dos años, hacía poco había reanudado los correos electrónicos con más asiduidad que nunca.

De algún modo, los intercambios cibernéticos habían parecido más personales, con una corriente sexual subterránea que la intrigaba, que hacía que se sintiera más cerca que nunca de él. Quizá porque ambos se acercaban a los treinta años y aún estaban solteros. Fuera cual fuere la causa, ya era hora de descubrir si su amistad podía conducir a algo más.

– Busqué a Gilbert en un viejo anuario – comentó Trina, sacándolo de una estantería –. No es exactamente lo que esperaba.

Gracie miró por encima del hombro de Trina mientras ésta buscaba la sección en la que aparecía su amigo.

Un adolescente corpulento, con pelo oscuro y desarreglado, mejillas regordetas y gafas de culo de botella que amplificaban sus ojos castaños, miró a Gracie desde la página. Llevaba una cazadora vaquera vieja y expresión hosca, nada de lo cual lo hacía aparecer atractivo.

– Gilbert nunca fue fotogénico – lo defendió –. Y me contó que hace cinco años perdió muchos kilos y se sometió a cirugía láser, de modo que las gafas han desaparecido. Además, he salido con bastantes chicos que por fuera parecían estupendos pero por dentro no eran más que imbéciles. Al menos sé que Gilbert no es un idiota.

– Tienes toda la razón – Trina cerró el anuario –. Además, ¿quién soy yo para juzgar? No hay ningún Gilbert ni otro hombre llamando a mi puerta.

Paul carraspeó y fue a decir algo, pero antes de poder hablar, Trina cambió bruscamente de tema.

– Hoy encontré algunas posibilidades en la sección inmobiliaria – se acercó al mostrador y abrió el periódico –. No son los mejores barrios, pero es evidente que no disponemos de tiempo como para ser quisquillosos.

Gracie miró los dos anuncios marcados con rojo y se sintió culpable. No le había prestado suficiente atención a su inminente desalojo, dejándole todo el trabajo a Trina mientras ella trabajaba en la presentación ante el instituto del patrimonio histórico. Eso cambiaría después del fin de semana. Entonces convertiría la búsqueda de un local para Entre Tapas en su máxima prioridad.

Pero en ese momento, sólo podía pensar en Gilbert.

Se preguntó si de verdad había cambiado tanto físicamente desde los tiempos del instituto. No era que importara. La hacía sentir especial y eso era más importante que una cara atractiva. No obstante, en su plan de seducción flotaban algunas dudas. ¿Y si no había chispa? No valía la pena un fin de semana de sexo salvaje si con ello estropeaban la amistad.

¿O sí?

El hecho de que pudiera hacerse semejante pregunta era prueba de que su larga sequía sexual se había cobrado un precio. Entre la librería y cuidar de su tía enferma, no había dispuesto de mucho tiempo para su vida social.

— Toma — Trina hurgó en su bolso —. Será mejor que lleves esto.

Gracie alzó la vista del periódico y vio que Trina sacaba unos coloridos envoltorios de preservativos. Paul emitió un sonido estrangulado al verlos.

— ¿Qué? — desafió Trina, mirándolo —. ¿Piensas que una tullida no puede tener suerte?

— Tú no eres... Yo nunca he dicho... — tartamudeó.

— Gracias — intervino Gracie, aceptando los preservativos.

¿Por qué Trina no podía ver que ese chico estaba perdidamente enamorado de ella? O quizá lo viera y había elegido no hacerle caso. Paul no era precisamente el Señor Excitante.

— Y ahora, ve a divertirte — Trina la condujo hacia la puerta —. Y no pienses en la librería. Puedo ocuparme de todo.

— Yo la ayudaré — dijo Paul, y añadió con celeridad —: Aunque no lo necesita.

Trina rió y Gracie quedó sorprendida por el leve aguijónazo de celos que sintió. Nunca un hombre la había mirado como Paul miraba a Trina. Lo más cerca que había estado había sido en el instituto, cuando Gilbert la había invitado a asistir con él al baile de graduación. Y en ese momento, diez años más tarde, lo iba a invitar a acostarse con ella.

Esperó que fuera una invitación que no pudiera rechazar.

Zach se hallaba en la sala de baile del Hotel Claremont preguntándose cómo había llegado a pensar que lograría salir adelante con su plan. La clase del 95 circulaba a su alrededor, la charla animada acentuada por esporádicos gritos y carcajadas alegres.

El año pasado había pasado por alto su propia reunión del instituto, donde sin duda se habría sentido tan alienígena como en ese momento. Esos días le resultaban borrosos, mezclados con recuerdos infelices del abandono de su padre cuando tenía trece años.

Después de convertirse en el hombre de la casa a la fuerza, había tenido que dejar los deportes y otras actividades escolares para ponerse a trabajar en una tiendabar abierta las veinticuatro horas del día y ayudar a su madre a mantener a flote la casa.

Allí había pensado por primera vez en hacerse agente de la ley, ya que era el sitio donde casi todos los patrulleros iban a tomarse un descanso. Había escuchado las historias que intercambiaban, cautivado por la acción. Comparado con cortar salami y lechuga, le había parecido el trabajo de sus sueños.

En ese momento, sabía que la acción tenía un precio. Como haber estado a punto de perder a su compañero. O dejar un caso sin resolver. Eso aún le molestaba y descubrió que le fruncía el ceño a la rubia que se le acercaba.

—Hola —saludó con un ligero acento sureño—. No parece que te estés divirtiendo mucho. Quizá yo pueda arreglarlo.

Desterró los pensamientos del caso de su mente y se obligó a relajarse y a sonreír.

—Estoy seguro de ello —bajó la vista a la etiqueta con su nombre pegado en el generoso pecho—, Sandra.

Ella rió.

—No me recuerdas, ¿verdad? No me ha reconocido nadie todavía. En el instituto era morena. Y algo marimacho. No me digas tu nombre. Deja que lo adivine.

Se preguntó cuánto haría falta para que abandonara el intento, pero no le importaba la espera. Gracie aún no había aparecido, de modo que no tenía nada mejor que hacer.

Sandra ladeó la cabeza y lo estudió de arriba abajo.

—Eres Gilbert Holloway, ¿verdad?

Zach parpadeó sorprendido. Holloway y él tenían la misma altura y los dos el pelo y los ojos oscuros, pero nadie los tomaría jamás por gemelos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque soy quien da la bienvenida oficial y los dos únicos hombres que no han recogido sus etiquetas son Gilbert Holloway y Mitch Putnam —volvió a reír—. Pero incluso con ese acento de Boston, sé que no eres Mitch.

—Claro que no —convino, preguntándose cómo había establecido la distinción. Estaba seguro de que Gracie se daría cuenta de que no era Gilbert en cuanto lo viera. Sólo esperaba que le diera una oportunidad de explicarse antes de desenmascararlo como el farsante que era.

Comprendió que había estado loco al presentarse, en esa reunión. Gracie quería ver a Gilbert, no a él. Ni siquiera lo conocía. No sabía que había estado comunicándose con un completo desconocido durante los últimos meses, contándole todos sus deseos, desvelando sus más íntimos secretos.

Haciendo que se enamorara de ella.

Desterró ese pensamiento perturbador de su cabeza nada más aparecer. No estaba enamorado de ella, sólo fascinado, quizá incluso obsesionado. Pero eso era lo máximo. Él mismo no permitiría que fuera más allá.

Pero, a pesar de las dudas que lo asaltaban, ya había llegado demasiado lejos como para poder dar marcha atrás. En cuanto conociera a Gracie y apaciguara su curiosidad, podría dejarla atrás. Tal vez no resultara fácil, pero era algo que ya había hecho con anterioridad. En ese momento, sólo quería ese fin de semana con ella. Un fin de semana para satisfacer las fantasías que había tenido sobre ella desde que el primer correo electrónico tocara algo dentro de su alma.

Sandra quitó el adhesivo que había en la etiqueta de Gilbert y se la pegó en el pecho.

—¿Puedes creer cuánto ha cambiado todo el mundo? No habría reconocido a Stacie Winston ni aunque hubiera pasado junto a ella en la calle, y eso que fuimos juntas al parvulario.

—Pueden pasar muchas cosas en diez años —comentó Zach, sintiéndose más seguro en el éxito de esa charada. Sandra no titubeaba en aceptarlo como Gilbert Holloway.

Aunque, en cierto sentido, después de haber leído todo sobre el sujeto, lo conocía mejor que a sí mismo.

Miró el reloj y esperó que todavía no quedara demasiado tiempo.

—¿Sabes si ya ha llegado Gracie Dawson?

—Todavía no —le dedicó una sonrisa picara—. Dime, ¿de verdad fuisteis sólo buenos amigos en el instituto o había algo más?

Esa era la pregunta que no podía responder, de modo que le ofreció una evasiva.

—Siempre hemos sido íntimos.

Ella rió.

—Y siempre tan reservado. Nunca pude sonsacarte nada interesante.

—Puede que no fuera un tipo interesante.

—Quizá no en el instituto —repuso, devorándolo con la vista—. Pero no cabe duda de que has mejorado con la edad.

Zach percibió que era momento de seguir adelante, pero antes de que pudiera poner una excusa para acabar la conversación, Sandra se le acercó más.

— ¿Puedes creértelo? —susurró, con la vista clavada en el otro extremo de la sala—. Creo que esa es Allison Webb. Ahí, justo al lado del ponche. ¡Imagínatela, apareciendo aquí como si se hubiera graduado con todos nosotros! Desde luego, hace falta valor. Y más cuando ni siquiera le mandé una invitación.

Zach siguió la dirección de su mirada y vio a una rubia alta.

— ¿Lo dejó o algo por el estilo?

Sandra lo miró y bufó incrédula.

— ¿Cómo has podido olvidarlo? Fue la comidilla del instituto durante meses. Desapareció en mitad del último año. Sin aviso. Sin explicaciones. Algunos dicen que se quedó embarazada. Otros afirman que la encerraron por drogas. Pero nadie llegó a saberlo nunca con certeza.

En ese momento lo recordó. En la parte de atrás del anuario, había un cartel de Se Busca con la imagen de Allison y un texto que ponía:

El último curso del Instituto Kendall ofrece una recompensa de un dólar por cualquier información sobre la compañera desaparecida, Allison Webb. La última vez que se la vio fue en, el laboratorio, con un jersey rosa y vaqueros blancos.

— Bueno, parece que esta noche va a solucionarse el misterio —indicó Zach—. Sólo tenemos que preguntarle adonde fue y por qué.

Sandra sonrió al tiempo que indicaba en la dirección de Allison.

— Adelante, señor Holloway. Estaré esperando para sonsacarte todas esas partes interesantes.

Zach cruzó la sala, impulsado más por el deseo de escapar de Sandra que por la curiosidad acerca de Allison. Al acercarse, ella vio su etiqueta y abrió mucho los ojos en señal de sorpresa.

— ¿Gilbert Holloway? —lo estudió con intensidad.

— Exacto —respondió—. ¿Cómo estás, Allison?

— Sabes cómo estoy —se acercó más a él y le murmuró—: La pregunta es qué hago aquí.

— Viendo a viejos amigos —contestó, sorprendido por su reacción.

— ¿Estás loco? —siseó—. No es momento para juegos. Hay demasiado en juego.

Al oír esas palabras, su instinto de policía se puso en guardia. Daba la impresión de que había más en el misterio de Allison de lo que todo el mundo imaginaba. Había algo entre Gilbert y ella. Era evidente que no una relación física, ya que ella no se había dado cuenta de que era un impostor... lo cual dejaba otra incriminadora posibilidad.

— Supongo que me gusta vivir peligrosamente.

—Sé por qué has venido tú —acusó ella, mirándolo con ojos entrecerrados—. Quieres ver a la pequeña Gracie.

Los celos en su voz resultaron inconfundibles. Pero seguía sin estar seguro de la relación que tenía con Gilbert. Necesitaba sonsacarle alguna información.

—¿Qué te hace decir eso?

—Quizá el hecho de que pones en peligro todo tu plan apareciendo aquí esta noche. ¿Por qué insististe en que estableciera contacto con Walker Mullen si pensabas venir?

¿Walker Mullen?

El nombre no sonaba familiar. ¿Cuántos alumnos de la clase del 95 estaba involucrados en ese caso?

—Por si te interesa, se tragó mi historia acerca del acosador y está haciendo planes para que tú y yo viajemos de incógnito. Se supone que debo recoger los billetes de avión el lunes en su agencia.

De modo que Walter Mullen era el operador turístico local... y un crédulo. Eso respondía una pregunta, pero no lo acercaba a encontrar a Gilbert.

—Y ahora corres el riesgo de estropearlo todo. ¿Y por qué? —puso los ojos en blanco—. La oportunidad de fantasear con Gracie Dawson.

Zach deseó saber de qué hablaba. Iba a ciegas y no sabía cómo sonsacarle más información sin delatarse.

—Deja que te invite una copa —ofreció al notar el vaso vacío que sostenía en la mano. Podía oler el alcohol en su aliento y esperó que un poco más le aflojara la lengua.

Ella movió la cabeza.

—Me voy. Además, prefiero mantener la mente despejada. Es más seguro de esa manera. Y te sugiero que hagas lo mismo... en especial al lado de Gracie. Como se interponga en el camino...

—¿Qué? —instó, con la piel de gallina por el tono empleado por ella.

—Simplemente, sigue el plan y Gracie no saldrá herida —repuso Allison—. Sé dónde vive, de modo que si algo sale mal... y me refiero a cualquier cosa, será ella quien lo pague. ¿Lo has entendido?

Antes de que pudiera contestar a esa amenaza abierta, Allison giró en redondo y se marchó. Zach iba a seguirla cuando otra mujer entró en su campo de visión. La mujer por la que había recorrido mil quinientos kilómetros. La mujer a la que hasta entonces sólo había visto en un anuario y en sus sueños.

Gracie.

Capítulo 3

Gracie permaneció en la sala atestada del Hotel Claremont, estudiando las caras de sus antiguos compañeros de clase. Algunas le resultaban familiares, otras apenas era capaz de reconocerlas. Unos pocos la miraron, pero casi todos se hallaban enfrascados en conversación, reunidos en grupos pequeños alrededor de las mesas o ante el bar.

Al único compañero al que no vio fue a Gilbert Holloway. El corazón se le hundió al comprender que todos sus preparativos... el vestido, los zapatos, los libros románticos, podrían haber sido en balde. Daba la impresión de que Gilbert no iba a aparecer. Tal vez su correo electrónico había sonado demasiado desesperado, necesitado. Lo había asustado. Probablemente, ésa era la razón por la que no se había molestado en contestarle.

Fue hacia el ponche, repitiéndose que no debía obsesionarse con el tema. Aún podía pasárselo bien esa noche y reanudar el trato con sus antiguos compañeros... aunque la idea de escuchar todas las historias de éxito la deprimía aún más.

—Gracie Dawson, ¿eres realmente tú?

Giró y vio a una rubia de pechos exuberantes que avanzaba en línea recta hacia ella. La mujer sostenía una etiqueta en una mano y un margarita en la otra. Su rostro le parecía familiar, pero no logró reconocerla.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —la mujer rió al plantarle la etiqueta en el vestido—. Soy yo, Sandra Atley. Y yo que pensaba que el torpe de Gilbert Holloway iba a ganar el premio a la Persona Más Cambiada Desde el Instituto.

—¿Gilbert? —el corazón le dio un vuelco—. ¿Está por aquí?

—Claro que sí —confirmó Sandra—. Y espera a verlo. No te lo vas a creer —la agarró por el codo y le hizo dar la vuelta—. Está justo... —calló y frunció el ceño—. Bueno, estaba justo ahí. Ya no estoy segura de dónde se encuentra.

Gracie se alisó el vestido y trató de no hiperventilar, consciente de que podría aparecer en cualquier momento.

—¿Cómo te va, Sandra?

—Fantástico —respondió la otra—. Acaban de trasladarme al Kendall State Bank desde la central en Houston. Me encanta volver a casa. Sigo siendo cajera, pero tengo el ojo en un puesto ejecutivo. Todo se basa en las relaciones, y ya he ganado puntos con el actual director.

Gracie se obligó a mantener el contacto visual con Sandra en vez de ponerse a buscar a Gübert con los ojos. «Que venga a buscarme él».

—¿Y qué me dices de ti, Gracie? —quiso saber Sandra—. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

—Oh, no. Todavía no. La librería me mantiene ocupada.

La sonrisa de Sandra se suavizó por la compasión.

— ¿Sigues trabajando ahí? Es un sitio tan bonito... Oí que tu tía había fallecido. Tenía intención de darte el pésame, pero el tiempo voló. Por eso me entusiasma tanto regresar a Kendall. ¡Todo en la gran ciudad va con prisas, prisas y más prisas!

— Eso tengo entendido — no supo qué más decir, recordándole lo poco que tenía en común con casi todos sus compañeros del instituto. Había creído que diez años cambiarían eso, pero un rápido vistazo a la sala le mostró que aún seguían vigentes muchos de los viejos tópicos, aunque en ese momento los límites eran un poco borrosos.

Siempre había estado fuera del grupo, junto con Gilbert. En ese momento, quería volver a encontrarlo para comprobar si el vínculo que habían compartido una década atrás seguía ahí. Un vínculo que se había fortalecido incluso en los últimos meses. Parecía más considerado en los correos. Menos cínico. Aunque aún poseía la capacidad de hacerla reír.

— Ahí está Honey Tate — Sandra señaló el otro extremo de la sala —. Corre el rumor de que va a casarse con un magnate senil de San Antonio. ¿Recuerdas cómo siempre coqueteaba con todos los profesores varones del instituto? Parece que ha centrado su habilidad en el ámbito geriátrico.

— No reconozco a la mitad de la gente que hay aquí — comentó Gracie, aún asombrada por los cambios en algunos de sus compañeros. Se preguntó si también a ellos les resultaría igual de distinta. Llevaba el pelo más corto que en el instituto y había ganado algunos kilos. Aunque no se había sometido a la operación de pecho que había alterado drásticamente el aspecto de Sandra —. ¿Quién es ése que hay junto a la palmera? — preguntó.

— Mitch Putnam — explicó Sandra —. Tiene que haber crecido unos quince centímetros desde los tiempos del instituto. Seguro que lleva calzas o algo así.

— Quizá tuvo un estirón tardío.

— Desde luego es posible — se ajustó el escote —. Es lo que me pasó a mí — luego clavó el codo en las costillas de Gracie —. No mires, pero aquí viene.

— ¿Mitch?

— ¡No, Gilbert!

Gracie contuvo el aliento al volverse y ver al hombre que se acercaba a ellas. Pero nada más verlo, se dio cuenta de que no se trataba de Gilbert. Ese hombre era demasiado atractivo. Demasiado seguro. Demasiado... sexy.

A pesar de su decepción, no pudo quitarle los ojos de encima. Apenas captó la súplica susurrada de Sandra de hablar bien de ella antes de quedarse a solas con él.

— Hola, Gracie.

El modo en que dijo su nombre le causó un escalofrío por la espalda y se obligó a apartar la vista de los ojos oscuros para clavarlos en la etiqueta de la chaqueta.

«Gilbert Holloway».

Volvió a mirarlo a la cara y buscó un atisbo de familiaridad. Pero le parecía un desconocido.

– No puedo creer que seas tú – musitó, sin dejar de mirarlo.

– Yo no puedo creer lo hermosa que estás esta noche.

También le había cambiado la voz, más profunda y vibrante. En los últimos años, el joven al que había conocido se había convertido en un hombre. Un hombre sexy, viril, irresistible.

– No sé qué decir – soltó, dándose cuenta de que ya había estropeado su plan de mostrarse tranquila. Estaba boquiabierto como una idiota, y sin duda también sonaba como tal.

– Entonces, no digas nada. ¿Bailas conmigo? – preguntó, alargando la mano.

Ella la aceptó, encantada con el modo en que esos dedos fuertes se cerraron sobre los suyos. La condujo a la pequeña pista de baile y la tomó en brazos.

Seguía conmocionada, pero al menos logró no pisarlo.

– Al fin estamos juntos – comentó –, después de todo este tiempo.

– Al fin – convino él, y la acercó todavía más, hasta que la cabeza se apoyó en su hombro.

El antiguo Gilbert siempre había olido a pepperoni, debido a su dieta diaria de pizza. El nuevo Gilbert irradiaba una fragancia a almizcle y a hombre, una mezcla erótica que casi la mareó.

– ¿Cuándo llegaste? – le preguntó, tratando de recobrar el equilibrio. Después de todo, sólo se trataba de Gilbert. Su mejor y más antiguo amigo. No había motivo para que el corazón le palpitara desbocado ni para que las rodillas se le aflojaran.

– Mi avión llegó a Dallas esta mañana y vine en un coche alquilado desde el aeropuerto.

– ¿Qué tal el vuelo? – otra pregunta estúpida, pero aún intentaba reconciliarse con la idea de que Gilbert estaba allí, en sus brazos y más increíble que lo que había imaginado jamás.

– Bien. Dormí casi todo el vuelo.

Ella le sonrió.

– ¿Dormir? ¿Significa eso que ya no tienes ataques de ansiedad a mil metros de altura?

El titubeó, luego asintió.

– La gente cambia.

Era el tópico del milenio, pero Gracie no iba a cuestionarlo, no cuando la reunión había resultado mejor de lo que habría podido pensar.

Osciló al ritmo de la música, sintiendo como si hubiera nacido para estar en sus brazos.

– ¿Dónde aprendiste a bailar de esta manera?

Él sonrió.

– En Internet.

– No, en serio.

La sonrisa se amplió.

– Es la verdad. Siempre quise aprender a bailar, pero nunca tenía tiempo. Así que recurrí a un buscador para localizar clases de baile en Internet.

– Clases de baile en Internet – repitió. Aún escéptica –. Nadie aprende a bailar de esta manera por sí solo.

– Bueno, he perfeccionado los pasos en algunos clubes los fines de semana.

Su admisión le provocó un aguijón de envidia al pensar en otra mujer en sus brazos. Una reacción ridícula, ya que no se veían desde hacía diez años. El Gilbert nuevo y mejorado sin duda se había acostado con innumerables mujeres. Lo más probable era que tuviera que echarlas de la puerta de su dormitorio.

Pero a ella no iba a echarla... no si podía evitarlo. Incluso tenía un plan de apoyo guardado en el bolso, en caso de que Gilbert necesitara que lo empujaran en la dirección adecuada.

La idea de acostarse con él le provocó un hormigueo de incertidumbre. En el pasado, había imaginado al Gilbert tímido y torpe de los tiempos del instituto, un hombre que entre las sábanas podía ser tan inexperto como ella. Pero algo le decía que era tan buen amante como bailarín. Sin duda, otra habilidad que había perfeccionado a lo largo de los años, y no con lecciones en Internet.

Esperó no decepcionarlo... si es que llegaban tan lejos. Quizá necesitara replantearse el plan antes de quedar completamente en ridículo.

La música terminó, pero Gilbert no la liberó de sus brazos.

– ¿Buscamos una mesa para tomar algo o seguimos bailando?

A pesar de lo mucho que había disfrutado del baile, necesitaba unos momentos a solas para centrarse.

– Una copa me parece estupendo. ¿Te importaría traerme una copa de champán mientras voy al tocador?

– En absoluto – convino –. ¿Quedamos en una mesa junto a la terraza?

– Nos vemos allí – lo vio alejarse y respiró hondo mientras iba en busca de los aseos.

Los encontró en el vestíbulo y disfrutó de un breve respiro lejos de la multitud y de la música para recobrase.

Entró en la sala impecable, con los lavabos y los reservados a un lado y los tocadores al otro. Al ir hacia un lavabo, reconoció a dos antiguas animadoras del instituto, Carol Ann Blume y Mitzi Mobley. Estaban sentadas en un sofá, ajenas o indiferentes a su presencia.

«Igual que en el colegio».

Sonrió para sí misma, recordando cuánto la habría herido esa conducta entonces. En ese momento tenía cosas más importantes en que pensar. La principal, el hombre que la esperaba en la sala.

Sacó una toalla de papel del dispensador, la mojó un poco y se la llevó al rostro acalorado. Mientras realizaba eso, le llegó parte de la conversación.

—¿Le has echado un vistazo a Gilbert Holloway? —le preguntó Mitzi a su amiga.

—¡Oh, lo sé! —exclamó Carol Ann—. Hablando de transformaciones.

—El chico ha pasado de torpe a dios griego. Me impulsa a lamentar no haber sido más amable con él en el instituto.

Gracie se quitó la toalla y luego se retocó el maquillaje. Al aplicarse lápiz de labios, se sintió más decidida que nunca. Gilbert podía haber cambiado por fuera, pero por dentro seguía siendo el mismo chico dulce que siempre había sido.

De modo que no tenía por qué sentirse intimidada por él. Era el mismo chico que había llorado viendo *La Lista de Schindler*. Las mujeres como Sandra, Carol Ann y Mitzi jamás serían capaces de apreciar sus cualidades interiores.

Lo que significaba que estaría loca si dejaba pasar esa oportunidad para llevar su amistad con Gilbert al siguiente nivel.

Resuelta, salió de los aseos. Al llegar al salón, miró en dirección a la terraza y lo vio ya sentado a una mesa. Sandra se hallaba frente a él, inclinándose lo suficiente como para proporcionarle una visión generosa de esos pechos aumentados con cirugía.

—Hablábamos de ti —entonó Sandra al verla acercarse.

—¿De verdad? —se sentó junto a Gilbert y luego le sonrió a Sandra—. Eres un encanto. Gracias por ofrecerle compañía a Gilbert en mi ausencia. Ahora ya puedo encargarme yo, para que puedas ir a divertirte un poco.

Los ojos azules de la otra reflejaron decepción, pero la ocultó con una amplia sonrisa.

—Ha sido un placer. Os veré luego.

—Adiós —se despidió, viéndola dirigirse en la dirección de otro hombre solo. Luego tomó su copa de champán y de pronto pensó que quizá a Gilbert le había gustado el pequeño espectáculo exhibicionista—. Espero no haber interrumpido nada.

—Eres asombrosa —giró para mirarla—. Te has deshecho de Sandra, pero de un modo tan educado, que conseguiste que te lo agradeciera.

—A eso se le llama modales sureños. No llevas tanto tiempo fuera de Texas como para haber olvidado cómo funcionan.

Él sonrió.

– Supongo que necesitaba ponerme al día. Estoy muy lejos de casa.

– ¿Tan distinto es Boston de aquí?

La miró a los ojos.

– Es como si fuera otro mundo.

Cuando la miró de esa manera, Gracie sintió que eran las dos únicas personas presentes en la sala. Deseó poder leerle la mente. Saber que el deseo que crepitaba en su interior no era algo que experimentaba sólo ella.

– A propósito, quiero disculparme por no contestar tu último correo electrónico – dijo él –. He tenido algunos problemas con el ordenador.

Eso hizo que se sintiera mejor.

– Para ser te franca, no estaba segura de que esta noche te presentarías.

– Debería haberte llamado – reconoció Zach –. Pero quería que fuera una sorpresa. Espero que no te importe.

– En absoluto – vació la copa y percibió que era en ese momento o nunca. Si no actuaba, terminaría por acobardarse. Pero a pesar de que había ensayado ese momento cientos de veces en los últimos días, no logró obligarse a pronunciar las palabras. Estar cara a cara con Gilbert, un hombre al que ya no podía reconocer, no era lo mismo que proponerle algo a su foto en el anuario. De modo que se decidió por el plan de apoyo –. Últimamente, estás lleno de sorpresas – comentó, dejando la copa vacía sobre la mesa –. Me encanta el regalo que me mandaste.

Él enarcó una ceja.

– ¿Regalo?

– La semana pasada. El vídeo – metió la mano en el bolso y lo sacó, y a punto estuvo de tirar los preservativos al suelo. Con celeridad volvió a guardarlos y rezó para que él no lo hubiera notado.

Gilbert no dijo nada, lo que la puso más nerviosa.

– Lo traje por si la reunión se hacía aburrida y queríamos largarnos para ir a verlo juntos – indicó Gracie, consciente de que hablaba demasiado deprisa –. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Quiso que la tragara la tierra. Sonaba tan poco convincente. Y transparente. Ya no estaban en el instituto. Gilbert pasaba las noches de los sábados en clubes nocturnos, no viendo episodios antiguos de series de televisión.

El silencio de él se extendió hasta la eternidad. Luego le quitó la cinta de vídeo de las manos.

– ¿Qué te parece si vamos a verla ahora? Creo que tengo un reproductor en mi habitación. Apuesto que hasta podemos pedir una pizza al servicio de habitaciones.

– ¿De pepperoni? – preguntó, aliviada de que no hubiera rechazado su oferta. Fue en ese momento cuando comprendió lo mucho que significaba para ella esa noche con Gilbert. Hacía mucho tiempo que estaba sola.

Él sonrió.

— ¿Es que hay otra?

Ella miró en torno de la sala atestada.

— ¿Quedará mal si nos marchamos pronto?

Él le alzó el mentón con un dedo hasta que sus miradas se encontraron.

— Estoy mirando a la única persona a la que he venido a ver.

Gracie contuvo el aliento ante el deseo descarnado que transmitieron los ojos de él. De modo que tal vez la atracción no era sólo unilateral. Esa posibilidad la excitó y la asustó al mismo tiempo.

— Supongo que es lo congruente — trató de aligerar el momento —, ya que nos saltamos el baile de graduación para pasarnos toda la noche viendo episodios antiguos de comedias en la tele.

Él sonrió.

— Entonces, digamos «buenas noches, Gracie».

Era su despedida habitual, con la que siempre había terminado sus conversaciones telefónicas en el instituto y luego en los correos electrónicos. Por primera vez desde que apareció en la sala del hotel, el hombre que tenía ante ella pareció menos un desconocido y más el viejo amigo que recordaba.

Sintiéndose más relajada, dejó que la condujera fuera de la sala hacia el grupo de ascensores que los llevarían a su habitación. Pero en sus planes no figuraba decirle «buenas noches».

Si en algo dependía de ella, la noche estaba comenzando.

Capítulo 4

Zach había resistido tentaciones en el trabajo... desde regalos hasta proposiciones sexuales de mujeres con fantasías con hombres uniformados. Pero ninguna se comparaba con la tentación que tenía a su lado.

Introdujo la tarjeta en la puerta de la habitación mientras en su interior su deber como policía libraba una batalla con sus necesidades de hombre. Grace era todo lo que había esperado... y más. No sólo era preciosa, sino que era una persona auténtica, como lo había sido en todos los correos electrónicos... y tan condenadamente sexy, que apenas había sido capaz de dejar la pista de baile.

Inhaló la fragancia exótica de su perfume cuando pasó delante de él y bajó la vista al contoneo tentador de sus caderas con ese vestido tan sugerente. La siguió al interior y cerró la puerta detrás de ambos.

En ese momento, se encontraba en territorio peligroso.

Y también desconocido. Nunca antes le había mentado a una mujer acerca de su identidad. En ese momento, se veía forzado a continuar interpretando el papel de Gilbert Holloway. Engañar a todos los asistentes a la sala había sido una diversión inocente. Pero engañar a Gracie... respiró hondo, sabiendo que no tenía otra elección.

Y menos en ese momento, cuando el caso se había reabierto. Descubrir la conexión de Allison Webb con Gilbert, seguida de la revelación de Gracie de que había recibido un regalo de él justo la semana anterior, imposibilitaba que le manifestara su verdadera identidad. No cuando acababa de recibir la primera pista real del caso.

Cuando Gracie sacó esa cinta de vídeo del bolso, había sido como si en su cabeza se activara una bomba. Los acontecimientos de los últimos meses se habían unido en un torbellino caótico de recuerdos. Ray inconsciente y sangrando en el suelo. La desaparición de Holloway. Las largas noches delante del ordenador, la búsqueda de algo que le permitiera avanzar en el caso.

Y en el espacio de una hora, le habían dado dos pistas. Trató de decirse que la cinta podía no significar nada, que tal vez sólo fuera un regalo inocente de un amigo a otro. Pero el instinto le decía otra cosa. Holloway estaba huyendo y no correría el riesgo de establecer contacto con Gracie a menos que fuera algo importante. Lo bastante como para arriesgar la vida.

A juzgar por la reacción hostil de Allison en el salón, la vida de Gracie, o al menos su seguridad, también corría peligro. La aparición de él en la reunión podría haber puesto algo en marcha que resultara peligroso para ella. Ya era responsable de que una persona hubiera resultado herida en el caso. No pensaba permitir que eso se repitiera. Era otro motivo, para mantenerse cerca de Gracie.

La cama enorme dominaba la habitación y el pulso de Zach se disparó cuando Gracie se sentó en ella y cruzó las piernas. Probablemente no tenía idea de lo

provocativa que estaba con un zapato de tacón de aguja colgando de un pie esbelto, de la reacción primitiva que avivaban en él las curvas de esas largas piernas.

En ese momento, no deseaba otra cosa que quitarle el vestido y tumbarla encima de él para apaciguar el anhelo que había ido creciendo en su interior con cada correo electrónico durante los tres últimos meses y con cada sonrisa que le había dedicado esa noche.

Pero no podía aprovecharse de ella de ese modo. No cuando lo consideraba Gilbert Holloway. De modo que reprimió su lujuria y soslayó la palpitación que le sacudía al dirigirse a la cama.

— ¿Pedimos primero la pizza? — preguntó él.

— En realidad, no tengo hambre — se reclinó en la cama con los codos apoyados detrás de ella. El ángulo resaltaba la curva larga de su cuello y la piel blanca de abajo. La tela ajustada del vestido se moldeaba contra sus pechos y perfilaba dos pezones perfectos y enhiestos —. ¿Y tú?

Zach la miraba hipnotizado. Su poder de voluntad vacilaba y no pudo recordar la pregunta.

— ¿Qué?

Ella esbozó una sonrisa picara y sacó la lengua para humedecerse los labios. Él estuvo a punto de gemir en voz alta y cerró las manos con fuerza. Llevarla a la habitación había sido una mala idea. De hecho, pésima.

— Ya no tengo hambre — repitió ella —. ¿Y tú?

Claro que tenía hambre. De hecho, estaba hambriento. Quería devorar cada centímetro del cuerpo de Gracie, empezando por la boca y bajando lentamente por ese cuerpo esbelto y suave.

Y al llegar a los pechos, se tomaría su tiempo para saborearlos. Luego bajaría despacio.

Volviéndola loca. Como hacía ella en ese momento.

— ¿Gilbert? — frunció el ceño ante ese prolongado silencio.

Zack se obligó a retornar al presente.

— ¿Hambre? No, en realidad, no — entonces recogió la cinta de la cama —. ¿Qué te parece si nos saltamos la pizza y vamos directamente al programa?

— Me parece perfecto — convino ella —. ¿Te importa si me pongo más cómoda?

Como se pusiera más cómoda, iba a estallar. Trató de soslayar la creciente palpitación en la ingle, diciéndose que era su castigo por mentirle.

— Adelante.

Ella sonrió y luego se quitó los zapatos.

— Me estaban matando.

Él suspiró, agradecido y decepcionado de que sólo quisiera desprenderse de los zapatos. Luego Gracie se incorporó y le demostró que se había equivocado. Alzó el bajo del vestido hasta el muslo, revelando un ligero negro.

Se le reseco la boca cuando soltó los broches, haciendo que el sonido reverberara en su interior. La vio deslizar la media negra de seda por una pierna larga. Eran unos movimientos tan lentos y seductores, que Zack pudo oír su propia sangre correrle por las venas. El tiempo se paralizó cuando Gracie se centró en la otra pierna para repetir todos los movimientos y desprenderse de la segunda media.

—Ya — se irguió —. Así está mucho mejor.

Zach se volvió hacia el televisor para introducir la cinta en el aparato de vídeo, agradeciendo esos momentos para recuperarse y recordar cómo volver a respirar. Finalmente, apretó la tecla de reproducción.

—Allá vamos — reguló el volumen con el mando a distancia. En ese momento, podía centrar su atención en el caso y no en Gracie. Lo único que tenía que hacer era mantener los ojos en el televisor.

La habitación se llenó con la música de presentación de un viejo programa de televisión. Respiró hondo y se volvió, encontrando a Gracie apoyada en una almohada contra el cabecero.

Le tiró la otra almohada y palmeó el espacio vacío junto a ella.

—Hay espacio de sobra para los dos. Desde luego, más que en el viejo sofá que solíamos compartir en tu sótano.

Unos celos encendidos ardieron en su interior al pensar que se había acurrucado en un sofá junto a Holloway. Sabía que no habían tenido intimidad, ya que había leído el diario de Gilbert acerca de todas las oportunidades perdidas que había tenido con Gracie. El tipo había sufrido unos conflictos serios entre desear a su mejor amiga y la intensa inseguridad que le producía su sobrepeso como para actuar al respecto.

En el pasado, había sentido pena por él. Pero en ese momento, sólo sentía felicidad porque Holloway no hubiera seguido sus deseos, proeza más difícil de lo que habría imaginado al encontrarse en una situación similar.

Aceptó la almohada, pero la colocó al pie de la cama, luego se tumbó bocabajo, con la cabeza a la altura de los pies descalzos de Gracie. Trató de centrarse en el programa, buscando alguna pista que pudiera conducirlo hasta Gilbert, pero cuando el colchón se movió y ella se unió a él en la misma postura, supo que estaba perdido.

Podía oler el aroma a lilas de su cabello. Sentir el calor de su cuerpo tan próximo... Oír la suave risa mientras miraba el programa. Los minutos se convirtieron en una eternidad a medida que descubría que la espiaba más a ella que al televisor. Pero como en un abrir y cerrar de ojos, la música sonó más alta y él desvió los ojos hacia la pantalla y vio que el programa estaba terminando.

Suspiró aliviado para sus adentros. Lo había conseguido. Aunque a duras penas, su poder de voluntad había conquistado el deseo que le inspiraba ella. No se atrevió a levantarse de la cama para no revelar la excitación evidente a través de sus

pantalones. A cambio, giró hacia Gracie y quedó sorprendido por lo cerca que se hallaban.

Contuvo el aliento. Como ella no se marchara en los siguientes treinta segundos, su autocontrol iba a desaparecer.

– Creo que es hora de decir «buenas noches, Gracie».

Ella lo miró largo rato. Luego, se inclinó hacia él y murmuró:

– Todavía no.

Supo que había perdido la batalla en cuanto los labios de Gracie tocaron los suyos. Se rindió con un gemido que se perdió en la dulce cueva de esa maravillosa boca. Reverberó en lo más hondo de su ser a medida que ese beso apasionado llenaba el vacío que había palpitado dentro de él durante tanto tiempo.

Su conciencia lo instaba a parar, pero ya le era imposible dar marcha atrás. No cuando sabía tan bien y se inclinaba hacia él de esa manera. No cuando sus manos en los pechos de Gracie le provocaban esos gemidos bajos.

En un rincón de su cerebro brumoso por la lujuria, sabía que eso no estaba bien, que hacer el amor con Gracie mientras asumía la personalidad de Gilbert no era justo para ella. Pero cuando interrumpió el beso para decírselo, ella lo empujó contra la cama, bajó una mano más allá de su cintura y la apoyó sobre el bulto en sus pantalones.

Gimió en voz alta y supo que ya no le importaba estar perdido ni si alguna vez era capaz de encontrar el camino de vuelta. Los dedos de ella se movieron sobre su erección, inseguros y curiosos. Cerró los ojos, la dejó establecer el ritmo y disfrutó de cada segundo. Le acarició su extensión y la sensación le causó más gemidos. Luego, Gracie sustituyó la mano por la boca, subiéndola y bajándola por la tela de sus pantalones.

Ese contacto cálido estuvo a punto de hacerle perder el control. No preparado para que esa fantasía real terminara, la alzó hacia él y la besó con una necesidad que casi lo asustó.

Nunca antes había existido una mujer como ésa. Nadie que lo empujara hacia ese grado de desesperación. Pero necesitaba más que su cuerpo. Quería parte de su alma, una conexión que lo llenara por completo.

Ella rompió el beso y luego alzó las manos para desatar el lazo de las tiras en su nuca, dejando que el corpiño del vestido le cayera hasta la cintura.

Ningún sujetador entorpeció su visión al contemplar esos pechos succulentos. Los pezones rosados reclamaban su atención.

Durante un momento, sólo pudo mirar cómo se alzaban y bajaban con la respiración jadeante. Luego ella cerró los párpados cuando Zack se adelantó para lamer un pezón, saboreando plenamente la deliciosa textura. El cuerpo de Gracie se arqueó para ofrecerle un acceso mejor.

Como un banquete preparado ante él, la tumbó sobre la cama y se dedicó a disfrutar del festín. Tenía un sabor mejor que el que había imaginado, la piel delicada

y levemente salada a medida que rodeaba un pezón con lentos círculos de la lengua, luego el otro. Se contrajeron bajo su boca y vio que ella cerraba las manos sobre el edredón al tiempo que el cuerpo le temblaba por la necesidad.

– Por favor – murmuró, sin manifestar sus deseos.

Pero él supo instintivamente lo que ella quería.

Lo mismo que quería él.

Abrió un sendero de besos suaves por su vientre y lentamente le bajó el vestido con las manos. Ella se retorció en la cama y soltó un grito cuando llegó a la parte superior de sus braguitas negras. Zack se detuvo en ese punto, alargando el momento hasta que Gracie le metió los dedos en el cabello y lo instó hacia su esencia.

Deslizándose la lengua por la seda ardiente y húmeda, se preparó para otro festín. Cuando ella comenzó a moverse contra su boca, le aferró las caderas y aminoró sus movimientos.

– Oh, por favor – jadeó, agarrándose al cabecero de atrás –. No pares.

No tenía ninguna intención de parar. Pero Zack había ido demasiado lejos y esperado demasiado como para ponerle fin en ese momento. Quería que durara toda la noche. De modo que giró la cabeza y llenó de besos la piel suave de la zona interior del muslo hasta que la respiración de Gracie se calmó un poco. La combinación de sus gritos y de su aroma no tardó en devolverlo a las braguitas, donde empleó la lengua para enloquecerla otra vez.

– Espera – jadeó ella, incorporándose a medias en la cama cuando ya no fue capaz de seguir soportándolo.

Él se retiró, sacándole el vestido por las piernas con un movimiento fluido. Ella alargó las manos y le quitó la chaqueta y luego la camisa, prendas que tiró al suelo.

Se obligó a no moverse cuando las manos de Gracie se posaron en su cinturón y los dedos se acercaron a la hebilla, rozándole la erección. No tardó en quedarse sin pantalones ni calzoncillos. Desnudo ante ella, tenía el cuerpo tenso y preparado.

Ella aún llevaba puestas las braguitas, pero se las dejó al inclinarse de nuevo en la cama y alargar los brazos hacia él. Era el punto de no retorno. Pero Zach no fue capaz de resistir la invitación; habría sido como si se ordenara dejar de respirar. Se tumbó sobre ella y la erección se deslizó contra la seda de las braguitas.

Gracie le rodeó el cuello con los brazos y se arqueó contra él. La fricción de sus cuerpos moviéndose al unísono estuvo a punto de ser su perdición, pero aguantó el tiempo suficiente como para ser consciente del preservativo que ella le había colocado en la mano. Ya estaba fuera del envoltorio, y era una simple cuestión de enrollárselo sobre la erección.

«O no tan simple», pensó cuándo ella se encargó de la tarea. Lo que siempre había sido algo casi automático, en ese momento se convirtió en uno de los actos más eróticos que jamás había experimentado. Gracie empleó las manos y la lengua para llevarlo una vez más al borde del abismo.

La tumbó en la cama, sabiendo que no podría resistir mucho más tiempo, pero decidido a brindarle tanto placer como el que ella le proporcionaba. Le bajó las braguitas hasta los tobillos y se las dejó allí para evitar que abriera las piernas para él demasiado pronto. Pareció encantarle esa sumisión y sus gemidos se hicieron más altos a medida que las manos de él profundizaban entre los rizos en la unión de sus muslos.

Se tomó tiempo, contento de retener aún un tenue control que le permitía explorar su cuerpo. Observó su cara cuando los dedos encontraron el centro ardiente y húmedo de su deseo. Gracie se arqueó en la cama mientras él jugaba con el clítoris, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Zach quería verla llegar al orgasmo, pero ella se negó a tenerlo sola.

Después de desprenderse de las braguitas con los pies, Gracie le rodeó las piernas con los muslos y lo bajó sobre ella. Cuando la erección penetró los pliegues de seda de su cuerpo, los dos gritaron, y luego se movieron en un ritmo primitivo que ninguno de los dos podía controlar.

El clímax de él se produjo demasiado pronto, y lo inundó al mismo tiempo en que ella gritaba su nombre. Aunque no era su nombre.

Gilbert.

Se hundió sobre ella y enterró la cara en el hueco del cuello a medida que los espasmos sacudían sus cuerpos. Se aferró a él, rodeándolo con brazos y piernas hasta que Zack no supo dónde terminaba él y comenzaba ella. Había sido perfecto.

Casi.

Gilbert.

El nombre reverberó en su mente y le dejó un sabor agrio en la boca. Con temor de estar aplastándola, rodó hasta ponerse de costado y la arrastró consigo.

Estaba decidido a no dejar que el nombre estropeará el momento. Era él quien la tenía en brazos, era a él hacia quien se inclinaba para besarla.

—Desde luego, ha valido la pena esperarte diez años —comentó Gracie con voz ronca, con los ojos húmedos—. Jamás olvidaré esta noche.

Zach no sabía qué decir. Bajo ningún concepto podía contarle la verdad en ese momento. Apenas era capaz de hilvanar dos palabras seguidas después de lo sucedido entre ellos. Había sido más que sexo, más que lujuria. Nunca antes había experimentado aquello con una mujer.

Pero lo peor era que apenas había ofrecido resistencia. Zach Maddox, que se enorgullecía del autocontrol que ejercía, se había rendido a ella. Pero eso no significaba que lamentara hacerle el amor. Todo lo contrario, quería que volviera a suceder. Una y otra vez.

Pero no hasta que ella conociera la verdad.

Aún no estaba seguro de cómo contárselo y, desde luego, ése no era el momento. Pero no era un hombre que rehuyera un desafío. Y bajo ningún concepto iba a huir de Gracie Dawson.

Lo necesitaba para que la protegiera, aunque todavía no lo supiera, al menos hasta que localizara a Gilbert y al resto de sus compinches. Sólo le quedaba pensar cómo lograrlo sin complicarle más la vida.

Pero era imposible pensar con Gracie en sus brazos. Los párpados se le tornaron pesados y se sintió más relajado que en años. Se dijo que ya lo pensaría al día siguiente, cuando dispusiera de tiempo para hacérselo entender.

Ella necesitaba conocer la verdad acerca de él, para que pudiera pronunciar su nombre la próxima vez que hicieran el amor. Y habría una próxima vez... de eso no le cabía duda.

Porque no pensaba perder a Gracie.

Capítulo 5

Por primera vez que Gracie pudiera recordar, la realidad era mejor que el sueño. A la mañana siguiente se hallaba tendida junto a Gilbert y lo miraba mientras dormía.

La luz del sol centelleaba en las patillas oscuras que le cubrían la mandíbula. Nunca antes había notado lo tupidas y brillantes que eran sus pestañas. O esa cicatriz diminuta encima de la ceja.

Aunque se tuvo que repetir que hacía diez años que no lo veía. Sin duda tenía cicatrices, tanto externas como internas, de las que nada sabía. También ella las tenía, pero en ese momento no parecían importar.

Acurrucada contra su cuerpo desnudo, cerró los ojos y recordó el modo delicioso en que le había hecho el amor la noche anterior. Anhelaba repetir la experiencia.

Pero dormía tan profundamente, que no quería molestarlo. Sin duda se hallaba extenuado de su largo vuelo desde Boston... al igual que de la sesión erótica que habían tenido.

Contuvo un escalofrío de placer al recordar todas las partes en que la había besado. Gilbert sabía cómo hacerle el amor a una mujer mejor incluso que sabía bailar.

Era, sencillamente, asombroso.

Pero ésa no era la única palabra que podía emplear para describirlo. Era inteligente, divertido, sexy. Su mejor amigo. ¿Qué más podía desear una chica?

Esa pregunta le borró la sonrisa. Quería más. Pero a pesar de la pasión increíble que habían compartido, él no había mencionado nada acerca de quedarse más allá del fin de semana. Bien podía tratarse únicamente de una aventura para Gilbert.

Pero el modo en que la había tocado, en que la había abrazado, el modo en que la había hecho sentir tan deseada... Por eso sabía en lo más hondo de su corazón que no podía tratarse de una aventura para él.

El sonido melódico de su teléfono móvil hizo que se sentara en la cama. Miró a Gilbert, aún profundamente dormido. Sin querer despertarlo, se levantó en silencio y recogió el bolso de la silla. Después de hurgar en el interior, sacó el aparato, fue al cuarto de baño y cerró a su espalda.

Apretó la tecla de conexión, preguntándose quién podía llamar tan temprano.

— ¿Hola?

— Gracie, ¿eres tú?

La voz profunda sonaba familiar, pero no logró situarla.

— Sí. ¿Quién eres?

– Gilbert. Necesito tu ayuda.

– Prueba otra cosa – era demasiado temprano para una broma. Se apoyó en el lavabo, y el mármol contra su trasero le recordó que estaba desnuda. En ese momento, no quería otra cosa que volver a la cama con Gilbert y calentarse contra ese cuerpo magnífico.

– Gracie, ¿qué te sucede?

– Nada – perdió la paciencia –. Es que no eres Gilbert y es demasiado pronto para jueguecitos.

– Claro que soy yo – repuso nervioso –. Gilbert Holloway, tu mejor amigo del instituto.

La voz le sonaba extrañamente familiar, pero sabía que era imposible. Era hora de cortar la charada.

– ¿Cómo puedes ser Gilbert cuando él está conmigo en este preciso momento?

– ¿Qué? – preguntó, casi gritando.

– No puedes ser Gilbert Holloway porque éste se encuentra conmigo ahora mismo. Y así ha sido toda la noche.

– Oh, no – gimió desde el otro extremo de la línea –. Oh, Gracie, no puedo creer que esto esté sucediendo. Escucha, yo soy Gilbert. Te lo juro, soy Gilbert.

Se preguntó si alguno de sus ex compañeros le estaría gastando una broma.

– Voy a colgar.

– ¡No! Espera, por favor.

La desesperación en la voz no sonaba a broma. Sonaba a Gilbert.

Desterró ese pensamiento perturbador. Tenía que tratarse de una broma, Pero ninguno de sus ex compañeros conocía el número de su teléfono móvil. Gilbert tenía los dos, también el de su casa, a pesar de que siempre había elegido comunicarse con ella por correo electrónico. Nada de eso tenía sentido.

– ¿Quién eres? – demandó, odiando el hecho de que ese hombre le hubiera estropeado la mañana.

Pero a pesar de sus pensamientos, no logró obligarse a cortar. Había algo en la persona que llamaba... algo en su voz, que la mantenía en la línea.

– Escucha, he hablado con alguien que ha ido a la reunión – dijo el otro –. Me informó de que había un hombre haciéndose pasar por mí. No sé qué está pasando, Gracie, pero debes creerme. Yo soy Gilbert.

– No – musitó.

– Soy Gilbert Leopold Holloway – afirmó con convicción –. Me bautizaron así en honor de mi abuelo y he vivido en la misma casa que nació él en el 1324 de Mesquite Road. Esa casa era amarilla con persianas negras. Tú solías decir que te recordaba a un abejorro.

Sintió un escalofrío intenso que no pudo achacar al mármol. La voz sonaba a la de Gilbert. ¿Y quién más podía saber cómo solía describir su vieja casa? Pasaba ante ella todos los días de camino al trabajo. El nuevo propietario hacía años que la había repintado. En ese momento era blanca con persianas verdes.

Cerró los ojos, sintiéndose mareada. No podía estar sucediendo eso. La historia del impostor era ridícula. Gilbert Holloway estaba con ella. En la cama. Abrió los ojos, luego se asomó por la puerta del cuarto de baño para comprobar si era él quien le gastaba la broma. Pero seguía dormido. Además, había estado dormido cuando sonó el móvil.

Volvió a cerrar la puerta del cuarto de baño y vio su reflejo en el espejo. Se había quedado pálida y tenía el pelo revuelto. Quizá fuera una pesadilla y despertara pronto. Pero la estática persistente en el teléfono le decía que era real.

— ¿Dónde estás? —le preguntó a quien la llamaba.

— No puedo decírtelo. Todavía no.

— ¿Cómo sé que eres realmente Gilbert Holloway? —insistió, sin querer creer todavía que era verdad.

Él titubeó un momento, luego dijo:

— ¿Recuerdas cuando te invité al baile de graduación y me rechazaste?

— Yo no rechacé a Gilbert —contrarrestó, no dispuesta aún a admitir que era él—. Simplemente, pensé que nos divertiríamos más lejos del bullicio.

— Fuimos a aquella pizzería en la Calle Cummings. Tú empezaste a pedir una pizza de pepperoni, pero yo comenté que deberíamos vivir peligrosamente y pedir algo diferente. ¿Recuerdas qué fue?

— ¿Y tú? —desafió, con la esperanza de que se equivocara.

— Beicon canadiense y pina —repuso con seguridad—. A ti te encantó y yo la detesté. De regreso a mi casa aquella noche, tuvimos que parar en el camino porque me puse malo. ¿Me crees ahora?

Se hundió contra el lavabo y apenas resistió el impulso de cortar y olvidar que esa llamada se había producido. Pero ya no había marcha atrás. Sabía que era Gilbert.

— Entonces, ¿quién es ese hombre que finge ser tú? —soltó.

— No lo sé —repuso Gilbert agotado—. Hay mucha gente detrás de mí, Gracie. Podría tratarse de cualquiera de ellos. Estoy metido en problemas. Problemas gordos.

Eso ni empezaba a describir la situación en la que se encontraba ella. Se había acostado con un desconocido. Peor aún, con un mentiroso. Si el hombre la engañaba con su identidad hasta el punto de acostarse con ella, ¿qué más sería capaz de hacer?

— Dime qué está pasando, Gilbert.

— No puedo ahora, Gracie. No tengo mucho tiempo. Pero debes alejarte de ese hombre. Me pondré en contacto contigo pronto. O bien hoy a lo largo del día o bien mañana. Necesito recuperar esa cinta.

— ¿Cinta? — repitió.

— La que te envié hace unos días de aquella comedia. ¿Todavía la tienes?

— Claro que sí. Pero no entiendo nada.

— Escucha, he de irme. Por favor, ten cuidado. Me odiaría si te pasara algo. Prométemelo, Gracie.

— Lo prometo — contestó —. Pero...

El teléfono se quedó muerto. Durante un momento, permaneció allí, tratando de absorber lo que acababa de suceder.

Gilbert no era Gilbert.

El desconocido que había en esa cama la había engañado la noche anterior. En la reunión. Cerró el teléfono, furiosa consigo misma. Había sabido que no era él nada más verlo. Pero había dejado que esa etiqueta la convenciera.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?

¿Cómo había podido acostarse con él?

La recorrió una oleada de calor al pensar en lo ansiosa que había estado de caer en sus brazos. De creer que el tipo magnífico que tenía ante sus ojos había sido su amigo desmañado del instituto. Había sido una víctima demasiado dispuesta a caer en el engaño.

Las lágrimas le agujearon los ojos al pensar en todo lo sucedido entre ambos. La había engañado con tanta facilidad, que debió partirse de risa para sus adentros cuando ella se quedó dormida la noche anterior. Pero, ¿por qué le haría el amor?

Eso no tenía sentido.

A menos que también él quisiera la cinta de vídeo. Esa posibilidad pareció una certeza al repasar la conversación de la noche anterior. Habían bailado y hablado. Pero él no había dicho nada sobre subir a su habitación del hotel hasta que ella no sacó la cinta del bolso.

Recordó el modo extraño en que se había comportado él al entrar en la habitación, casi como si tratara de esquivarla. Pero ella había seguido adelante, besándolo hasta que dejó de oponer resistencia.

La invadió la humillación. Había hecho el ridículo. ¡Había caído en la farsa de ese hombre hasta el punto de hacer el amor con él! Esa noche hermosa, que creía que recordaría el resto de su vida, había sido una completa simulación.

Lo único que deseaba en ese momento era alejarse lo más posible de él. La única manera que tenía esa situación de empeorar era si se veía obligada a volver a mirarlo.

Decidida a desaparecer antes de que eso pudiera ocurrir, abrió la puerta del cuarto de baño. El desconocido seguía dormido en la cama, con un brazo estirado sobre su almohada.

Recogió la ropa y con celeridad se la puso. Luego alzó el bolso y se dirigió hacia la puerta. Pero al posar la mano en el pomo, recordó la cinta de vídeo.

Tragándose un gemido de frustración, giró en redondo y regresó hacia el armario de la televisión, con la vista apartada de la cama. No quería mirar otra vez a ese hombre... no quería recordar todas las cosas íntimas que le había hecho. Que habían hecho juntos.

Expulsó la cinta del aparato, se la guardó en el bolso y fue hacia la puerta. Detrás de ella, sonaron los crujidos del colchón, pero no titubeó al largarse con rapidez, dejando que se cerrara con fuerza a su espalda.

Su sueño de seducir a Gilbert Holloway se había convertido en una pesadilla. Y algo le decía que la pesadilla no había hecho más que empezar.

Zach despertó con el sonido del portazo. Se frotó los ojos, luego se sentó y la sábana le cayó hasta la cintura. Durante un momento, no supo dónde estaba. Ésa no era su cama ni su dormitorio.

Luego, recordó el viaje a Texas y la reunión. El Hotel Claremont y Gracie. Había sido una noche que nunca olvidaría. Las sábanas seguían cálidas por el calor del cuerpo de ella.

Quería repetir todo lo que habían hecho. En ese mismo momento.

Una noche de descanso había mitigado su culpabilidad. Dispondría de tiempo suficiente para revelar su identidad. Mejor hacerlo despacio y ganarse primero su confianza. Después, podría contarle toda la historia; estaba convencido de que entendería todas las razones que había tenido para ocultarle tantas cosas.

—¿Gracie? —llamó, dando por hecho que seguía en el cuarto de baño. Esperó que aún siguiera desnuda.

Sacó las piernas por el lado de la cama y se puso de pie. No recordaba la última vez que se había sentido tan relajado. Tan... completo. Quizá Brannigan había tenido razón sobre las vacaciones. Pero sabía que lo que lo había revitalizado era mucho más que su viaje a Texas.

Era Gracie.

Cruzó la alfombra mullida hacia el cuarto de baño, sorprendido de ver la luz encendida y la puerta entreabierta. Terminó de abrirla y asomó la cabeza. Ni rastro de Gracie.

Perplejo, giró y estudió la habitación. La ropa de ella no estaba, ni los zapatos ni el bolso. Fue hacia la puerta de la habitación y la abrió, escrutando el largo pasillo. Pero no se veía a Gracie por ninguna parte.

El instinto le dijo que algo estaba mal. No parecía la clase de chica de «hacer el amor e irse». Menos después de lo que habían compartido la noche anterior.

Intentó recordar si había hecho o dicho algo que pudiera ofenderla.

Pero no se le ocurrió nada. A menos...

¿Sería posible que hubiera descubierto que no era Gilbert? Quizá en algún momento durante la noche, se hubiera dado cuenta de que había hecho el amor con el hombre equivocado. Ese pensamiento hizo que se sintiera angustiado. Pero no sabía si era verdad. Podía haber otra razón que justificara su desaparición... como una emergencia en la librería.

Fue a la mesilla y sacó el listín telefónico del cajón. Después de buscar el número de Entre Tapas, alzó el auricular y lo marcó, dejando, que sonara diez veces antes de colgar.

Odiaba no saber qué sucedía. Odiaba la sensación de carecer del control de la situación. Si algo iba mal, quería ayudar. Aunque no hubiera ninguna causa seria para su desaparición, no quería que anduviera sola por Kendall... no después de la conversación mantenida con Allison.

Respiró hondo y controló su imaginación. No era el momento de darle rienda suelta al pánico. Lo que necesitaba era darse una ducha y afeitarse. Quizá unos minutos bajo un chorro caliente de agua le despejaría la cabeza. Con algo de suerte, Gracie había ido a buscar el desayuno y lo estaría esperando cuando saliera.

Unos bollos en la cama era el modo perfecto de empezar el día.

Pero cuando veinte minutos más tarde salió del baño, la habitación seguía vacía. Se acercó a la cama e inhaló el perfume de su almohada. No había sido un sueño. Gracie había estado con él la noche anterior, había hecho el amor con él.

Entonces, ¿por qué se había ido sin despertarlo?

Supuso que tenía dos elecciones. Olvidarla o averiguar por qué lo había dejado sin despedirse.

La elección resultó tan fácil, que lo asustó.

Capítulo 6

No empezó a sentir miedo hasta llegar a la calle de Gracie con el coche alquilado y ver delante un coche patrulla de la policía. Al recordar la amenaza velada de Allison, aparcó, bajó del coche y corrió hasta el porche.

Si algo le había pasado a Gracie...

La puerta de entrada se hallaba abierta y golpeada, lo que le permitió ver el caos interior. Todo el mobiliario del salón se hallaba por el suelo, los cojines desgarrados y el relleno en la alfombra.

Entró y vislumbró los platos rotos sobre el suelo de la cocina. Por doquier había libros tirados, con las páginas arrancadas. Diminutos fragmentos de cristal brillaban bajo los rayos del sol que penetraban por la ventana rota.

Un huracán que hubiera pasado por Kendall habría causado menos daños.

Sus años de poli le dijeron que se trataba de algo más que de un simple robo. Había cólera detrás de ese delito. Tal vez odio.

Con un nudo en el pecho, estudió la estancia en busca de sangre, recordando el día en que había encontrado a Ray en el suelo de la casa de Holloway. Con la misma sensación de miedo se adentró en la casa, teniendo cuidado de no alterar nada.

Un jadeo lo impulsó a darse la vuelta. Vio que Gracie lo miraba desde el pasillo. Palideció al verlo.

— ¿Qué haces...? — comenzó.

Antes de que pudiera soltar las palabras, Zach salvó la breve distancia que había entre ellos y la tomó en brazos.

— Gracias a Dios que estás bien.

Lo recorrió una oleada de alivio. Disfrutó de la sensación de tenerla en brazos, cálida, suave e ilesa. Si hasta ese momento había albergado alguna duda acerca de los sentimientos que ella le inspiraba, supo que se trataba de algo mucho más serio que un enamoramiento de larga distancia. La noche anterior había recibido la primera pista. En ese instante, disponía de la confirmación.

Gracie se debatió, empujándole el pecho.

— ¡Suéltame!

Aflojó los brazos y se apartó lo suficiente para realizar un inventario rápido de su cuerpo y reafirmarse en que se encontraba ilesa.

— ¡He dicho que me sueltes! — gritó, retorciéndose hasta liberarse.

Un policía apareció desde otra habitación y miró ceñudo a Zach al tiempo que se llevaba la mano a la funda de su arma.

— Apártese. Ya.

Zack la soltó de inmediato, consciente de que ella no compartía sus sentimientos. De hecho, todo lo contrario. En sus ojos azules ardía la furia. El rubor de sus mejillas casi era del mismo color del top rojo que lucía.

Alzó las dos manos para mostrarle al policía que su intención no era causarle daño alguno.

—No pasa nada. Soy un... amigo.

—¡Eso no es verdad! —Gracie giró en redondo para mirar al policía—. Este hombre fingió ser un antiguo compañero de instituto en la reunión que celebramos anoche. La verdad es que nunca antes lo había visto. Pero mintió... sobre su nombre y su vida. Sobre todo.

El policía miró a Zach con una ceja enarcada.

—¿Es cierto eso?

—Puedo explicarlo —comenzó, deseando saber por dónde empezar. Era una historia larga y ni el policía ni Gracie daban la impresión de estar de humor para oírla.

—Explica esto —espetó ella, indicando el caos que los rodeaba—. ¿Tu trabajo era distraerme para que tus cómplices pudieran saquear mi casa?

La miró fijamente.

—¿Crees que yo soy el responsable de esto?

—¿Qué otra cosa se supone que debo pensar? —replicó con voz cada vez más alta—. Desempeñaste el papel de Gilbert a la perfección. Es evidente que para ello hizo falta una planificación minuciosa.

—Lo interpretas mal —le informó él. Pero era reacio a aclarárselo. Porque a la luz del día, y en vista de su furia, se veía a sí mismo con los ojos de Gracie. No ofrecía una imagen halagüeña. No había saqueado su casa, pero había hecho algo mucho peor—. Lo siento —dijo, sabiendo que era muy tarde para una disculpa. La había manipulado de la peor manera posible y dudaba que alguna vez pudiera perdonarlo, sin importar la nobleza de las intenciones.

Ella se volvió hacia el policía.

—¿Va a arrestarlo o no?

El oficial los miró a los dos, luego sacó un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo de la camisa.

—Primero necesito unos pocos detalles más —miró a Zach—. Como saber su nombre, señor.

Él miró a Gracie, odiando que la verdad tuviera que salir de esa manera.

—Zachary Maddox.

—¿Y de qué conoce a la señorita Dawson?

Titubeó.

—Nos conocimos anoche.

—Pero todo fue una mentira —intervino ella—. Fingió ser Gilbert Holloway, un viejo amigo mío. Me engañó y...

—¿Y? —instó el oficial, mirándola.

—Y todo esto es un gran malentendido —concluyó Zach.

El policía no tenía por qué conocer lo sucedido la noche anterior. No tenía nada que ver con la irrupción en la casa de ella y sólo serviría para abochornar a Gracie.

Pero ella no pareció comprender que quería protegerla.

—¿Malentendido? —repitió con gran incredulidad—. ¿Es así cómo describes lo que pasó anoche? ¿Un malentendido? Dime, señor Maddox, si ese es realmente tu nombre, ¿qué es lo que en realidad malinterpreté? Te presentaste como Gilbert Holloway ante todos los asistentes a la reunión. Sabías cosas de él... y de mí... que únicamente Gilbert conocería. Es obvio que has estado planeando esto durante mucho tiempo. Ahora quiero saber por qué.

—Quizá sea mejor si vamos a la comisaría —dijo el policía, cerrando el bloc—. Podemos comprobar los datos del señor Maddox para cerciorarnos de que está limpio.

—No es necesario —a regañadientes, sacó su placa. Era la única manera de deshacerse del policía y disponer de la oportunidad de hablar con Gracie a solas—. Pertenezco al departamento de policía de Boston. Puede llamar a mi jefe, Thomas Brannigan, para que se lo confirme. Él responderá por mí.

El oficial estudió la placa, luego se la devolvió.

—Parece auténtica.

Gracie estaba atónita.

—¿Eres policía?

—Detective —aclaró—. Llevo seis meses realizando una investigación criminal que involucra a tu amigo Gilbert.

Gracie movió la cabeza.

—No es posible. Gilbert me lo habría contado.

—Hay un montón de cosas que desconoces sobre Gilbert Holloway.

—Entonces, ¿por qué no me las cuentas? —desafió.

Zach miró al policía, que parecía estar divirtiéndose con ese intercambio.

—Éste no es un buen momento.

A pesar de la animosidad que le mostraba, lo excitaba verla con tanta pasión, aunque estuviera canalizada por la furia. Deseó poder tomarla en brazos y transformar toda esa energía en algo mucho más placentero para ambos.

– Estoy esperando – dijo ella, dejando bien claro que lo último que pasaba por su cabeza era el sexo.

No pensaba decir ni una palabra. No con ese poli curioso delante de ellos, dispuesto a contarle la historia a sus compañeros de la comisaría.

Gracie giró en redondo y desapareció por el pasillo. Oyó un portazo, sonido que reverberó por toda la casa.

– He ahí una dama enfadada – dijo el oficial, guardándose el bloc y el bolígrafo –. Bien, ¿qué hace realmente aquí, detective Maddox? Texas no pertenece a su jurisdicción.

– Oficialmente, estoy de vacaciones – repuso, consciente de que iba a necesitar la cooperación de la policía de Kendall si quería continuar con el caso.

El agente enarcó una ceja.

– ¿Y extraoficialmente? Zach lo miró a los ojos.

– Mi compañero recibió un disparo mientras, protegía a Gilbert Holloway. No pienso dejar el caso sólo porque los burócratas de mi departamento decidan que es hora de pasar a otras cosas. Pero le prometo que me mantendré fuera de su camino si usted se mantiene fuera del mío.

El oficial lo estudió unos momentos, luego asintió con firmeza.

– Odio cuando abaten a un oficial. Soy el sargento Bill Hayes. Si necesita mi ayuda, simplemente llámenos.

– Gracias – deseó que Gracie hubiera sido tan comprensiva. Pero la culpa de que hubiera reaccionado de esa manera era únicamente suya. Sólo esperaba que terminara por serenarse y entrara en razón.

Veinte minutos más tarde, el sargento Hayes terminó de procesar la escena y se marchó. Le expuso a Zach que sería difícil atrapar al culpable o a los culpables que habían invadido la casa de Gracie.

Quienquiera que lo hubiera hecho, no había dejado ninguna huella ni otra prueba que pudiera incriminarlo, lo que terminó de convencer, a Zach de que se trataba de algo más que un robo fortuito. Kendall no era un avispero de malhechores. Según el sargento Hayes, era el segundo allanamiento de morada que investigaba en los últimos tres años.

Eso convenció a Zach de que estaba relacionado con Holloway.

Gracie salió al porche delantero.

– ¿Qué haces aún aquí? Se preparó para esa hostilidad antes de girar hacia ella.

– Tenemos que hablar.

– No quiero hablar contigo – espetó, crispada –. ¡Lo único que quiero es que te vayas! Las palabras le escocieron, pero no retrocedió. Sabía que probablemente lo odiaría antes de que todo acabara, pero ya no disponía de alternativas.

– Lamento decepcionarte, Gracie, pero no me voy a ir a ninguna parte.

Ella miró fijamente al desconocido que tenía delante, sintiéndose asqueada. Aún se debatía con el hecho de que alguien había invadido su hogar, su intimidad. Lo último que necesitaba era que ese impostor empeorara las cosas. Sólo le recordaba lo tonta que había sido la noche anterior.

—Entonces, me marcharé yo —le dio la espalda.

Pero él se plantó en su camino.

—No hasta que solucionemos esto. Debes dejar que te explique lo de Holloway... y lo que sucedió anoche.

El arrepentimiento que captó en su voz la hizo vacilar, pero sabía que lo más probable era que fuera falso, como todo en él. No tenía ni idea si Zach Maddox era un poli honesto, pero era un actor de primera.

—¿Qué pasa con Gilbert? —preguntó, soslayando adrede la mención a la noche que habían pasado juntos.

Él le indicó la casa.

—¿Por qué no entramos para que puedas sentarte?

Quiso negarse, pero sentía flojas las rodillas y algo le dijo que no iba a ser una conversación breve. Entró en la casa y tomó asiento en un sofá maltrecho, doblando las piernas.

Zack se sentó en el sillón de orejas roto, una pieza antigua que había sido tapizada en damasco rosa antes de que un cuchillo la hiciera jirones.

—¿Y bien? —instó, odiando el efecto que ese hombre tenía sobre ella. A pesar de su engaño, había algo en él que aún la atraía, algo primario que nunca antes había experimentado. «Y jamás volveré a experimentar», se juró, al menos no con él.

Él la miró a los ojos.

—Empezaré desde el principio... hace unos seis meses, cuando descubrimos que Holloway estaba involucrado en un caso de fraude por Internet.

No tenía razón para creerle, no cuando le había mentido desde el comienzo. Pero ya había aceptado escucharlo.

—¿Qué clase de fraude?

—Robos de tarjetas de crédito, para ser exactos —se reclinó contra el sillón.

—¿De modo que estás llamando ladrón a Gilbert?

En vez de contestarle, le hizo otra pregunta:

—¿Recuerdas aquel negocio de ventas en Internet que Gilbert inició hace aproximadamente un año? Envió un correo electrónico masivo a todo el mundo que figuraba en su agenda, tratando de conseguir clientes. Tú eras uno de los nombres de su lista.

Gracie asintió, recordando que Gilbert siempre aparecía con un plan tras otro para hacerse rico, incluso en los tiempos del instituto. Pero todos habían fracasado en última instancia, aunque había admirado su creatividad con los zapatos que masajearan los pies y la reja parlante.

—Fue un negocio legal —le informó ella—. Algo parecido a eBay, pero en una escala mucho menor.

—No creemos que en un principio Holloway quisiera estafar a la gente —repuso Zach—. Pero no estamos tan seguros con algunos de sus proveedores. Creemos que cuando los clientes compraron artículos de ciertos proveedores, con Gilbert actuando de intermediario, se quedaron con los números de sus tarjetas de crédito.

Le costaba concentrarse estando en la misma habitación que Zach, en especial cuando sus sentimientos hacia él eran tan encontrados. El hombre sentado frente a ella le había mentado y le había hecho el amor. Uno había sido un acto de intimidación, el otro de traición.

Respiró hondo y trató de mantener un equilibrio.

—No entiendo.

—Digamos que querías vender este sillón en la página web de Gilbert —palmeó el reposabrazos del sillón de orejas—. Introducirías su descripción, junto con un precio. Cuando alguien deseara comprarlo, le daría a Gilbert su nombre, su dirección y su número de tarjeta de crédito, y él te remitiría la información a ti.

«Ahora bien, como tú eres una ciudadana respetuosa de la ley —continuó—, manejarías esa información para el objetivo por el que te la han dado, luego la eliminarías. Pero creemos que uno o más vendedores de ese sitio han realizado otras compras ilegales con los números de esas tarjetas, o incluso los han vendido».

—¿O sea que todo esto tiene que ver con utilización fraudulenta del número de las tarjetas de crédito?

—Es una parte.

—Pero no es culpa de Gilbert si la gente con la que él hace negocios es estafadora.

—Lo sabemos —repuso Zach—. Pero él es el punto central para solucionar el caso. Habíamos establecido una vigilancia en su casa, con la esperanza de agrupar todos los datos, pero algo pasó...

Gracie alzó la vista al notar que él callaba.

—¿Qué?

Zach se puso de pie y comenzó a ir de un lado a otro de la habitación.

—Gilbert debió de darle el soplo a uno de los sospechosos de nuestra investigación, porque unos matones se presentaron en la casa mientras la teníamos bajo protección y vigilancia policial. Las cosas se descontrolaron...

Esperó que terminara, pero le daba la espalda y pudo ver las líneas tensas de los hombros. La aprensión aleteó en su interior y apenas pudo formular la pregunta que no se le había ocurrido antes.

— ¿Gilbert... resultó herido?

Zach se volvió para mirarla.

— No... al menos, no lo creemos. Pero mi compañero recibió un disparo en la espalda. Casi no consigue sobrevivir.

Gracie movió la cabeza.

— No puedo creer que Gilbert esté involucrado en algo así. No va con su carácter.

— No te ofendas —le dijo Zach con voz dura—, pero no lo has visto en una década. Anoche aceptaste que yo era él.

Las palabras revivieron la vergüenza y la humillación. Se puso de pie y habló con voz trémula.

— Sal de mi casa.

— Escucha, lo siento —se disculpó, dándose cuenta del error que acababa de cometer.

— No tanto como yo.

Él hizo una mueca, pero a ella no le importó. Siempre se había esforzado por evitar herir a las personas, pero Zach era diferente. Era un policía. Un hombre en una posición de poder. Un hombre que había jurado proteger, no usar ni abusar.

Por eso se había acostado con ella la noche anterior. La había utilizado para avanzar en su caso. Y ésa era la única razón por la que se hallaba ahí en ese momento.

Lo vio pasarse una mano por el pelo.

— Escucha, hice mal en no revelarte mi verdadera identidad anoche, lo reconozco. Pero es evidente que tratamos con personas desesperadas por ocultar su delito.

— ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

— Que han llegado hasta el punto de pegarle un tiro a un policía. Ahora tienen incluso más razones para acallar a Gilbert... y a cualquiera relacionado con él. Podrías estar en peligro.

— ¿Ésa es la razón de tu charada de anoche? ¿Protegerme? Es ir un poco más allá de la llamada del deber, ¿no te parece, detective?

Zach dio un paso hacia ella, luego se detuvo.

— Lo malinterpretas.

— ¿De verdad? ¿De manera que, siguiendo un capricho, decidiste presentarte en una reunión de ex alumnos de instituto celebrada a mil quinientos kilómetros de tu casa? ¿Esperabas encontrar a Gilbert? ¿O quizá pensaste que yo lo ocultaba?

Se acercó tanto a ella, que Gracie pudo ver las motas doradas en sus ojos castaños.

— Comprende esto, Gracie. Que yo apareciera en la reunión de ayer no tiene nada que ver con Gilbert Holloway y todo contigo.

El tono de voz, más que las palabras, le produjo un intenso hormigueo. En ese momento, no le hablaba como poli, sino como hombre.

— Sí, anoche te mentí —reconoció—. Diablos, te he estado mintiendo desde hace bastante más tiempo. Holloway desapareció hace tres meses. ¿Quién crees que ha estado leyendo y contestando todos tus correos electrónicos?

— ¿Tú? —jadeó, sintiendo que el mundo oscilaba—. ¿Los últimos tres meses?

— Así es.

Cerró los ojos, aturdida por esa última revelación. Desde luego, explicaba el cambio que había percibido en esos correos, la intimidación. Jamás había tomado en consideración una relación romántica con Gilbert hasta los últimos dos meses. Porque el Gilbert de los correos electrónicos no era el mismo Gilbert de su pasado.

— Para que lo sepas —continuó Zach con voz más suave—, lo de anoche no tuvo nada que ver con Gilbert ni con el caso. Era sobre mí. Sobre mi necesidad de conocer finalmente a la mujer a la que parece que no puedo olvidar.

A pesar de todo, Gracie descubrió que quería creerle, tanto que la asustaba. Pero había aprendido de la forma más dura que esa clase de anhelo sólo representaba desastre en el futuro. Lo único que tenía que hacer era observar el caos que había en su casa, y en su vida, para darse cuenta de que ese desastre ya había llegado.

Cortesía de Zach Maddox.

Fue a la puerta, y se volvió para mirar una última vez al hombre que había creído un sueño hecho realidad, el hombre que creyó que era Gilbert.

— Me voy y quiero que desaparezcas para cuando haya regresado. ¿Entendido?

No esperó una respuesta, saliendo antes incluso de que él pudiera abrir la boca. La cabeza le daba vueltas con todo lo que le acababa de decir y necesitaba tiempo para asimilarlo.

Para enterrar otro sueño.

Capítulo 7

– Tomaré otro Cosmopolitan – pidió, empujando la copa vacía por la barra.

Cat enarcó las cejas, pero no dijo nada mientras comenzaba a prepararle otra copa. Casi toda la gente que solía ir los lunes al mediodía ya se había marchado, pero aún quedaban algunos clientes distribuidos por el bar.

– ¿Qué está haciendo Laine en California? – preguntó Gracie.

– Huir de sus problemas – puso una servilleta nueva delante de Gracie y luego la copa –. Parece que tú también te estás preparando para una pequeña fuga, aunque sin ir a ninguna parte. ¿Qué sucede, Gracie? Nunca bebes a estas horas.

– Siempre hay una primera vez para todo – musitó, bebiendo un trago –. Como el sábado por la noche, cuando me acosté con un perfecto desconocido.

Cat sonrió.

– ¿Y cuál es el problema?

El hecho de que no se mostrara horrorizada, hizo que Gracie se sintiera un poco mejor. Aunque Cat no se horrorizaba con facilidad.

– Es una larga historia – repuso. No quería contarle problemas a Cat cuando todo se desmoronaba a su alrededor. No sólo iban a perder el bar y la librería, sino que había averiguado que Tess y Laine se marchaban a lugares desconocidos. Las cosas ya habían empezado a cambiar y lo detestaba.

– Me encantan las historias largas – acercó un taburete de su lado de la barra y se sentó frente a Gracie –. Además, siempre has sido muy cauta... en todo caso, con los hombres. Me muero de impaciencia por oír qué te impulsó a hacer algo tan espontáneo.

No le gustó nada la imagen que evocó la palabra «cauta».

– ¿En qué soy cauta? – desafió. Cat puso los ojos en blanco.

– Por favor. Jamás tienes citas, ni siquiera cuando se te presenta la oportunidad. Y ha habido muchas noches de sábado aquí en el bar en que has dispuesto de esas oportunidades. El único hombre del que hablas alguna vez es Gilbert, y está a miles de kilómetros en Boston.

Aunque le había pedido prestados los zapatos de tacón de aguja, no le había mencionado sus planes para seducir a Gilbert. Trina y Paul eran los únicos que los conocían, pero sabía que jamás hablarían.

– Tengo citas – se defendió –. Lo que pasa es que... soy selectiva.

– Has estado jugando sobre seguro – replicó Cat –. De modo que me alegra oír que por una vez has paseado por el lado salvaje.

– No por elección propia. La noche, decididamente, no salió como yo la había planeado.

Cat la miró.

– Eso es lo que significa la espontaneidad, Gracie. Algo que no planeas de antemano.

– Conozco la definición. Pero no intentaba ser espontánea... intentaba seducir a Gilbert Holloway.

El rostro de Cat reflejó comprensión.

– ¿De modo que el Señor Perfecto estaba en la ciudad?

Gracie jamás lo había llamado «perfecto», pero, recordando, se dio cuenta de que había hablado mucho sobre él con sus amigos.

Quizá incluso se había excedido mencionando sus cualidades. En ese momento, se preguntó si no lo había idealizado con el propósito subconsciente de hacer que fuera imposible para cualquier otro hombre estar a su altura.

«Pero Zach lo estuvo». El pensamiento surgió sin previo aviso y lo desterró. Zach Maddox no se parecía en nada a Gilbert. Ella debería saberlo mejor que cualquiera.

– ¿Gracie?

Cat interrumpió sus reflexiones. Parpadeó, luego trató de recordar la pregunta de su amiga.

– Lo siento, estaba... ensimismada.

Cat sonrió.

– Ya veo. Y algo me dice que no pensabas en Gilbert. Bueno, ¿quién es el hombre misterioso?

Respiró hondo.

– Se presentó en la reunión fingiendo que era Gilbert. Engañó a todos. Incluida yo.

Cat se acercó.

– Oohhh, eso suena estupendo. ¿Ha sido una especie de historia a lo Cyrano de Bergerac, en la que Gilbert trató de seducirte a través de otro hombre?

– Nada tan romántico – respondió, aunque sabía que no era del todo cierto. Esa noche en la habitación del hotel había sido la más romántica de su vida... hasta que descubrió que todo era mentira.

Se bebió la copa y luego le contó todo, incluido el hecho de que había pasado la noche en los brazos de Zach. El alcohol se lo facilitó, aunque aún se ruborizaba al reconocer que lo había seducido cuando él había tratado de darle las buenas noches.

– Vaya – Cat movió la cabeza asombrada –. Eso es increíble. Bueno, ¿qué pasa ahora?

Gracie jugó con la copa vacía, sintiéndose también ella vacía por dentro una vez contado todo.

—No pasa nada. Zach regresa a Boston, de modo que nunca tendré que volver a verlo. Y yo regreso a mi vida habitual.

Eso no era del todo cierto. Su casa estaba hecha un desastre. Sus amigas se marchaban. Su sueño de ser abogada se había terminado. Y estaban a punto de derribar su librería.

La vida no podía llegar a ser peor.

—¿Qué me dices de Gilbert? —inquirió Cat—. Da la impresión de que anda metido en muchos problemas.

Gracie comprendió que había estado tan enfrascada en sus propios problemas, que apenas había pensado en la situación de él.

—Cuando me llamó ayer por la mañana, me dijo que volvería a llamar pronto. Pero no he sabido nada más de él.

Cat le quitó la copa vacía, sin preguntarle si quería que se la rellenara.

—Lo mejor que puedes hacer es vigilar tu propia espalda, en particular después de que irrumpieran en tu casa.

—Gilbert jamás me haría daño.

—No hablo de Gilbert —aclaró—. Hablo de la gente que lo persigue. Como sepan que es tu amigo, puede que te utilicen para llegar hasta él.

De modo que sí existía la posibilidad de que su vida empeorara. Había estado tan centrada en sus planes de seducir a Gilbert, y luego en descubrir que se había acostado con el hombre equivocado, que ni siquiera había analizado las secuelas, a pesar de que Zack le había advertido acerca de las mismas y oscuras posibilidades.

Pero si Gilbert necesitaba su ayuda, debía poder contar con ella... tal como ella había contado con él durante los últimos diez años.

«También había contado con Zach en los últimos tres meses».

Apartó ese pensamiento inoportuno de la cabeza, La mascarada de Zach podría haberla engañado durante los últimos tres meses, pero no iba a ser tan crédula otra vez.

Tampoco iba a permitir que lo sucedido el sábado por la noche le impidiera involucrarse en los problemas de Gilbert. Por el modo en que Zach había hablado el día anterior, no iba a parar hasta no tener a su amigo bajo custodia, ajeno por completo a los derechos de Gilbert o a lo que le convenía en esa situación.

Otro escenario de David y Goliat. Sólo que en esa ocasión, no iba a permitir que ganara Goliat.

Sacó el dinero para pagar el almuerzo y lo dejó sobre la barra.

—Gracias por escucharme y por los Cosmopolitans.

—De nada —repuso Cat—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a encontrar a Gilbert.

Zach entró en Entre Tapas, sintiendo como si ya hubiera estado allí. Gracie le había descrito el lugar tantas veces en los correos electrónicos, que lo más probable era que supiera dónde estaba todo con los ojos vendados.

Hileras de estanterías llenaban el local y pudo ver a un hombre sentado en un rincón. Ése tenía que ser Paul Toscano, el escritor del que le había hablado y que frecuentaba el lugar a diario. Y la mujer que se le acercó, con una blusa blanca sin mangas que revelaba el tatuaje de un fénix en el brazo, debía de ser Trina Powers, su ayudante.

—Bienvenido a Entre Tapas —le sonrió—. ¿Hay algo especial que le pueda ayudar a buscar?

—De hecho, sí lo hay —repuso, sin dejar de estudiar el local—. Busco a Gracie Dawson.

—Hoy no la espero.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? Trina titubeó, evaluándolo.

—Probablemente. Pero no estoy segura de que deba decírselo. ¿Quién es usted?

El sonido de una silla contra el suelo de madera reverberó en el local. Alzó la vista y vio que Paul salía de su rincón.

—¿Necesitas ayuda, Trina? —preguntó.

—No.

Al ver la expresión en la cara de Trina, se dio cuenta de que Paul no era el único con una vena protectora... algo que podría aprovechar a su favor.

—Me llamo Zach Maddox y soy detective de la policía.

Ella enarcó una ceja en señal de escepticismo.

—Conozco a todo el mundo en Kendall y usted no trabaja en el departamento de policía.

—Soy de Boston —sacó la placa, sabiendo que esa era el tipo de mujer que exigiría ver una prueba.

Trina le tomó la placa y la estudió detenidamente antes de devolvérsela.

—Está muy lejos de Boston, detective Maddox.

—Por favor, llámeme Zach.

—De acuerdo, Zach. Y ahora, ¿por qué no me cuenta lo que realmente está pasando?

Pero antes de poder explicárselo, se abrió la puerta y entró Gracie en persona. Se detuvo en seco al ver a Zach, y durante un momento, él pensó que iba a girar en redondo y a marcharse otra vez. Pero irguió los hombros y se acercó.

— Parece que no necesito hacer las presentaciones — observó Trina, mirándolos a los dos.

Gracie no le quitó la vista de encima al hablar:

— ¿Nos disculpas, Trina, por favor? Necesito mantener una breve conversación con el detective Maddox en el almacén de atrás?

— Por supuesto — convino Trina mientras Gracie daba la vuelta y se dirigía a la parte de atrás del local.

Zack la siguió, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. El calor de su furia lo envolvió, igual que había hecho su deseo en la habitación del hotel. Aceptaría su odio, aceptaría cualquier pasión procedente de ella, ya que era mejor que la alternativa.

En su opinión, cualquier emoción, incluso una negativa, era mejor que la indiferencia. Después de que su padre se marchara, su madre había aislado las emociones, se había insensibilizado a todo lo que la rodeaba. Incluso a él.

Al fallecer ella cinco años atrás, el vacío que había en su interior sólo había crecido.

Hasta que apareció Gracie.

Desterró los pensamientos del pasado y se dijo que lo mejor que podía hacer era concentrarse en el presente.

Al llegar a la habitación de atrás, ella cerró la puerta y los aisló entre cajas polvorientas de libros. En el techo, brillaba una única bombilla, proyectando sombras. El efecto resultaba extrañamente íntimo.

Sintió el deseo de meter las manos en su cabello y acercarla para darle un beso que no finalizaría hasta que ambos estuvieran desnudos en el suelo de cemento.

— ¿Dónde está Gilbert?

La pregunta lo arrancó de su fantasía. Respiró hondo y dijo:

— Era lo que esperaba que tú pudieras decirme.

— Si lo supiera, no estaría aquí hablando contigo.

El hecho de que mereciera su enfado, no facilitaba aceptarlo.

— ¿Podemos empezar de nuevo?

— ¿Por qué? ¿Para que puedas volver a utilizarme con el fin de localizar a Gilbert? No voy a caer otra vez en eso, detective. Quiero encontrarlo para poder ayudarlo a él, no a ti. Ojalá nunca te hubiera conocido.

— Lo sé — detestaba que ella odiara la noche que habían pasado juntos, una noche que él nunca olvidaría—. Pero ninguno de los dos puede cambiar lo que sucedió. El hecho es que Gilbert está huyendo de gente muy peligrosa. Si me ayudas a encontrarlo, te prometo que haré lo que sea necesario para protegerlo.

Ella entrecerró los ojos.

— ¿Por qué debería creerte?

— Porque te juro que te estoy diciendo la verdad — sabía que su palabra tendría poco peso con ella, pero era lo único que tenía para ofrecerle.

Gracie lo miró fijamente y el momento pareció alargarse una eternidad.

— De acuerdo, te ayudaré, detective. Porque no quiero que a Gilbert le pase nada.

No le gustó cómo pronunció el nombre del otro, pero no estaba en posición de quejarse.

— Gracias.

— Pero para que quede claro — continuó —, no aceptaré órdenes de ti, ¿entendido?

Él asintió, comprendiendo que no tenía mucha elección.

— ¿Qué quieres saber? — preguntó ella.

— ¿Gilbert se ha puesto en contacto contigo aparte de por los correos electrónicos y la cinta de vídeo que te ha mandado?

Gracie titubeó, como si aún no estuviera segura de que pudiera confiar en él.

— Me llamó al teléfono móvil ayer por la mañana... en el hotel. Fue así como supe que eras un impostor.

Entonces entendió el motivo por el que se había marchado de forma tan súbita. Qué mal momento había elegido Gilbert.

— ¿Qué te dijo?

— Primero, tuvo que convencerme de que realmente era él — repuso ella —. Al averiguar que había alguien haciéndose pasar por él en la reunión, se puso muy nervioso.

— Estoy seguro.

— No entendí lo que estaba pasando — continuó Gracie —. Prometió ponerme al corriente de todo luego, cuando le llevara la cinta.

— ¿Qué?

— La cinta de *Burns & Alien*, esa comedia que vimos. Quiere que se la lleve.

— ¿Cuándo? ¿Adonde?

— No lo dijo — repuso —. Me informó de que volvería a ponerse más tarde en contacto conmigo para establecer un lugar de encuentro.

Ni soñando Zach iba a dejar que eso sucediera. ,

— No vas a quedar con Gilbert ni con cualquier otra persona involucrada en este caso. Dame la cinta y yo me ocuparé a partir de aquí.

Ella movió la cabeza.

— No acepto órdenes de ti, ¿te acuerdas?

El deber de encontrar a Holloway luchó con su necesidad feroz de protegerla. Se hallaba inextricablemente unida al caso de un modo que él no entendía, una forma que podía ponerla en peligro.

—Gilbert se puso en contacto conmigo — le recalcó—, y saquearon mi casa. Así que ya estoy involucrada.

Tenía razón. Pero no quería a Gracie en mitad de ese caos. Ya había estado a punto de perder a un compañero debido a ese caso. No iba a arriesgarse a perderla a ella.

—Esto podría ponerse peligroso —le indicó—. Puedo arreglar que te trasladen a un lugar seguro, lejos de Kendall, hasta que todo haya acabado.

—Olvídalo —respondió—. No puedo parar mi vida mientras tú te dedicas a la cacería. Sabes por haber leído mis correos que en menos de tres semanas he de encontrar un emplazamiento nuevo para Entre Tapas, aparte de organizar el traslado y cerrar este local. No tengo tiempo para ir a ninguna parte... aunque lo quisiera.

Eso le dejaba sólo una opción.

—Entonces, deja que te proteja aquí en Kendall.

Se alejó un paso de él.

—Ni lo sueñes.

—Escúchame —dijo, queriendo convencerse de que eso era por el caso y no por lo que sentía por ella—. Quieres encontrar a Gilbert... bien, yo puedo hacerlo... con tu ayuda..Podemos lograr más trabajando juntos que por separado —vio la incertidumbre en sus ojos y presionó para convencerla—. Deja que me quede contigo... de esa manera puedes seguir trabajando en la librería mientras yo custodio tu casa. Ambas bases estarán cubiertas por si Gilbert intenta ponerse otra vez en contacto contigo. Está metido en problemas gordos, Gracie. Por eso huye y se esconde.

Ella frunció el ceño.

—¿Quedarte conmigo? —entonces la comprensión se reflejó en su cara—. ¿Te refieres a vivir conmigo?

—Dormiré en el sofá.

—Olvídalo.

—No te voy a dejar sola. Siempre que estés en casa o en cualquier parte que no sea el trabajo, estaré contigo —necesitaba que lo captara sin ninguna duda, aunque ello significara que lo odiara—. Eso, o llamo a la policía de Kendall para solicitar que custodie tu casa. Creo que después de lo que ha sucedido hoy, me hará caso.

La ira ardió en sus ojos.

—De acuerdo —aceptó al final—. Haré lo que sea para ayudar a Gilbert.

—Lo encontraré, Gracie —prometió, sabiendo que le debía eso como mínimo. Había dejado que lo sedujera, bajo la premisa de que lo consideraba Holloway.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Ya sólo dependía de él mostrarle lo verdadero.

Capítulo 8

Había hecho un pacto con el diablo.

Únicamente que ese diablo en particular tenía profundos ojos castaños y una boca inolvidable capaz de derretirle todo el sentido común. Era lo único que podía explicar que hubiera aceptado que se trasladara a vivir con ella.

–Puedes dormir en la habitación de la tía Eran –dijo, llevándolo por el pasillo–. Quizá sea un poco cursi para tu gusto, pero no estarás mucho tiempo.

–Escucha, no tengo ningún problema en dormir en el sofá –se plantó en el umbral del segundo dormitorio–. No quiero imponerte mi presencia más de lo necesario.

Era demasiado tarde. Lo último que quería era entrar cada mañana en su salón y ver a Zach allí acostado, medio desnudo y con el pelo revuelto por el sueño. Sólo serviría para recordarle la noche que habían pasado juntos y ya pensaba demasiado en eso.

–No es ningún problema –le aseguró.

Todas las posesiones de su tía seguían en la habitación, ya que no había tenido ánimos para venderlas o meterlas en un guardamuebles.

Zach dejó la maleta sobre la colcha blanca de la cama, luego giró para mirarla.

–Me gustaría invitarte a cenar esta noche, Gracie, si la tienes libre.

La invitación la sorprendió. Entonces se dio cuenta de que debía de sentirse culpable por haberle mentado. Eso estaba bien, ya que no se encontraba de humor para apaciguarle la conciencia.

–No es necesario.

–Sé que no es necesario, sólo es mi manera de darte las gracias por dejar que me quede aquí y por ayudarme en el caso.

Costaba mirar esos ojos marrones y recordar que era el enemigo. Tal vez no el enemigo, pero, desde luego, no su aliado. Por lo que no pensaba facilitárselo.

–El único motivo por el que hago esto es por Gilbert –repuso, queriendo dejarlo perfectamente claro–, así que no tienes que darme las gracias. De hecho, te agradecería si pudiéramos mantenernos cada uno fuera del camino del otro mientras estemos aquí.

–Si es así como lo quieres.

–Lo es. Estaré en la librería hasta tarde esta noche –giró hacia la puerta–, No me esperes.

La observó salir del almacén y resistió el impulso de ir tras ella. Gracie necesitaba tiempo para adaptarse a esa situación y al hecho de que él no era Gilbert. Y él necesitaba tiempo para descubrir exactamente cómo iba a manejar esa relación.

Y ése no era su único problema. A Brannigan le daría un ataque si se enterara de que actuaba solo en la persecución de Gilbert. Pero su jefe se hallaba a mil quinientos kilómetros de distancia, en Boston. Lo que no supiera no le haría daño, ni a él ni a nadie más.

Si solucionaba el caso, estaba seguro de que nadie iba a quejarse al respecto. No cuando un compañero había resultado herido en el cumplimiento del deber. Además, no le costaba ni un dólar a la ciudad de Boston, ya que trabajaría en el caso durante sus vacaciones.

Pero, ¿qué le costaría a él?

Deseaba a Gracie... en su cama y posiblemente en su vida. Diablos, hasta era posible que estuviera medio enamorado de ella. Y acababa de prometerle que le pondría a Gilbert justo en la puerta.

¿En qué diablos había estado pensando?

Sí, estaba en deuda con ella. Pero se merecía más que un hombre como Holloway. Y Zach podía dárselo. La noche que pasaron juntos no fue sólo sexo. Tenía suficiente experiencia como para reconocer la diferencia.

Gracie y él compartían una conexión que era más profunda que la simple química sexual. Sí, la atracción existía y ardía como una llama. Pero acostarse con ella no era lo único que quería. Quería pasar tiempo con Gracie, descubrirlo todo acerca de ella. Incluso aunque no tuvieran sexo.

Para un hombre como él, eso era difícil de admitir. Tenía un impulso sexual poderoso, y que había aumentado al conocer a Gracie. Pero estaría dispuesto a reprimirlo si con ello volvía a ganarse su confianza.

Había estado a punto de estropearlo al engañarla, pero en ese momento disponía de una nueva oportunidad de demostrarle que él, y no Gilbert Holloway, era el hombre adecuado para ella.

Dejó la maleta sobre la cama y la abrió. A pesar de la decoración en tonos lavanda y con encajes, la habitación tenía una atmósfera acogedora que le agradaba.

A juzgar por todas las fotografías enmarcadas que había, detallando la vida de Gracie desde que era pequeña, era evidente que Fran había querido y admirado a su sobrina.

Apartó un enorme libro de recortes de la cómoda y apiló allí su ropa. La tapa del álbum exhibía una fina capa de polvo. La apartó con la palma de la mano y leyó las palabras «Entre Tapas» grabadas en caligrafía dorada.

Intrigado, se sentó en la cama y abrió el álbum. Encontró un viejo recorte de periódico pegado en la primera página de dos mujeres de pie delante de un edificio de ladrillos que le resultaba familiar.

Estudió el breve artículo, con fecha de veintiún años atrás, que anunciaba la apertura de dos nuevos negocios en el lugar, uno un bar y el otro una librería. Posó la vista en el texto a pie de foto, que identificaba a las mujeres como Fran Dawson y Brenda Sheehan.

Dio por hecho que Brenda era la madre de Cat y Laine, ya que sabía que éstas se habían hecho cargo del bar cuando su madre se había vuelto a casar y trasladado a Toronto.

Trasladó la vista a la tía de Gracie, sorprendido por lo joven que parecía en la foto. Luego recordó que Fran Dawson apenas contaba cincuenta años al morir, lo que hacía que aún no hubiera cumplido los treinta en el instante de sacarse esa foto. Casi la edad que tenía Gracie en ese momento.

Tenía los mismos ojos azules de su sobrina. También la misma sonrisa, aunque era unos cuantos centímetros más baja. Al verla en la foto, tan feliz y llena de salud, pudo entender la frustración de Gracie con la compañía de seguros que tanto estrés le había causado a su tía. El deseo de Gracie de hacerse abogada había nacido de aquella experiencia.

El sabía lo que era sentirse impotente. Había sido incapaz de impedir que su padre se marchara. Igual que no había podido lograr que su madre fuera feliz, a pesar de lo mucho que se había esforzado. Esa sensación de impotencia era una de las causas por las que se había hecho policía. Para, en su pequeña parcela, poder poner fin al dolor, la desdicha y la injusticia en el mundo. Para poder tener, al fin, algo de control.

Algo de lo que carecía en ese momento, en especial desde que Gracie dejara claro que no aceptaría órdenes de él. Pero no tenía ningún deseo de controlarla, sólo de protegerla. Esperaba que, con el tiempo, ella entendiera eso.

Hojeando el cuaderno de recortes, vio que se trataba de la historia de Entre Tapas. Ahí estaba el primer dólar que había ganado la librería, y fotos de sesiones de firmas y reuniones literarias en el local, con Gracie apareciendo en casi todas. Al igual que recortes de las críticas literarias escritas por Fran en el *Kendall Tribune*, hasta que estuvo demasiado enferma para poder continuarla.

Permaneció ahí sentado como hipnotizado, viendo parte de la vida de Gracie desplegada ante sus ojos. Incluso después de leer todos sus correos electrónicos, jamás había terminado de entender por qué no vendía la librería y se apuntaba a la facultad de Derecho.

En todo momento, él había creído que la conexión con Entre Tapas era producto de la culpabilidad. Después de todo, Fran la había cobijado siendo una adolescente y la había criado como a su propia hija.

En ese momento comprendía que se había equivocado.

La conexión que Gracie tenía con la librería era de amor. Se hallaba inexplicablemente entrelazada con su tía Fran... perder la librería representaría volver a perder a su tía. De modo que a pesar de que odiaba trabajar allí, sabía que jamás dejaría el local. No sin presentar batalla.

Cerró el cuaderno y se dio cuenta de que él era todo lo opuesto. Nada de su pasado le importaba tanto. Los recuerdos que tenía de su familia se identificaban más con el dolor que con el amor. Eran recuerdos que preferiría olvidar.

El único recuerdo que no quería olvidar era la noche pasada con Gracie. Pero no podía permitirse el lujo de demorarse en el pasado o de fantasear sobre el futuro, no cuando Gilbert seguía suelto y Gracie corría peligro. Lo que significaba que iba a tener que refrenar sus sentimientos. Por el momento.

—Has dejado que se fuera a vivir contigo —afirmó Trina después de oír toda la sórdida historia—. ¿Estás loca?

—Ésa es una de las palabras que lo explicaría.

Las dos se hallaban sentadas a una de las mesas delanteras, con la vista clavada en el reloj hasta que llegara la hora de cierre. El negocio había sido más flojo que de costumbre para una tarde de lunes y los minutos se hacían eternos. O quizá a Gracie le daba esa impresión porque Zach estaba en su casa. Algo que la incomodaba de forma manifiesta. No había querido hablarle a Trina del desastre de la reunión del instituto, pero no habría podido mentirle. Y menos cuando su amiga había pedido que le contara todo acerca de Gilbert.

Trina movió la cabeza.

—De modo que ese sujeto te miente, se acuesta contigo y luego afirma que quiere protegerte. ¿Y tú te lo has creído?

La exposición directa de la situación la enardecía.

—No es tan sencillo.

—Entonces, explícamelo. Porque tal como yo lo veo, ese tipo te está utilizando otra vez.

Sólo le había dado a Trina los detalles básicos de su encuentro con Zach y de la decisión de unirse para encontrar a Gilbert, ya que no quería involucrarla más de lo necesario. Ya era bastante negativo que supiera que había seducido al hombre equivocado.

Trina ajustó la prótesis en un ángulo más cómodo.

—De modo que ese detective se muda contigo, supuestamente con la intención de protegerte. Mi pregunta es cómo sabes que te encuentras a salvo de él.

—Porque desde la reunión no ha intentado nada conmigo ni ha hecho un comentario inapropiado sobre la noche que pasamos juntos —se encogió de hombros—. Aunque tampoco tengo mucha elección en el asunto, si quiero ayudar a Gilbert.

Trina la miró con ojos entrecerrados.

—¿Estás segura de que esto tiene que ver con Gilbert? Porque suenas distinta cuando hablas de Maddox. Hasta pareces distinta. Tan... viva. Sé que suena tonto, pero no se me ocurre ninguna otra manera de describirlo.

—Eso es ridículo —pero a pesar de sus palabras, sintió que se ruborizaba un poco.

El sonido de un carraspeo hizo que se dieran la vuelta y vieran a Paul de pie cerca de la puerta. Llevaba el maletín del ordenador portátil al hombro.

Trina miró la hora.

— ¿Te vas ya? Aún te quedan treinta segundos hasta que cerremos.

— Espero a unos amigos esta noche — soslayó la ironía de Trina—. Estáis invitadas, si no tenéis nada que hacer.

— Gracias, Paul — dijo Gracie—, pero pienso comprobar algunas ofertas de alquiler que he visto en el periódico.

Miró a Trina, quien había sido el verdadero objetivo de su invitación.

— Será divertido. La comida la va a servir Hunan's. Sé que es tu chino favorito.

— Tengo que encerar mis piernas — repuso Trina, frotando la prótesis—. Pero gracias de todos modos — luego se puso de pie y fue a la parte de atrás del local.

Mientras la veía desaparecer, sus ojos reflejaron decepción; luego asintió en dirección a Gracie.

— Supongo que te veré mañana.

— Buenas noches, Paul — cuando la puerta se cerró, dijo en voz alta—. De acuerdo, ya se ha ido. Puedes dejar de esconderte.

Trina apareció con un libro en la mano.

— No me escondía. Sólo necesitaba algo para leer esta noche.

Gracie puso los ojos en blanco.

— ¿Por qué estar sola en casa cuando podrías ir a la fiesta de Paul? Podría ser divertido.

— He notado que tú tampoco aceptaste la invitación.

— Porque tengo un nuevo compañero de casa, ¿lo has olvidado? Ha dejado bien claro, que me va a seguir a todas partes siempre que no esté en casa o aquí contigo.

Trina recogió la cazadora del perchero y se la pasó por los hombros.

— Tengo ganas de conocer a ese hombre. Parece una joya.

Pero Gracie ya no quería hablar de Zach. Bastaba con que pensara tanto en él.

— Creo que deberías darle una oportunidad a Paul. Es un buen chico y es evidente que le gustas mucho.

— Dejémoslo, Gracie, ¿de acuerdo? Tengo mis motivos — se volvió para marcharse, luego se detuvo junto a la mesa y recogió un sobre—. Olvidé darte esto. Vino hoy en el correo.

Gracie lo aceptó y de inmediato reconoció la caligrafía de Gilbert. En el sobre no había remite.

— Gracias.

Para abrirlo, esperó hasta que Trina se marchó. Con cierta aprensión, sacó una única hoja de papel.

Querida Gracie,

En este momento, eres la única persona en la que puedo confiar. Sé que parece salido de una de esas viejas películas de serie negra que solíamos ver juntos, pero es verdad. Aún no sé cuándo podré verte. Todo se ha vuelto extraño a mi alrededor. Mientras tanto, por favor, esconde la cinta que te envié hasta que se me ocurra algo.

Estoy metido en serios problemas, Gracie. Por favor, no me decepciones.

Besos,

G.

Releyó la carta y captó la desesperación en cada palabra. Gilbert estaba aterrado. Si tan sólo hubiera un modo de tranquilizarlo, diciéndole que la ayuda estaba de camino. Zach había prometido protegerlo... una promesa que estaba dispuesta a obligarlo a cumplir.

Pero primero tenían que encontrarlo.

Dio vuelta la carta y notó la pequeña mancha que había en la parte de atrás. Al pasarle el dedo índice por encima, la sustancia gris se pegó a su piel, un polvillo fino. Su primera pista para encontrar a Gilbert.

Y en ese momento sabía exactamente dónde buscar.

Capítulo 9

Zach se hallaba en la cocina de Gracie cuando oyó la puerta de entrada. Miró el reloj y notó que llegaba más tarde de lo esperado. No le sorprendió, ya que había mostrado obstinación en mantener su independencia durante toda la investigación.

—¿Detective Maddox? —llamó desde el salón.

—Estoy aquí.

Había pensado en ella todo el día mientras obtenía información sobre Allison Webb y examinaba la zona de Kendall en busca de algún rastro sobre Gilbert. En ese momento, cuando regresaba a casa sana y salvo, al fin podía relajarse.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Preparar algo de cena para los dos —removió el arroz picante para que no se pegara—. Tengo enchiladas de pollo en el horno y una jarra de margaritas en la nevera. Espero que te guste la comida mexicana.

Dejó el bolso sobre la mesa de la cocina.

—¿No basta con que tengas que invadir mi vida? ¿También tienes que adueñarte de la cocina?

Zack sacó la sartén del fuego y se volvió para mirarla.

—Supongo que no lo consideraré de esa manera. Solía prepararle la cena a mi madre. Trabajaba mucho y llegaba demasiado cansada para cocinar.

Su madre jamás había mostrado gratitud por su esfuerzos. Simplemente, se había sentado a la mesa para comer. Pero al menos había comido, algo que no sucedía si él no cocinaba. De modo que se lo había agradecido sin necesidad de decírselo.

—Oh —Gracie se mostró arrepentida—. Lo siento, supongo que para mí también ha sido un día largo y duro. Quizá me haya pasado en mi reacción.

—No, debería haberlo consultado primero contigo.

Odiaba la formalidad rígida que se había interpuesto entre ellos, en especial después de la noche tan informal que habían pasado juntos. Una parte de él, esperaba que la cena ayudara a disolver la tensión que flotaba en el aire.

—Te agradezco el detalle, detective, pero esto no es necesario. Puedo preparar mi propia cena.

—Ésta ya está preparada —repuso, apartándole una silla para que se sentara—. ¿Y no crees que ya es hora de que me llames Zach?

Ella titubeó.

—Bien —cedió al fin—. Zach.

Él sonrió.

– Eso está mejor. Y ahora, siéntate y relájate.

Gracie ocupó la silla con un suspiro cansado.

– La verdad es que huele de maravilla.

– Y sabe aún mejor – sacó las enchiladas del horno, luego un plato para cada uno. Después de dejar todo en la mesa, sirvió unos margaritas para cada uno.

Gracie bebió un trago y dejó la copa.

– Casi tan bueno como los de Cat.

– Es todo un cumplido – se sentó frente a ella –. Me gustaría conocerla algún día.

– No estés tan seguro – tomó el tenedor.

– ¿Por qué no?

Lo miró con expresión desafiante.

– Me temo que Cat no tiene la mejor opinión de ti, Zach. No después de contarle cómo nos conocimos.

– Jamás quise hacerte daño, Gracie – la miró a los ojos.

– Entonces, no deberías haberme mentado.

Le consternó el dolor que oyó en su voz, pero no podía hacer que el tiempo retrocediera. Lo único que podía hacer era contarle la verdad, sin importar cómo quedara él.

– Tienes razón – convino –. Cuando decidí venir a Texas, supuse que nada más verme te darías cuenta de que yo no era Gilbert. En ese momento, te lo iba a contar todo y esperaba que nos dieras una oportunidad para llegar a conocernos.

Ella se mostró escéptica.

– Entonces, ¿por qué llevabas la etiqueta con el nombre de Gilbert?

Él movió la cabeza.

– Eso es lo descabellado. Todo el mundo allí presente dio por hecho que yo era Gilbert sin que yo lo hubiera dicho una sola vez. Y entonces conseguí una pista para el caso – dejó el tenedor –. La primera que lograba en tres largos meses. Así que se me planteó una elección... continuar la farsa y la investigación o contarte la verdad a ti.

– ¿No podías hacer ambas cosas?

– No sabía cómo reaccionarías una vez te dijera que había estado leyendo todos los correos electrónicos que le habías mandado a Gilbert. Pensé que podrías enfadarte y revelar mi identidad a todos los presentes en la sala.

– Aguarda un momento – frunció el ceño –. ¿A qué pista te refieres?

—Conocí a Allison Webb —se llevó un poco de arroz a la boca—. Dejó bien claro que había estado en contacto con Gilbert y que, de algún modo, estaba involucrada en todo esto.

Gracie cerró los ojos.

—Oh, no.

Él bajó el tenedor.

—¿De qué se trata?

Ella abrió los ojos y lo miró.

—Allison Webb siempre fue el punto débil de Gilbert. Es el hombre más inteligente que he conocido, salvo en lo referente a ella.

—Todos tenemos nuestros puntos débiles.

El modo en que lo dijo hizo que el estómago de Gracie diera un triple salto mortal, aunque reconoció que era posible que ella le estuviera dando más significado a esas palabras que el que él había querido dar a entender. ¿Sería cierto que había ido a Texas a conocerla?

Si le creía, y una parte de ella realmente anhelaba hacerlo, entonces su engaño no había sido premeditado. Pero sí había dejado bien claro cuáles eran sus prioridades. Una vez que la elección se había reducido al caso o a ella, había elegido el caso.

Algo que no debía olvidar. En especial cuando sus defensas flaqueaban con gestos como que le preparara la cena y la mirara de una manera que la hacía desear quitarse la ropa.

Durante un instante fugaz y demencial, pensó en hacerlo. Ponerse allí de pie y quitarse hasta la última prenda, y luego sentarse a horcajadas sobre su regazo. La idea hizo que se retorciera en el asiento y que bebiera un trago largo de margarita.

—Háblame más de Allison —pidió Zach.

Agradeció que fuera ajeno a sus pensamientos, y más cuando vivían juntos y cuando ella tenía la necesidad de reservarse todas esas fantasías eróticas.

—No la conocía tan bien —depositó la copa en la mesa—. Allison era diferente... una persona no conformista. Creo que fue así como atrajo a Gilbert. Él siempre había tenido algo de rebelde.

—¿Salieron juntos?

Gracie negó con un gesto de la cabeza.

—No. Según lo recuerdo, Allison apenas le hablaba. Él la amaba desde la distancia.

—Suena como si su gusto en mujeres estuviera distorsionado —comentó él—. Desear a Allison cuando te tenía a ti al lado.

En ese momento, Gracie supo que no imaginaba cosas. Zach Maddox le ofrecía un cumplido. Sólo faltaba saber por qué. Pero en vez de preguntárselo, decidió jugar sobre seguro y cambiar de tema.

— ¿Cocinabas mucho para tu madre? — quiso saber.

Él se encogió de hombros.

— Desempeñaba varios trabajos mientras yo iba al instituto, así que siempre trataba de que hubiera algo listo al fuego para cuando llegara. Me gustaba probar recetas diferentes.

— Pues no esperes una cena parecida a ésta de mí — le advirtió—. La tía Fran creía que ninguna mujer debía cocinar cuando había restaurantes que te llevaban la comida a casa.

Sonrió.

— Ojalá la hubiera conocido.

Gracie se dio cuenta de que eso empezaba a parecer una cita. No debería permitirse olvidar las prioridades de Zach. Ni las suyas.:

— Hoy he recibido una carta de Gilbert. La sonrisa de él se desvaneció.

— ¿Puedo verla? La sacó del bolso.

— No pone gran cosa. Pero el sello es local, de modo que debe encontrarse en esta zona.

Zach le quitó la carta y la estudió ceñudo.

— «Esconde la cinta» — leyó en voz alta antes de mirarla—. ¿Qué diablos hay en esa cinta?

Ella se encogió de hombros.

— La vimos juntos en la habitación de tu hotel. No vi nada inusual.

— Quizá sea mejor que volvamos a mirarla — dijo él—. Tal vez haya algo que estamos pasando por alto.

Era una posibilidad real, ya que en su momento sólo había tenido en mente seducir a Zach. No recordaba ni un detalle del programa, sólo detalles de Zach. Como el modo en que al besarla había encendido una pasión en su interior que nunca había sabido que existiera. Aquella noche había hecho cosas maravillosas de las que sólo había leído, descubriendo que eran mucho mejores en la vida real.

La fiaría que había sustituido a aquella pasión se consumía con rapidez, dejándola otra vez vulnerable a él. No quería que eso sucediera. Pero si su instinto estaba en lo cierto, él no iba a quedarse por allí mucho tiempo.

— No necesitamos ver la cinta para encontrar a Gilbert — anunció.

Zach se mostró sorprendido.

— ¿Por qué no?

— Porque creo saber dónde se oculta.

A la mañana siguiente, Zach iba sentado en el asiento del pasajero del coche de Grade, preguntándose por qué no estaba más entusiasmado ante la posibilidad de localizar a Holloway. Hacía tres meses que buscaba a ese sujeto, pero en su interior sentía una pesadez que le era imposible explicar.

– ¿Falta mucho? – preguntó, obligándose a concentrarse en el caso.

– Unos quince kilómetros – Gracie subió la ventanilla de su lado y luego puso el aire acondicionado –. Los Holloway tienen esa cabaña desde que tengo memoria – continuó –. Está muy aislada. Debemos aparcar más o menos a un kilómetro de distancia y seguir uno de los senderos que llevan al lago.

– Parece un buen escondite.

– Es el único sitio donde podría estar – indicó Gracie –. Sus padres se trasladaron a Florida hace unos años y no tiene ningún familiar por la zona.

Zach sabía que si encontraban allí a Gilbert, se lo llevaría de regreso a Boston antes de que acabara el día. Entonces, Gracie estaría fuera de peligro. Y las posibilidades de que nunca más volviera a verla serían grandes.

– Creo que debería ir sola a la cabaña – comentó ella.

– Ni lo sueñes.

– Escúchame – lo miró con intensidad –. Gilbert confía en mí. Es más factible que abra y me deje pasar si me ve sola. Entonces podré explicarle por qué estás aquí y que regresar a vuestra custodia es por su propio bien.

No le gustaba la idea de dejarla a solas con Gilbert, por más motivos que los de su seguridad.

– Ya antes subestimé el peligro de este caso y mi compañero estuvo a punto de morir. No voy a repetir ese error.

Gracie frunció el ceño.

– ¿Por qué te consideras culpable de que él recibiera un disparo?

Respiró hondo, carcomido por la culpa. Nadie más que él era responsable de haber dejado a un policía novato a cargo de una situación que era más peligrosa de lo que nunca había imaginado.

– Mi compañero y yo cuidábamos a Holloway – comenzó –. Era un caso rutinario de fraude y se nos encargó que recabáramos más información para la fiscal antes de que presentara cargos. Gilbert acordó cooperar a cambio de inmunidad.

Gracie metió el vehículo en un camino de tierra.

– Pero Gilbert no hizo nada malo, ¿verdad? Los árboles no tardaron en bloquear el sol.

– Tienes que entender cómo opera la policía. A veces son necesarias amenazas para obtener el resultado deseado. Sabíamos que Gilbert era una fachada en el caso,

pero estaba metido hasta el cuello. Si se hubiera negado a cooperar, habríamos podido presentar cargos contra él.

Ella movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Es tan típico. Zarandear al débil hasta conseguir lo que se desea. ¿Y sus derechos? ¿Dispuso de la asistencia de un abogado?

—Nunca pidió uno.

—Y nadie sugirió que podía ser una buena idea, ¿verdad?

—Ése no es mi trabajo.

Se quitó las gafas y las apoyó en el salpicadero.

—Claro que no. De esa manera, la policía goza de todo el poder. Pero suena implacable. No me extraña que huyera.

—No huía de mí —le aclaró—. Quienquiera que disparara a Ray es el que persigue a Gilbert. Lo más probable es que se trate de un matón a sueldo, que no planeara toparse con la policía. Ray se puso nervioso y sacó el arma. Hubo una pelea y la pistola se disparó. Si el vecino no hubiera oído el disparo y llamado a...

—Entonces, ¿en qué es tu culpa?

La miró.

—Aquella noche no debería haber dejado solo a Ray. Carecía de suficiente experiencia. Ahora ya no volverá a caminar y yo tendré que vivir con eso el resto de mi vida.

Ella mantuvo los ojos en el camino.

—No puedes cambiar el pasado, Zach.

Sintió un nudo en la garganta, pero controló las emociones que querían desbocarse.

—Puede que no. Pero puedo evitar repetir el mismo error. Por eso no vas a entrar sola en la cabaña.

En la distancia brilló un lago y Gracie sacó el coche del camino y aminoró hasta frenar.

—Hemos llegado. Tendremos que hacer el resto del camino a pie.

Las ramas secas se quebraron bajo sus pies mientras atravesaban el bosque; el aire que los rodeaba era fragante. A pesar del camino de tierra estrecho, supo que si Gracie no hubiera guiado la marcha, él habría terminado caminando en círculos.

—¿Gilbert y tú veníais aquí a menudo? —le preguntó.

—Sólo unas pocas veces —respondió—. A él le gustaba pescar y a mí me gustaba cualquier excusa para alejarme de la librería —de pronto se detuvo y frunció el ceño al mirar en derredor del camino—. Creo que conduje demasiado. Probemos por aquí.

—¿Estás segura? —inquirió él, mientras se adentraban más en el bosque.

—No —le sonrió por encima del hombro—. Supongo que vas a tener que fiarte de mí.

Zach le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no vas a abandonarme aquí para ir a buscar tú sola a Gilbert?

—Lo he pensado —repuso con un tono de voz en absoluto de broma—. Pero sé que los chicos de ciudad no sabéis apañáoslas bien en el bosque.

—Soy del sur de Boston. Ahí somos duros como para aguantar lo que nos echen.

Veinte minutos más tarde, cuando Zach ya casi había abandonado toda esperanza, salieron a un claro en el que se levantaba una cabaña pequeña. Toda la pintura se había descascarillado, dejando una madera gris y deteriorada. La maleza rodeaba la casa y casi ocultaba los tres escalones irregulares que conducían al porche.

—Es ésta —anunció ella, volviéndose hacia Zach—. La Guarida de los Holloway.

Las ventanas estaban cubiertas de suciedad y un agujero grande atravesaba la mosquitera.

—Desde luego, no da la impresión de que aquí viviera alguien.

—Oh, siempre ha estado así. A los Holloway les gustaba el encanto rústico.

En su opinión, parecía más desvencijada que rústica, pero debía reconocer que el lugar era un magnífico escondite. Siguió a Gracie hasta el porche, luego la agarró del brazo antes de que pudiera llamar.

—Deja que me ocupe yo. Ella movió la cabeza.

—Gilbert no huirá si sabe que soy yo. Dame la oportunidad de hablar primero con él.

Aunque la idea no le gustaba, sabía que tenía razón. Por las dudas, apoyó la mano en la pistolera.

Después de volverse hacia la puerta, Gracie llamó despacio, luego anunció:

—Gilbert, soy yo.

Los dos esperaron, pero no recibieron respuesta de la casa.

—Inténtalo otra vez —instó Zach. En esa ocasión, llamó más fuerte.

—¿Gilbert? Soy Gracie. Déjame pasar —fue hacia una ventana, limpió la suciedad y se asomó.

Era la misma suciedad que le había dicho que había encontrado en el sobre que le enviara Gilbert.

—¿Está dentro?

—No, creo que la cabaña está vacía.

Zach se acercó a la puerta y probó el pomo. Para su sorpresa, giró con facilidad.

– Creo que podemos entrar.

Seguido por Gracie, entró con cautela. Para ser una cabaña de una única habitación, era mucho más agradable por dentro de lo que había esperado.

Había un sofá a cuadros y un sillón a juego ante la chimenea. El suelo exhibía unas alfombras tejidas de colores vivos. Una cocina pequeña con electrodomésticos antiguos. El lugar estaba limpio, aunque no fuera moderno. Lo bastante limpio como para despertar su suspicacia.

– Alguien ha estado aquí hace poco – pasó un dedo por la repisa. Luego se lo mostró a Gracie –. Nada de polvo – fue hacia la papelera –. Mira esto.

Ella se situó a su lado, luego se agachó para sacar un puñado de envoltorios de caramelos.

– Son los favoritos de Gilbert.

– Lo sé –convino Zach–. Es una adicción.

– Pero no sabemos el tiempo que llevan aquí.

Le quitó uno de los envoltorios.

– Dijiste que hacía diez años que Gilbert no regresaba a Texas.

– Es lo que creía –respondió–. Pero como tú has dicho, parece que hay muchas cosas que desconozco sobre él.

– Pues yo sé que este sabor en particular es nuevo – alisó el papel para que ella pudiera leerlo.

– ¿Melón y kiwi?

Zach asintió.

– Pidió una caja de este sabor mientras estábamos vigilando su casa. Eso significa que ha estado aquí hace poco.

Ella enarcó una ceja y estudió lentamente la habitación.

– Si eso es cierto, ¿dónde está ahora?

– Quizá haya salido a dar una vuelta. Podríamos esperar.

Gracie fue a la pequeña cocina americana y abrió los armarios.

– No hay comida. Diría que ya se ha largado si es que alguna vez estuvo aquí.

– Pero, ¿a qué otro lugar iría?

En los ojos de ella brilló la decepción.

– Ojalá lo supiera.

Zach sabía que debía haber más pistas en la cabaña, pero no lograba verlas. Sólo tenía ojos para Gracie. En ese momento se hallaba junto a la cama y tuvo ganas de tumbarla sobre el colchón y hacerle el amor hasta que ya no importara otra cosa.

Un acto en absoluto inteligente.

Aunque no se había sentido muy inteligente últimamente. Era mejor marcharse antes de ceder a la tentación.

– ¿Estás lista para irte? Gracie se había acercado a la ventana y miraba por el cristal mugriento.

– Zach... – se puso pálida mientras él se acercaba.

– ¿Qué sucede?

– Creo que ahí afuera hay alguien.

Capítulo 10

Ahí afuera se movía alguien. No, eran dos personas.

—¿Es Gilbert? —preguntó Zach al llegar a su lado.

—No —susurró ella, aferrándole el brazo a medida que las imágenes se tornaban más claras—. Es Allison y con ella hay alguien. Pero no se trata de Gilbert. Creo que es una mujer.

—Maldición —Zach miró en torno a la cabaña—. No quiero que Allison te vea aquí. En la reunión dejó bien claro que te detesta.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? —miró bajo la cama—. Aquí no hay espacio.

—Se acercan —anunció Gracie, sin dejar de espiar por la ventana—. Parece que discuten por algo, pero no puedo oír nada.

El fue hacia una puerta pequeña y la abrió, revelando una despensa diminuta con estanterías en los tres lados.

—¿Crees que podrías meterte aquí?

Ella frunció el ceño.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente —miró hacia la ventana—. No disponemos de mucho tiempo.

En el porche sonaron unas pisadas y Grade supo que no tenía elección. Se lanzó hacia la despensa y se obligó a encajar en ese espacio. Zach hizo lo mismo a su lado, aunque logró apretujarse a duras penas.

Apenas consiguieron cerrar la puerta. Grade trató de mantener aire entre su cuerpo y el de Zach, pero resultó imposible. Tenía la espalda pegada contra las estanterías y los bordes le cortaban el cuerpo. El pecho estaba aplastado contra Zach.

—¿Puedes respirar? —musitó ella, preguntándose el tiempo que deberían esconderse en ese espacio tan negro y reducido. Aunque las estanterías se hallaban vacías, aún olía a canela y clavos.

—A duras penas —replicó y de repente el cuerpo se le puso tenso—. Están a punto de entrar.

Gracie oyó sus voces ante la puerta delantera al abrirse y luego cerrarse otra vez.

—¿Estás seguro de que no deberíamos plantarles cara? —murmuró ella.

—Primero oigamos lo que tengan que decir. Quizá descubramos algo importante.

Luchó por respirar, más por ese contacto íntimo con Zach que por falta de aire. Se movió levemente, encontrando una postura más cómoda a medida que los contornos de los cuerpos encajaban mejor.

Tragó saliva con el corazón desbocado. Ese pequeño desvío no figuraba en el itinerario. Pero en ese momento no podía hacer nada al respecto... aunque quisiera.

– Lo tienes bien montado aquí – dijo una voz desconocida.

– Es bonito, ¿verdad?

Incluso después de tantos años, Gracie reconoció el leve acento del Bronx en la voz de Allison, lo que la había distinguido de sus compañeros del instituto Kendall. Allison había odiado la pequeña ciudad con sus paletos residentes en cuanto su familia se trasladó allí desde Nueva York. Un hecho que no se había molestado en ocultar ante nadie que conociera.

Método poco válido para ganar popularidad en un instituto, lugar que también había resultado difícil para Gracie. Los estudiantes locales eran muy aficionados al fútbol y a la tradición, y rechazaban a cualquiera que intentara causar problemas. Algo que a Allison le encantaba. Había escrito editoriales cáusticos en el periódico del instituto acerca de la falta de cultura y refinamiento en Kendall.

Gilbert había considerado sus actos como algo valeroso, pero a Gracie sólo le había parecido que era una esnob. Esa opinión había quedado ratificada el día en que Allison se había reído en la cara de Gilbert cuando éste le pidió una cita.

En ese momento, Allison estaba en la cabaña de Gilbert, algo que carecía de sentido. ¿Cuándo y por qué le había dado cabida a esa mujer en su vida?

Sonó un teléfono móvil y Allison dijo:

– Es Gil. Sal conmigo, Dorie. Fuera hay más cobertura.

Gracie las oyó salir.

– ¿Quién es Dorie?

– Una prima, creo – repuso Zach –. Investigué a la familia de Allison en la biblioteca. Hay una prima llamada Doris Phillips que vive en Laredo. Así que podría tratarse de ella.

– Es imposible averiguarlo aquí – dijo Gracie, dolorosamente consciente del contacto de los cuerpos –. Ahora Gilbert la está llamando y no podemos oír nada.

Zach titubeó, luego dijo:

– Tenemos que quedarnos aquí y esperar que regresen. Si salimos ahora, las espantaremos.

Ella sabía que tenía razón y asintió, golpeándose la parte superior de la cabeza contra el mentón de él.

– Lo siento – susurró –. Hay mucha gente en este espacio tan reducido.

– Lo he notado.

Gracie trató de no moverse, pero tenía los brazos atrapados entre sus cuerpos y empezaban a entumecerse. Se retorció un poco, intentando liberarlos y oyó un leve gemido de Zach.

– Por favor, no hagas eso – musitó.

– No puedo evitarlo. Tengo los brazos atrapados.

Él se movió un poco y eso apretó la espalda de Gracie contra las estanterías. Luego le sujetó ambas muñecas y las subió alrededor de sus hombros. El cambio de posición le proporcionó a Gracie más espacio. También la hizo agudamente consciente de la intimidad de agarrarse a Zach en la oscuridad.

– ¿Mejor? – susurró él. La boca se hallaba tan cerca de la mejilla, que pudo sentir el calor de su aliento. “Mucho mejor”.

– Sí, gracias.

– De nada.

Estaba tan agotada de luchar contra la atracción que le inspiraba, tan cansada sólo de soñar con lo que quería de la vida... En ese momento quería a Zach y lo tenía justo delante de ella.

¿Qué más necesitaba?

Sabía que no debería moverse, pero cada fibra de su cuerpo vibraba con el anhelo de arquearse hacia él. De aliviar la deliciosa presión que crecía entre sus piernas. Se conformó con pasarle las manos alrededor del cuello y acariciarle el pelo corto en la nuca.

– Gracie – dijo con voz ronca –. Esto es... una tortura.

Al menos no era la única que sufría. Ninguno podía negar la tensión sexual que había estado crepitando entre ambos desde aquella noche en la habitación del hotel. Ella la había estado combatiendo desde entonces, pero eso parecía darle a él más poder sobre ella. Quizá era el momento de tomar el control.

– Eres de Boston, ¿te acuerdas? – le susurró al oído –. Lo bastante duro como para aguantar cualquier cosa.

Recordó el comentario de Cat de que era demasiado cauta y comprendió que su amiga había tenido razón. Nada parecido le había sucedido con anterioridad y descubrió que le encantaba la excitación, el peligro, la incertidumbre. Potenciaba todas las sensaciones, incluido el deseo por Zach.

Pasó la mejilla por la mandíbula sin afeitar de él hasta que le hizo girar la cabeza para atraparle los labios con un beso. Zach gimió dentro de su boca y Gracie aguantó mientras la besaba con una intensidad que le llegó al alma.

Él subió las manos por sus caderas, pegándola tanto que Gracie pudo sentir, la dura erección contra la parte frontal de sus vaqueros.

Se puso de puntillas para colocar esa dureza contra la parte suave que había entre sus muslos, haciendo que la fricción lanzara chispas de placer por todo su cuerpo. Nunca antes había hecho algo así... ni siquiera lo había imaginado. En ese

momento, le resultaba imposible imaginar que se detenía. El hecho de que Allison y la otra pudieran regresar en cualquier momento a la cabaña, incrementaba la urgencia del momento.

La mano de Zach se deslizó por su cadera, luego alrededor de su muslo, hasta que quedó tan cerca, pero sin tocar, ese punto dulce entre sus piernas. Se mantuvo firme, solicitando en silencio su permiso. Se lo concedió pegándose contra esa mano.

Cerró los ojos a medida que él comenzaba a mover el dedo contra la piel delicada. Echó la cabeza atrás sobre una estantería mientras los dedos rodeaban y presionaban la tela de sus vaqueros.

El calor ascendió en espiral en su interior, creciendo hasta convertirse en una llama que sólo el contacto de Zach podía extinguir. Se retorció contra él, queriendo más, necesitando más, hasta que la tela bajo los dedos de él se humedeció.

—Eres tan hermosa —susurró Zach en la oscuridad, mordisqueándole el cuello.

Unos besos suaves y tiernos que potenciaron el deseo que Gracie sentía por él.

La incomodidad de su posición desapareció cuando él aceleró el movimiento de los dedos, elevándola más y más. Le agarró los hombros con fuerza y aguantó mientras el aliento salía de su boca con creciente rapidez.

—Ahora, cariño —la instó mientras el cuerpo de ella se tensaba.

Apenas lo oyó y perdió la noción del tiempo y del espacio, ajena a todo excepto el movimiento mágico de esos dedos contra ella. Entonces, estalló y Zach capturó los gritos en su boca con un beso hondo y largo.

Las piernas se le aflojaron a medida que las reverberaciones del orgasmo seguían sacudiéndole el cuerpo. Un delicioso y dulce efecto de onda. Zach la sostuvo y le besó con ternura las mejillas hasta que pudo volver a mantenerse erguida por sí misma.

Gracie aún trataba de recobrar el aliento cuando volvieron a oír voces dentro de la cabaña. No tenía ni idea del tiempo que llevaban allí ni de cuándo habían regresado.

Zach la abrazó mientras escuchaban la conversación.

—Bueno, ¿está todo arreglado? —preguntó Dorie.

—Sólo falta una semana más —respondió Allison—. Entonces, podré despedirme de una vez para siempre de esta ciudad de paletos.

—No te olvides de darme mi parte una vez que Gilbert y tú os marchéis.

—Eso depende de Gilbert. Sigue sin estar muy contento por el modo en que estropeaste las cosas en Boston.

—¡No fue culpa mía!

—Fuiste tú quien contrató a ese cretino —replicó Allison—. Se suponía que únicamente debía causar una distracción para que Gilbert pudiera desaparecer, no irrumpir disparando una pistola.

— Gilbert escapó, ¿no es cierto? — indicó Dorie con tono defensivo.

— Después de que ese poli recibiera un tiro. Seguimos sin saber si está vivo o muerto.

Gracie no se dio cuenta de que apretaba con fuerza los brazos de Zach hasta que los dedos de éste le aflojaron las manos. No podía creer lo que oía. Allison hacía que sonara como si Gilbert fuera el culpable de todo. Tenía que ser un embuste. Quizá sí sabía que estaban escondidos en la alacena.

— El poli está vivo — indicó Dorie —. Lo comprobé. Ha quedado paralítico, pero vivo. Así que no nos van a acusar de asesinato. Y Gilbert también ha metido la pata, ¿eh? Es él quien le envió la cinta a esa mujer, Dawson.

— La recuperará — le aseguró Allison —. No te preocupes por eso. Tú sólo tienes que ocuparte de todo lo que te corresponda a ti.

— No hay problema.

— Bien. Todo debería estar bien atado al final de la semana. Si las cosas van según lo planeado, recibirás tu parte del dinero.

Gracie oyó el sonido de pisadas y supo que se dirigían hacia la puerta. Resistió el impulso de salir tras ellas y obligar a Allison a reconocer que mentía sobre la participación de Gilbert en la trama.

Iba a tenderle una trampa. Sabía que tenía que encontrar un modo de advertírselo a su amigo antes de que fuera demasiado tarde.

Aguardaron varios minutos antes de salir de la despensa. Habían pasado tantas cosas desde que se refugiaron en ese diminuto espacio, que Gracie no supo qué decir.

Zach fue hacia la ventana.

— Se han ido.

Se alisó la ropa, notando que la camisa de Zach estaba medio salida de de los vaqueros. Luego vio las profundas marcas rojas que le había dejado en los brazos. Se preguntó si de verdad ella había hecho eso.

Se ruborizó al recordar exactamente lo que él le había hecho. Algo en ese espacio pequeño y oscuro la había impulsado a perder el control. En ese momento, debía volver a pensar de manera racional, dejar a un lado sus sentimientos para que Zach dispusiera del tiempo suficiente para deducir qué .hacer a continuación.

Él seguía ante la ventana, con los brazos apoyados en el marco.

— Bien, ¿qué hacemos ahora, Gracie?

No sabía si hablaba sobre su relación o el caso. De modo que respondió la pregunta con una propia.

— ¿Qué quieres hacer tú?

Él se volvió y la miró con intensidad.,

— Quiero llevarte a casa y hacerte el amor. Diablos, quiero hacértelo aquí mismo.

Ella tragó saliva, pero antes de que pudiera contestar, él continuó:

— Pero no sabemos cuándo podría regresar Allison. Lo único que sabemos, es que Gilbert está metido en esto hasta el cuello.

La calidez que sentía hacia él se enfrió al ver la expresión tan fría que apareció en su cara.

— ¿Has creído lo que ha dicho?

— ¿Tú no?

Ella movió la cabeza.

— Por supuesto que no. Tú mismo dijiste que Gilbert era un muñeco en este plan. Si incluso estaba ayudando a la policía.

— Ahora no es lo que parece.

— Pero tú viviste con él — replicó Gracie, convencida de que podía hacerlo entrar en razón —. Sabes que no es la clase de hombre que se mezclaría en algo así.

— He conocido a todo tipo de personas que hacen todo tipo de cosas por los motivos más demenciales. Diablos, míranos a nosotros. Jamás imaginé que alguna vez haría algo como lo que acaba de pasar en la despensa — avanzó hacia ella —. Y estoy seguro de que tú piensas lo mismo.

Sus palabras parecían tener un doble significado.

Quizá fuera su naturaleza cautelosa que volvía a controlar la situación, pero no iba a jugar con la vida de Gilbert o con su propia felicidad para satisfacer sus fantasías sexuales, sin importar lo tentador que resultara.

— Tenemos un problema — dijo, devolviendo el tema a terreno seguro —. Tú piensas que Gilbert es culpable y yo sé que es inocente.

La decepción centelleó en los ojos de Zach.

— ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Sobre esto? — miró hacia la despensa, luego otra vez a ella —. Sobre nosotros.

— Sí — giró hacia la puerta de la cabaña, sin confiar en sí misma para mirarlo, convencida de que caería en la vulnerabilidad que veía en sus ojos oscuros.

— Gracie, aguarda... — se situó a su lado —. No vas a salir ahí afuera sola. De hecho, después de lo que Allison acaba de decir, no vas a ir a ninguna parte sola.

— ¿Vas a ayudarme a demostrar que es inocente

— No — espetó, cerrando la puerta a su espalda —. Voy a demostrar de una vez por todas que has depositado tu confianza en el hombre equivocado.

Capítulo 11

Al día siguiente, Zach luchaba contra el impulso de pegarle a alguien, preferiblemente Gilbert Holloway. A cambio, se decantó por cortar leña en el patio de atrás de Gracie.

Necesitaba aliviar la tensión que había estado creciendo dentro de él desde ese interludio en la despensa de la cabaña. Sólo deseaba que las ampollas en las manos lo distrajeran del dolor en otras partes de su cuerpo.

Porque ella había elegido a Gilbert.

Después de deshacerse en sus brazos, después de oír que Allison mencionaba a Gilbert como la mente ejecutora de toda la trama, Gracie aún prefería entregar su lealtad, y su amor, a un hombre que no la merecía.

Quizá tampoco él la mereciera. Alzó el hacha y la abatió contra el extremo del tronco. Sonó un crujido satisfactorio mientras la madera se partía en dos trozos. Los echó sobre el montón y luego recogió otro leño.

El caluroso sol de junio caía sobre él y pudo sentir que empezaba a quemarse la espalda y los hombros. Hacía una hora que se había quitado la camisa empapada de sudor.

Lo peor era que estaba a sólo unos pasos del aire acondicionado de la casa y de una cerveza fría.

Ambas cosas tentadoras, pero no tanto como Gracie, también dentro, mirando una y otra vez esa cinta de *Burns & Alien* en busca de alguna pista que la condujera hasta Holloway.

Con el antebrazo se secó la transpiración de la frente y atacó el siguiente tronco. Necesitaba encontrar algún modo de convencerla de que Gilbert no era el hombre que recordaba. Era evidente que las palabras no funcionaban... había estado discutiéndolo desde el momento en que abandonaron la cabaña.

Lo que únicamente le dejaba otra opción.

A pesar de la lealtad que le inspiraba Gilbert, ni siquiera Gracie podía negar la conexión física existente entre ambos. Si podía volver a hacerle el amor, derribar sus defensas hasta que estuviera dispuesta a escuchar la voz de la razón...

Astilló el último leño, luego clavó el hacha en la cepa de un tronco cortado y sintió que le palpitaban los músculos de los brazos. Esa noche le iban a doler. Con un poco de suerte, estaría lo bastante cansado como para caer en un sueño profundo y sin imágenes de ella en cuanto apoyara la cabeza en la almohada.

Desde luego, lo que no quería era pasar otra noche despierto y solo, no cuando podía oler la fragancia delicada de su perfume en cada habitación de la casa. Lo volvía loco. Casi tanto como ver su ropa interior recién lavada colgando de la barra de la ducha.

Se secó las manos húmedas en los vaqueros y se dirigió hacia la casa. Se bebería una cerveza fría. Luego se daría una ducha larga y fría... en cuanto Gracie quitara la ropa interior de la barra.

Abrió la puerta de atrás y fue a la cocina. El aire fresco lo golpeó nada más entrar, algo que agradeció. Se quedó ahí quieto hasta que vio la nota en la puerta de la nevera.

Se pasó la camisa al hombro y se acercó hasta poder leerla.

Tuve que ir al trabajo. Volveré a tiempo para la cena.

Gracie

Breve. Impersonal. Y directamente en contra de las órdenes que le había dado. Juró para sus adentros mientras abría la puerta de la nevera y sacaba una cerveza helada. Le había dejado claro que no debía ir a ninguna parte sola. Después de abrir la botella, bebió un trago largo y sintió que le aliviaba la garganta reseca. Tal como lo veía, disponía de dos alternativas. Ir tras ella o darse una ducha fría. Por el humor que tenía, supo que ir tras ella no sería una buena idea.

Terminó la cerveza y fue al cuarto de baño. Si Gracie tenía suerte, él estaría de mucho mejor humor cuando regresara.

Si Zach tenía suerte, ella estaría de mucho mejor humor cuando regresara a casa. En ese momento, se sentía frustrada de que la obstinación le impidiera atender a razones. Se había quedado afónica desde que el día anterior salieran de la cabaña por tratar de convencerle de que Gilbert era una de las víctimas del caso.

Pero Zach no quería escuchar. Estaba demasiado atrapado en su papel de Tarzán como para mostrarse racional. Lo había dejado cortando suficiente leña como para que durara tres inviernos de Texas, al tiempo que exigía conocer todos y cada uno de sus movimientos para que pudiera protegerla.

—Claro —musitó mientras guardaba los últimos libros recibidos—. Del único hombre que necesito protección es de él.

Trina asomó la cabeza por la esquina de una librería.

—Es la tercera vez hoy que te oigo hablar sola. ¿No sabes que es uno de los primeros signos de locura?

—Entonces, no tengo remedio —respondió Gracie—, porque hablar con Zach Maddox es como hablar conmigo misma. Es el hombre más frustrante y testarudo que he conocido en mi vida.

Trina sonrió.

—Y eso suena como el primer signo de una mujer enamorada.

– Sólo si realmente estoy loca.

– De acuerdo; entonces, puede que sólo estés excitada. Gracie suspiró.

– Odio reconocerlo, pero esa es una posibilidad real.

– ¿Y el problema radica...?

– Ya te lo he dicho –informó Gracie, quitando una capa de polvo de la estantería que tenía delante–. Es un hombre frustrante, testarudo, mandón...

– Todos rasgos carentes de importancia cuando está desnudo.

Ése era el verdadero problema. Hacía mucho tiempo que lo había visto desnudo. Cuatro días, para ser precisos. Esa ocasión en la cabaña no contaba, ya que había llevado puesta la ropa. Igual que ella, lo que hacía que resultara aún más asombroso que lograra que perdiera el control de esa manera.

Nadie le había provocado algo así estando completamente vestida. De modo que poseía algunas cualidades que lo redimían. Casi todas visibles cuando se encontraba desnudo.

– La desnudez no hace más que confundir las cosas – musitó.

– Eso es exactamente lo que quiero decir – Trina sacó uno de los libros que Gracie había puesto del revés y lo colocó de forma correcta–. Afirmas que es testarudo. Doy por hecho que con eso quieres decir que no escucha tu punto de vista.

– Lo has adivinado.

– Entonces, es posible que necesites un poco de confusión desnuda. Gracie la miró sorprendida.

– ¿Te refieres al sexo?

Trina asintió.

– Es el método más antiguo de persuasión en la historia de la humanidad.

– ¿Piensas que tener sexo con Zach solucionaría todos nuestros problemas?

– Y si no es así – su sonrisa se amplió –, te divertirás intentándolo.

La perspectiva resultaba más atractiva que lo que le gustaba reconocer. Parte de su frustración con Zack surgía de lo mucho que le gustaba. Aunque la volvía loca, quería hacer el amor con él.

– No puedo hablar de esto – afirmó, sintiéndose aún más agitada que al salir de su casa. Un vistazo mientras cortaba leña, medio desnudo, casi la había hecho correr.

– De acuerdo, hablemos de la librería. Tengo una buena pista para un local.

Gracie se quitó el polvo de las manos y luego se dirigió al mostrador delantero.

– Cuéntame.

– ¿Recuerdas al agente inmobiliario que se puso en contacto con nosotras cuando se aprobó el proyecto de la carretera?

– Apenas. Eso fue hace meses.

– Lo sé. Pero debió mantenerse al tanto de la situación y, al parecer, ha estado llamando a todas partes en busca de locales que nosotras podamos alquilar.

– ¿Por qué haría algo así? Trina se encogió de hombros.

– Supongo que querrá la comisión. Seamos claras, Gracie, no estamos teniendo éxito buscando nosotras. Y el tiempo se agota.

Tenía razón. Había estado demasiado distraída por Zach y demasiado preocupada por Gilbert como para dedicarle toda su atención a la librería. Como no encontrara pronto un lugar nuevo para Entre Tapas, tendría que gastar el doble haciendo dos mudanzas, una para llevar todo a un guardamuebles, y otra para el traslado cuando alquilaran el nuevo local.

– Aquí está – dijo Trina cuando llegaron al mostrador. Le entregó a Gracie una hoja con una dirección garabateada.

– ¿Parvey Road? – leyó en voz alta –. ¿Dónde está eso?

– Al otro lado de la ciudad – respondió Trina –. El agente inmobiliario dijo que se trata de una urbanización nueva que busca inquilinos, de modo que se mueve en nuestro abanico de precios.

Gracie guardó el papel en el bolso.

– Iré ahora a echar un vistazo. ¿Quieres venir? Paul puede vigilar el local.

– No, espero una llamada de una de mis chicas del grupo de apoyo. Lo está pasando mal, así que es mejor que me quede aquí.

– De acuerdo – sabía lo importante que era para Trina su trabajo como voluntaria. Dirigía un grupo de apoyo para personas que se encontraban súbitamente discapacitadas. Se dirigió hacia la puerta –. Deséame suerte.

– Suerte. Iré a La Tentación a comprar una botella de champán... por si tienes suerte.

Al salir por la puerta, disfrutó de su libertad. Zach había sido como una sombra esos últimos días, sin perderla de vista en ningún momento. Pero incluso estando sola no podía dejar de pensar en él.

O en el antiguo método de persuasión que Trina le había metido en la cabeza.

Zach entró en la librería refrescado por la ducha fría y dispuesto a establecer algunas reglas básicas. Quizá Gracie no se encontrara preparada para aceptar que Gilbert era culpable de sus delitos, pero debía saber que ayudarlo podía situarla en un peligro legal. Riesgo que no le iba a permitir tomar.

– Hola, ¿puedo ayudarte? Alzó la vista y vio a Paul Toscano detrás del mostrador.

– Eso espero. Busco a Gracie.

Paul sonrió.

— Parece que te cuesta encontrarla. Yo estaba aquí la última vez que la buscabas.

— Así es. Me llamo Zach Maddox. Y tú eres Paul, ¿verdad? Gracie me habló de ti.

— ¿Sí? — su expresión se tornó reservada —. ¿Qué te dijo?

— No te preocupes, todo fue bueno. Me dijo que eras escritor. Y que tenías mucho talento.

Paul movió la cabeza.

— Mi único talento parece ser sobrellevar los rechazos con ecuanimidad — repuso —, en la literatura y en la vida privada.

— Lamento oír eso. Quizá la situación cambie pronto.

— Estoy seguro de que lo hará — comentó con tono críptico —, de un modo u otro.

Según los correos de Gracie, el chico estaba loco por Trina Powers, la ayudante de la librería. En su momento, le había parecido divertido. Pero al ver que él se hallaba en una situación en la que también sufría por una mujer, entendía mejor al otro.

— ¿Sabes dónde puedo encontrar a Gracie?

— Ni idea. Lo único que sé es que se marchó hace una media hora.

Zach contuvo un juramento y se preguntó cómo se suponía que iba a protegerla si no paraba de desaparecer.

— ¿Y Trina? ¿Sabría ella dónde localizarla?

Paul se encogió de hombros.

— A ella también la han llamado y ha tenido que irse. Por eso me ves detrás del mostrador. Estoy seguro de que una de las dos volverá pronto.

Zach metió la mano en el bolsillo y soltó otro juramento.

— ¿Sucede algo?

— Olvidé mi teléfono móvil.

Paul señaló el escritorio que tenía a la espalda.

— Parece que Gracie también olvidó el suyo. De modo que prestarte el mío probablemente no te sirva de mucho.

Tenía razón. Pero eso no hizo que se sintiera mejor. Gracie no sólo estaba sola por ahí, sino que ni siquiera tenía un modo de contactar con él si se encontraba con problemas.

Paul carraspeó y lo sacó de sus pensamientos.

— ¿Te importa si te hago una pregunta?

– Adelante.

Sacó un pequeño estuche de terciopelo del bolsillo de la camisa y lo abrió. Había un anillo con un diamante y una esmeralda.

– ¿Qué te parece?

Zach se preguntó si había pasado algo por alto en alguno de los correos de Gracie.

– ¿Es para Trina?

Paul asintió.

– La has conocido. Es una mujer increíble, ¿verdad?

Era la clase de pregunta que no requería una respuesta.

– No sabía que estuvierais saliendo.

– Y no salimos – corroboró Paul –. Pero nos hemos estado viendo todos los días durante tres años. Eso tiene que contar.

Parecía que no iba a poder escaparse de tener que ofrecer consejos. Ojalá supiera qué decir.

– Claro, pero, ¿sabes si ella siente lo mismo por ti?

Paul se encogió de hombros.

– Lo único que sé es que piensa que la prótesis que lleva impedirá que algún hombre se enamore de ella. Pensé que si me declaraba, comprendería que realmente iba en serio con ella.

– ¿Una especie de terapia de choque?

Paul sonrió.

– Exacto.

– ¿Y si te rechaza?

– ¿Qué tengo que perder? – tocó el anillo con la yema del dedo índice –. Amo a Trina más que a nada en el mundo y éste es el mejor modo que conozco de demostrárselo. Si me rechaza, al menos habré intentado todo lo que tengo a mi alcance.

Zach lo miró, convencido de que un rechazo doloroso estaba en su futuro. Pero a Paul no parecía importarle. No, sí le importaba, pero estaba dispuesto a arriesgarse, a poner el corazón en juego por la mujer a la que amaba.

Un riesgo que él aún no había corrido,

– Lo tengo todo planeado – continuó Paul –. Sé que Trina trabaja esta noche, de modo que he encargado una cena de gourmet para que la traigan al local justo antes del cierre. Hay una botella de vino blanco enfriándose en la nevera del almacén. Cuando sea el momento apropiado, voy a plantearle la pregunta.

– Bien... pues buena suerte.

– Gracias. Estoy aterrado. Pero mejor sentirse aterrado que no sentir nada, ¿no?

Las palabras lo golpearon como un martillo neumático. Sin darse cuenta, Paul era el que había ofrecido unos consejos sabios, haciendo que comprendiera lo que evitaba que reconociera lo que sentía por Gracie.

Había crecido con una madre que se había aislado de las relaciones y del mundo, formando un caparazón protector forjado con demasiados sueños rotos. Un caparazón que él jamás había logrado atravesar.

Lo que no había comprendido hasta ese momento era que él había seguido ese ejemplo. Siempre había apartado a la gente con la excusa de que su trabajo tenía el potencial para causar mucho dolor. Pero la verdad era que había estado tratando de proteger su propio corazón.

En ese instante sabía que eso era, simplemente, imposible. Sin saberlo, siempre había jugado sobre seguro.

Pero se había terminado. Empezando por esa misma noche, iba a realizar una terapia de choque personal.

Capítulo 12

Cuanto más se acercaba a Parvey Road, más se preguntaba si el agente inmobiliario le estaba gastando una broma. El barrio se volvía más ruinoso con cada calle que avanzaba. No era esa exactamente la atmósfera que quería para Entre Tapas.

Había anochecido casi y costaba leer las direcciones de los edificios. La zona era más industrial que residencial, pero el agente había comentado que se trataba de una zona que estaba en proceso de restauración. Quizá las calles llenas de basura significaban que aún se hallaban en la fase de demolición.

El camino pavimentado condujo a un callejón sin salida, donde Gracie vio un almacén de acero gris con una dirección que encajaba con la que le había dado Trina.

Se detuvo en la plaza vacía cerca de la puerta, manteniendo el motor en marcha mientras debatía consigo misma si entrar o no. Ni soñando pensaba trasladar la librería de la tía Fran a un lugar como ése, por muy desesperada que estuviera.

Entonces, vio que una sombra se movía detrás de la puerta de cristal del almacén. Sobresaltada, puso la marcha atrás, lista para largarse del aparcamiento. Pero la puerta se abrió y un hombre salió del interior.

Era Gilbert.

Apagó el motor, luego abrió la puerta del coche, sorprendida de descubrir que le temblaban las rodillas. A pesar de su afirmación de haber perdido peso y de la cirugía láser a que había sometido sus ojos, parecía el mismo que recordaba.

Aún tenía el pelo desaliñado, gafas de culo de botella y una complexión robusta. ¿Se había hecho pasar por el agente inmobiliario y hecho la llamada para lograr que fuera hasta allí? ¿O había alguien más, aparte de Allison y Dorie, en esa trama?

A pesar de su confusión, no titubeó en entrar en el almacén. Sabía que no tenía nada que temer de Gilbert.

Él le mantuvo la puerta abierta y luego la siguió al interior. Sin decir una palabra, la envolvió en un enorme abrazo. Su ropa apestaba a sudor rancio y pudo sentir el roce de la barba contra la mejilla.

— Me alegro tanto de que vinieras — dijo Gilbert.

— ¿Por qué tanto secretismo? — dio un paso atrás para estudiarlo. Lo habría reconocido en cualquier parte, haciendo que volviera a preguntarse cómo había podido llegar a creer que Zach era Gilbert.

— Lo siento — indicó él —. Estos días, no puedo ser poco cuidadoso.

— Gilbert, ¿qué está pasando? — preguntó, mirando alrededor de ese edificio vacío y lleno de goteras.

– Es una larga historia – contestó, conduciéndola hacia una pequeña mesa con superficie de plástico y dos sillas, todo marcado por el uso excesivo—. ¿De cuánto tiempo dispones?

– Tiempo suficiente para que me digas que no tuviste nada que ver con el fraude de Internet... o con el disparo que recibió ese policía.

– Cielos – la miró asombrado –. ¿Cuánto sabes?

Le contó todo... desde la aparición de Zach en la reunión hasta la entrada forzada a su casa y la conversación que oyeron en la cabaña entre Dorie y Allison. Lo único que dejó fuera fue la noche que pasó con Zach y el hecho de que en ese momento vivía con él.

Gilbert no dejaba de mover la cabeza.

– No puedo creer que esto me esté pasando a mí – el pánico se reflejó en los ojos de él –. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?

– Deja que te ayude – pidió Gracie –. Iremos a ver a Zach y podrás contarle tu historia. Entre nosotros dos lo convenceremos de que no eres culpable.

Deseó poder sentirse tan segura como sonaba. Zach aún no la había escuchado. Pero tenía que intentarlo. No podía dejar a Gilbert solo en un lugar así.

– Ése es el problema, Gracie – se puso de pie y comenzó a ir de un lado a otro delante de ella –. Soy culpable.

La decepción la ahogó, pero seguía sin poder creer que su mejor amigo del instituto pudiera herir a alguien.

– Cuéntame qué pasó – musitó –. Desde el principio.

Él respiró hondo.

– Todo empezó cuando envié esa tanda de correos electrónicos acerca de mis ventas en Internet. Tú recibiste uno, ¿verdad?

Gracie asintió.

– Incluso traté de comprar algunos libros raros que tenías en venta, pero alguien pujó más alto que yo.

– Fui yo – reconoció –. Por ese entonces, había descubierto lo que pasaba con los números de las tarjetas de crédito y no quería que te vieras envuelta en el fraude.

– Si lo sabías, ¿por qué no fuiste de inmediato a la policía?

– Por Allison.

Su voz se suavizó al pronunciar el nombre y Gracie reconoció la misma mirada perdida que había tenido en el instituto cada vez que Allison Webb había pasado a su lado. Lo que no terminaba de entender era cómo esa mujer aún podía tener ese efecto sobre él después de diez años.

Entonces pensó en Zach y supo que podrían pasar cien años y todavía sentiría la misma electricidad cuando él entrara en la habitación en la que se encontrara ella, al igual que la misma conexión espiritual.

Pero esperaba que nunca tuviera que comprometer sus valores por él. O, lo que era peor, traicionar a la gente que la rodeaba. Gilbert había hecho ambas cosas.

—Escucha, sé que no lo entiendes —se arrodilló delante de su silla—. Pero tienes que creerme. Jamás quise que alguien saliera herido.

Ella ya no sabía qué creer.

—¿Qué hago aquí?

—Necesito que me hagas un favor —pidió Gilbert—. Luego, nunca volveré a pedirte nada.

Gracie sintió una oleada de aprensión.

—¿Qué?

—Tráeme la cinta de vídeo mañana por la noche. Misma hora. Mismo lugar.

Ella se puso de pie.

—¿Qué tiene que ver con todo esto esa cinta de vídeo? La he visto una y otra vez. No hay nada en ella salvo unos viejos programas de televisión.

—Es mejor que no lo sepas —se apoyó en la mesa para levantarse—. Tú sólo tráemela, y entonces todo este lío se habrá terminado.

—¿Cómo?

Él titubeó.

—Tengo la información que quiere la policía, pero he de dársela yo. Te mandé la cinta para que me la guardaras mientras yo escapaba.

—Vayamos a la policía ahora —sugirió Gracie—. Yo conduciré y de camino podemos pasar por mi casa para recogerla. Sabes que yo responderé por ti.

Él movió la cabeza.

—No sin Allison. Ella también ha de estar allí.

—Gilbert...

—No —cortó—. Hablo en serio. No le daré la espalda ahora.

Gracie se frotó los brazos, helada por el aire húmedo del lugar y la devoción ciega de Gilbert por una mujer que no lo merecía.

—¿Dónde está Allison?

—No te lo puedo decir.

Ella parpadeó. Gilbert siempre le había contado todo.

—¿Por qué no?

—Porque prometí no contárselo a nadie. Lo siento, Gracie, pero le di mi palabra.

—Entonces, dame también tu palabra —respiró hondo—. Si te traigo la cinta, prométeme que irás a la policía de inmediato.

– Te lo prometo – afirmó sin vacilación. Miró en torno del almacén y odió la idea de dejarlo allí.

– ¿Necesitas algo, Gilbert? ¿Comida, algunas mantas?

Él negó con la cabeza.

– No voy a quedarme aquí. No te preocupes, estaré bien – entonces miró la hora –. Entonces, digamos buenas noches, Gracie.

Sintió un nudo en la garganta. Sonaba tanto como el viejo Gilbert, y también lo parecía. Pero había cambiado, y también ella. El hombre al que había idealizado en sus sueños, comparándolo con todos los demás hombres que conocía, jamás había existido.

Fue hacia la puerta, percibiendo que aún había algo que Gilbert no le contaba. Pero no quería demorarse en ese sitio horrible más de lo necesario.

En especial cuando sólo disponía de veinticuatro horas para decidir si le contaba a Zach que había encontrado a su presa.

Encontró la casa a oscuras y vacía. Encendió una luz en el salón, sorprendida de que Zach no se lanzara sobre ella por haberse marchado sin decírselo.

Experimentó una oleada de aprensión. Caminó por el pasillo y abrió la puerta de la habitación de su tía. La cama estaba hecha y no vio la maleta de él por ninguna parte.

Zach la había dejado.

Ni una despedida en persona ni una nota. Experimentó el impulso ridículo de llorar. La había vuelto loca esos últimos días, pero una vez que se había marchado, sentía un vacío en su interior que amenazaba con abrumarla.

La cinta de vídeo aún se hallaba encima del televisor. No se la había llevado. Quizá ya hubiera conseguido una pista sobre dónde encontrar a Gilbert. Era posible que hasta la hubiera seguido al almacén.

Pero antes de que pudiera analizarlo, oyó música procedente del patio de atrás.

Fue a la cocina y corrió la cortina de la ventana del fregadero. En la oscuridad, pudo ver una tienda de campaña. Y una barbacoa. Desconcertada, abrió la mosquitera y el crujido de las bisagras anunció su llegada.

Zach se hallaba ante la barbacoa. El olor a carne asándose le hizo agua la boca.

– ¿Qué haces aquí? – le preguntó.

– Bueno, se supone que estoy de vacaciones – repuso, dando vuelta un chuletón –. Y siempre he querido acampar, así que pensé en probarlo.

—¿Acampar? —miró la tienda, luego la barbacoa. En su interior ardía un pequeño fuego, suficiente para proyectar un resplandor romántico sobre el jardín—. ¿Aquí? ¿En mi patio trasero?

—Supuse que los dos tendríamos un poco más de espacio de esta manera. Empezaba a volverme loco en la casa.

Tenía el rostro acalorado, aunque Gracie no pudo saber si era por el calor de la parrilla o por otra cosa.

—Además —continuó Zach—, Texas es muy distinta de Boston. Aquí puedo ver las estrellas.

Ella alzó la vista y quedó impresionada con el dosel brillante que había sobre su cabeza. Después de vivir en Kendall tanto tiempo, no lo valoraba tanto como él.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Arrebatador —corroboró él.

Pero Zach no miraba el cielo... la miraba directamente a ella.

El alivio de que no se hubiera marchado se mezcló con la culpa de no haberle contado que había encontrado a Gilbert. Pero algo le indicó que ése no era el momento propicio.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él, sacando los chuletones.

Estaba famélica. Pero no de comida. Fue otra cosa que no le contó mientras la conducía a la tienda, con la carne en una bandeja. Había colocado cojines en el suelo de loneta y había una mesa pequeña entre ambos.

Había distribuido los platos de porcelana de su tía con unas servilletas de algodón cuidadosamente dobladas. En las copas de vino centelleaba un Merlot y en el centro de la mesa ardía una vela, que proyectaba una titilante luz dorada en el interior de la tienda.

—Parece que has pensado en todo —comentó, Rentándose frente a él—, salvo en los cubiertos de plata.

Zach sonrió y sacó dos tenedores y dos cuchillos de carne de su bolsillo.

—Eh, he sido boy scout. Siempre preparado.

Ella rió, dándose cuenta de que había algo diferente en él. Estaba más relajado.

Aceptó los cubiertos que le ofreció y miró el chuleton que tenía delante.

—Es imposible que me coma todo eso.

—Cerciórate de que dejas sitio para el postre. Vamos a asar malvaviscos.

—¿De verdad fuiste boy scout?

—Durante un par de años —repuso, cortando el chuleton—, hasta que mi padre se marchó y tuve que buscar trabajo. Pero jamás llegué a realizar una acampada con ellos.

Descubrió que le gustaba charlar con Zach de otras cosas que no fueran el caso y Gilbert. Quería saborear ese momento, convertirlo en un recuerdo especial que pudiera guardar para siempre.

— ¿Más vino? — le rellenó la copa antes de que ella pudiera contestar, luego hizo lo mismo con la suya.

Comieron y hablaron, ajenos a todo menos a ellos dos. Zach le contó cómo fue crecer en el sur de Boston y por qué había decidido hacerse policía. Gracie habló de sus padres y de lo abandonada que se había sentido cuando la dejaron... algo que nunca le había revelado siquiera a Gilbert.

No quería que esa velada acabara. Sentía como si Zach y ella estuvieran solos en el mundo. «Ojalá fuera verdad».

— Nunca antes había hecho algo así.

— Ni yo — reconoció él —. Paul me dio la idea.

— ¿Paul? — repitió ella —. ¿Paul Toscano?

Él asintió y apartó su plato vacío.

— Es un tipo agradable. Me cae bien.

— ¿Cuándo viste a Paul?

— Hoy en la librería, cuando fui a buscarte.

— Acerca de eso... — comenzó, insegura todavía acerca de cómo contárselo.

— Más tarde — él alzó una mano —. Es la hora del postre.

Dejó que la ayudara a ponerse de pie. Permanecieron unos momentos así, juntos, sus sombras tocándose en la pared. Lo miró y de pronto esperó que la besara.

Pero él le pasó una ramita con la corteza pelada.

— Hecha especialmente para ti.

Gracie rió, luego introdujo un malvavisco en el extremo de la rama mientras él llevaba la mesa pequeña, con los platos encima, a la cocina. Al regresar de la casa, Zach peló una ramita y se unió a ella junto a la chimenea.

— ¿Cuánto ha costado todo esto? — preguntó ella mientras ambos asaban malvaviscos.

— Las famas han sido gratis — respondió —. Las robé de tu patio.

— ¿Y el resto?

Se volvió para mirarla.

— El resto no importa. Cada céntimo ha merecido la pena.

Algo en los ojos de él le indicó que la noche no hacía más que empezar. Supo exactamente lo que deseaba de postre.

—Tu malvavisco se está quemando —indicó Zach despacio; acercó el palo de ella y apagó el fuego de un soplido. Luego, con precaución, sacó el malvavisco y lo acercó a la boca de Gracie—. Cuidado. Podría estar caliente.

Ella le tomó la mano y la aproximó a su boca. Con delicadeza mordisqueó una punta de la superficie quemada. El líquido esponjoso y templado manó y lo capturó con la lengua.

Vio que Zach la miraba y notó que entrecerraba los ojos al pasarle la lengua por el dedo pulgar. Tomándose su tiempo, dio pequeños mordiscos al malvavisco, disfrutando tanto del sabor dulce como de la reacción de Zach. Al terminar, se llevó los dedos de él a la boca.

Desde el día en la cabaña había deseado tocarlo, probarlo. En ese momento, jugó, con la lengua con cada uno de sus dedos, sin apartar la vista ni por un momento de su cara. Luego se introdujo más hondo el dedo índice en la boca, simulando un acto que hizo que la respiración de él se volviera pesada.

Deslizó la lengua alrededor de él, metiéndolo y sacándolo de la boca hasta que desapareció el último atisbo de malvavisco. Repitió el acto con cada uno de los dedos, para terminar con el pulgar. Por ese entonces, la excitación de Zach resultaba evidente al resplandor del fuego.

—Estaba delicioso —dijo ella, sintiendo algo pegajoso en el labio inferior al hablar. Alzó la mano para limpiarlo, pero Zach la detuvo.

—Déjame—susurró. Se adelantó y le succionó el labio con la boca hasta que se desvaneció el rastro del dulce—. Todavía tenemos el mío —indicó, sacando su malvavisco del fuego. Estaba casi calcinado, pero a ninguno pareció importarle.

Gracie lo extrajo y se lo puso a él en los labios, luego lo reemplazó por su boca. Zach gimió y la rodeó con los brazos.

Pero ella apoyó las palmas en su torso y lo empujó con gentileza sobre la manta que había en la tienda. La arrastró consigo y la extendió encima de su cuerpo. Ella pudo sentir la dureza de su erección entre los muslos y el latir rápido de su corazón bajo las manos.

—Ahora te tengo exactamente donde te quería —jadeó ella.

—La pregunta es —musitó él—, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Ya lo verás, Zach —prometió—. Ya lo verás.

Capítulo 13

Zach contempló a Gracie y se preguntó si sabría lo exquisita que estaba a la luz del ruego. El resplandor hacía que su cabello brillara y hacía que sus ojos fueran de un azul tan profundo que felizmente se ahogaría en sus profundidades.

La vio abrirse la blusa, un botón por vez. Se movía con una lentitud dolorosa. Después de lo que pareció una eternidad, se la quitó y los pechos dieron la impresión de que podrían saltarse la delicada prisión que representaba el escueto sujetador de encaje.

Casi lo abrumó el impulso de alargar los brazos y tocarla, pero se obligó a esperar, queriendo ver lo que iba a hacer Gracie a continuación. Se incorporó sobre las rodillas, apoyada a cada lado de sus caderas, y se desprendió el botón superior de los pantalones. Entonces, se contoneó hasta quitárselos primero por una pierna y luego por la otra.

Contuvo el aliento al verla con las piernas a los costados de sus caderas, pero desnuda a excepción de las braguitas y el sujetador. Desde su posición, esas piernas esbeltas parecían continuar hacia la eternidad, extendiéndose hasta ese fragmento de seda blanca que ocultaba lo que sería su último destino.

Pero antes de poder emprender el viaje, Gracie volvió a bajar y su rostro flotó justo encima de la cintura de los pantalones.

Zach gimió cuando inclinó la boca hacia su ingle, sintiendo el aliento cálido a través de la tela de los vaqueros. Entonces los labios establecieron contacto y conoció el significado de paraíso.

La sensación prácticamente fue su perdición. Cerró las manos sobre la manta que tenía debajo mientras ella subía y bajaba, creando una fricción tan ardiente que pensó que podría estallar.

Cuando ya no fue capaz de soportarlo más, se sentó y la aferró por los hombros, subiéndola para darle un beso devastador. Las manos de ella le sacaron la camisa de los vaqueros y los botones volaron cuando la abrió de golpe.

Le enmarcó la cara entre las manos y la llenó de besos... en la boca, en la nariz, en los ojos.

En algún momento de ese torbellino de deseo, se desprendió de los vaqueros y la ropa interior, luego la vio quitarse las braguitas y el sujetador mientras él se ponía un preservativo. Después, se tumbó con ella en la manta y esa piel fue como seda al contacto con la suya. Le acarició una mejilla y prescindió de la necesidad martilleante de su cuerpo con el fin de poder saborear el momento juntos.

—Eres tan hermosa... —musitó. Las lágrimas brillaron en los ojos de Gracie, pero sonrió al oír sus palabras.

—Me alegro de que no fueras Gilbert. Me refiero a aquella noche en la reunión. Me alegro de que fueras tú.

– Yo también.

Pretendía tomarse su tiempo; por ello bajó la cabeza para besar cada pecho. Con la lengua remolineó sobre un pezón y luego sobre el otro, provocando dulces gemidos de la garganta de ella.

Luego lo recorrieron las manos de ella y supo que el tiempo no era algo de lo que dispusiera. Como si percibiera su necesidad, abrió las piernas para él. Una invitación a la que Zach fue incapaz de resistirse.

Al siguiente instante estuvo dentro de ella, disfrutando del modo en que lo envolvía. De su calor. Su aceptación. Luego movió las caderas y lo empujó al borde del éxtasis. El cuerpo comenzó a moverse por voluntad propia, empujado por una necesidad que casi lo asustó.

Necesitaba a Gracie. Hecho que aceptó igual que aceptó su boca en un beso mientras los cuerpos se movían al unísono, con más vehemencia y rapidez, hasta que ambos alcanzaron un crescendo que los hizo gritar en la noche.

– ¡Zach!

En esa ocasión ella dijo su nombre. Lo recorrió una satisfacción profunda y primaria. Su mujer. Su amor.

Su Gracie.

A la mañana siguiente, Gracie despertó en su cama, con el sol entrando por la ventana. Estaba en los brazos de Zach, con el cuerpo cálido de éste adaptado a su espalda y la cabeza apoyada en el hueco de su hombro.

La había llevado al interior de la casa cuando los relámpagos centellearon en el cielo en mitad de la noche. Luego le había vuelto a hacer el amor mientras el trueno retumbaba y las gotas de lluvia salpicaban las ventanas. Experimentó un escalofrío de placer al recordar la noche que habían pasado juntos.

Una noche que había desterrado las últimas dudas acerca de confiar en él.

– ¿Estás despierto? – susurró.

– Mmmm – murmuró sobre su cuello.

– Zach – se volvió en sus brazos para quedar frente a él.

Tenía los ojos medio abiertos y la cara con expresión muy somnolienta.

– Estoy despierto.

Ella sonrió y odió sacarlo de ese estado tan relajado. Pero era un asunto muy importante para esperar.

– Es sobre Gilbert.

Abrió los ojos al oír el nombre y en, torno a su boca se formaron líneas de tensión.

— ¿Qué pasa con él?

No quiso dar rodeos.

— Lo vi, Zach.

— ¿Qué? — se incorporó sobre un codo, completamente despierto ya—. ¿Cuándo?

Apoyó una mano en su hombro y le acarició los músculos contraídos.

— Anoche. Justo antes de llegar a casa. Me encontré con él en un almacén abandonado en Parvey Road.

La miró fijamente unos momentos, luego la abrazó con fuerza.

— Prométeme que nunca volverás a hacer eso, Gracie. Podría haberte hecho daño... o algo peor.

— Estoy bien — le aseguró—. Gilbert jamás me haría daño. Sólo quería hablar conmigo.

La retuvo unos instantes más antes de apartarla lo suficiente para mirarla a la cara.

— ¿Qué te dijo?

Suspiró, en parte triste porque iba a traicionar a un amigo. Pero no podía mantenerle durante más tiempo ese secreto a Zach.

— Quiere que le lleve la cinta de vídeo.

Zach se sentó al oír la noticia.

— Esa condenada cinta — musitó—. ¿Qué hay en ella que pueda ser tan importante?

Gracie movió la cabeza.

— No me lo dijo, aunque afirmó que pretendía llevarla directamente a la policía.

Zach enarcó una ceja con escepticismo.

— ¿Y le creíste?

Al ver su expresión, ella experimentó un escalofrío.

— Por supuesto. Nunca me ha mentado.

Él apartó el cobertor y se levantó de la cama.

— Es increíble. ¿Por qué no me lo contaste ayer?

Ella se cubrió los pechos con la sábana, odiando la tensión que había vuelto a formarse entre ellos. No quería que hubiera más muros entre ambos, pero él también tenía que poner algo de su parte.

— No te iba a contar nada — respondió, mirando cómo se vestía—. Pero...

—¿Pero? —instó; entonces, suavizó la expresión—. Pero pensaste que no sería tan imbécil una vez que lo supiera —se acercó a la cama y le tomó las manos—. Escucha, Gracie, no estoy enfadado contigo. Pero la simple idea de que estuvieras a solas con ese sujeto... —le apretó los dedos—. Te podría haber pasado cualquier cosa.

—¿No confías en mí? —preguntó; necesitaba conocer la respuesta.

—Sí —respondió sin titubeos—. Es en Holloway en quien no confío.

—Pero te he dicho una y otra vez que Gilbert nunca me haría daño. Si represento algo para ti —lo miró a los ojos—, necesitas saber lo importante que es para mí saber que me crees.

—Significas mucho para mí —aseveró con vehemencia—. No tienes ni idea cuánto. Gracie, yo... —sonó el teléfono, interrumpiendo sus palabras. Bufó y luego dijo—: Yo contestaré.

Cuando él salió por la puerta, Gracie se levantó y se vistió. Pudo oír su voz en la otra habitación, sorprendida de que la llamada no hubiera sido para ella. ¿Quién podía llamar a Zach a su casa?

Descubrió la respuesta en cuanto regresó al dormitorio.

—Era la policía de Kendall. Tienen a Done. Al parecer, quiere hacer un trato.

—¿Cómo ha sucedido?

—Robó un coche y se marchaba de la ciudad cuando se le averió. La policía la alcanzó antes de que pudiera escapar.

—¿Abandonaba Kendall?

—Eso parece.

—Entonces el plan de Allison debió venirse abajo. Eso significa que Gilbert podría estar en problemas.

—Olvídate de Gilbert —espetó—. Quiero que me prometas que te mantendrás alejada de él y de ese almacén hasta que vuelva de la comisaría.

—Pero...

—No, Gracie. Tenemos que hacer esto a mi manera. Si tenemos suerte, Dorie confesará todo y hoy mismo podremos cerrar el caso.

Después de todo lo que le había dicho, de todo lo que había tenido lugar entre Zach y ella, seguía actuando solo. Realmente, no confiaba en ella. No creía en ella. Y parecía que jamás lo haría. Ahí morían las fantasías de un futuro con él. Otro sueño que nunca se realizaría.

—Prométemelo —instó él, mirándola fijamente.

Lo miró y algo se rompió en su interior.

—De acuerdo.

Él se inclinó para besarla.

—Regresaré en cuanto pueda. Entonces, hablaremos de todo. De nosotros.

Lo observó ir a la puerta, sabiendo que nada volvería a ser lo mismo entre ellos. Porque estaba a punto de romper una promesa hecha al hombre que amaba.

Cuando llegó a la comisaría, Zach no se dio cuenta de que había olvidado la cinta de vídeo. Había estado demasiado distraído por la expresión de Gracie como para pensar con claridad. Algo iba mal, pero no podría resolverlo hasta que aclarara el caso de Gilbert.

Como siempre, Holloway era el problema. Por eso la inquietud que experimentaba le molestaba tanto. Sentía como si se viera arrastrado en dos direcciones diferentes, a tener que elegir entre su deber como policía y hacer feliz a Gracie.

Era, también, el motivo por el que necesitaba cerrar ese caso antes de que los separara. Quería que Gracie fuera su primera prioridad. Quería darle su máxima atención.

Pero ésa no era la única razón. A pesar de la promesa de Gracie de mantenerse alejada de Holloway, no estaba seguro de que se diera cuenta del peligro en el que se hallaba. Ya había estado a punto de perder a un compañero por Gilbert Holloway. No iba a correr el riesgo de perder a Gracie.

— ¿Detective Maddox?

Giró y vio al sargento Hayes ir hacia él.

Llevaba unos pantalones grises arrugados y una camisa blanca con una corbata azul. En la mano sostenía una taza de café junto con un donut de chocolate envuelto en una servilleta de papel.

— Me alegro de que pudiera venir sin previo aviso — dijo Hayes.

— Espero que no nos lleve mucho tiempo.

— Estamos esperando al abogado de Dorie Phillips — alzó el donut—. Supuse que dispondría de suficiente tiempo para desayunar—. Creo que se alegrará de haber venido a esta ciudad.

Pero Zach ya empezaba a lamentarlo. Los abogados eran famosos por provocar retrasos, y en ese momento iba a tener que demorarse en la comisaría mientras Gracie lo esperaba sola en la casa. Al menos le había prometido no moverse.

Treinta minutos más tarde, Hayes lo localizó junto a la máquina del café.

— El abogado finalmente ha aparecido. En este momento, Dorie y él se encuentran en una sala de interrogatorio, pero no creo que tarden mucho. Luego podrá hablar con ella.

Zach había esperado seis meses para que se cerrara ese caso, de modo que supuso que podía esperar unos minutos más.

Pero transcurrió más de una hora antes de que al fin pudiera entrar en la sala. Dorie estaba sentada junto a su abogado, y tenía un aspecto cansado y hosco. El abogado era un hombre joven, recién salido de la facultad, a juzgar por el olor a piel nueva del maletín que llevaba.

— Mi cliente está dispuesta a ofrecer información en un caso criminal a cambio de un trato con la fiscalía — indicó el abogado —. Creo que les va a interesar.

— Primero oigamos lo que tiene que decir — expuso Zach.

Dorie alzó la cabeza al oír su voz.

— ¿Es usted de Boston?

El asintió, sorprendido de que su acento fuera tan perceptible.

— Así es. Llevo meses trabajando en el caso Holloway.

Ella apretó los labios.

— La culpa de todo esto es de Gilbert Holloway. Él nos engañó, haciéndonos creer que todo era legal. Luego fue demasiado tarde para dar marcha atrás.

— ¿A quiénes incluye con ese «nos»? — quiso saber Zach.

— A mi prima Allison y a mí — respondió Dorie—. Ella me apoyará si mi palabra no es suficiente. Sé que lo hará.

Zach apartó una silla y se sentó.

— Entonces, dígame dónde se esconden Holloway y ella.

Dorie bufó.

— No están juntos. Gilbert no confía lo suficiente en ella como para permitir que se oculte con él. No confía en nadie.

«Salvo en Gracie».

El instinto le dijo que Gracie no se hallaba a salvo, sin importar lo mucho que afirmara lo contrario.

— Éste es el trato — Dorie miró a su abogado—. No quiero cumplir condena. He ganado demasiados enemigos, dentro y fuera de la cárcel. Si acepto testificar contra Holloway en el juicio, quiero completa inmunidad.

— Creo que se está adelantando — cortó Zach—. No vamos a hacer ningún trato hasta que atrapemos a Holloway y Allison.

Ella se encogió de hombros.

— Perfecto. Espero que no siga perdiendo el tiempo con esa tal Dawson, porque Gilbert planea abandonar el país hoy.

El modo en que lo dijo le puso los pelos de punta.

— ¿Cómo sabe de Gracie?

Dorie puso los ojos en blanco.

– Allison no corre riesgos. Sabe que el punto débil de Gilbert es esa mujer. De modo que ha estado vigilando la casa y sabe que usted ha estado allí. Lo único que no sabe es que usted es poli. Supuso que Gilbert había metido a Gracie en el negocio y que usted era otro tipo que se llevaría una parte del botín.

Titubeó, preguntándose cuánto revelarle a Dorie. Aunque se dijo que ella no iba a ir a ninguna parte.

– ¿Cómo es que Gilbert va a dejar el país hoy si ha concertado un encuentro con Gracie para esta noche?

Dorie soltó una carcajada.

– ¡Son tan estúpidos! No me extraña que todavía siga libre. No hay ninguna reunión esta noche. Todo es un embuste.

La miró fijamente, convencido de que Gracie no le mentiría. No obstante, esa mañana había visto algo en sus ojos...

– ¿Cómo lo sabe?

– Porque yo estaba en el almacén cuando Gracie se presentó. Lo oí todo. La ha engañado, haciéndole creer que la cinta tiene algún mensaje secreto. No es más que un cebo para Allison. Es a ella a quien quiere culpar de todo el caso.

– ¿De modo que es Allison la que va a aparecer en la reunión esta noche?

Dorie asintió.

– ¿Por qué otro motivo él iba a ponérselo tan fácil a ustedes?

Tenía sentido, aunque Gilbert desconocía que Gracie le hablaría de la reunión a un policía. «¿O no?» Quizá Gracie le había contado que se alojaba en su casa. Se pasó una mano por el pelo, sin saber qué creer.

El abogado se puso de pie.

– Creo que mi cliente le ha brindado información más que suficiente para acordar un trato.

Zach miró al sargento Hay es.

– No estoy en mi jurisdicción, de modo que no puedo decidirlo yo.

Hayes titubeó un momento, luego asintió.

– Hay trato, pero no lo haremos oficial hasta que tengamos a Allison Webb.

– Bastará con que me envíe el papeleo – indicó el abogado. Luego abandonó la sala con Dorie, quien iba escoltada por un guardia.

Hayes se volvió hacia Zach.

– Bueno, ¿qué puede hacer nuestro departamento para ayudarlo?

Era una situación delicada de jurisdicción. Gilbert Holloway no había quebrantado ninguna ley en Texas. Todavía. Pero tenían suficientes pruebas para considerarlo sospechoso de una posible conspiración, junto con Allison Webb, y ella sí pertenecía a esa jurisdicción.

—Nada hasta esta noche —repuso Zach—. Es el momento en que, supuestamente, Grade va a reunirse con Gilbert en el almacén, aunque da la impresión de que será Allison quien aparecerá. Quizá podría enviar dos coches anónimos para interceptarla.

Hayes asintió.

—Ningún problema. ¿Necesita algo más?

—De hecho, sí —se levantó y fue hacia la puerta—. Pero primero deje que lo invite a almorzar. Me muero de hambre.

Hayes rió.

—Jamás rechazo una comida gratis. Adelante.

Zach miró la hora, con la esperanza de que fuera una comida rápida. Quería volver junto a Gracie. Y si todo salía según lo planeado, nunca más tendría que dejarla.

Capítulo 14

Esa mañana, Gracie trabajaba en la librería con el piloto automático conectado. Guardó las novedades que acababan de llegar, ayudó a los clientes y se puso al día con el papeleo mientras su mente se hallaba en otro sitio. En Zach, para ser precisos. Y en la cinta de vídeo que tenía en el bolso.

En ese momento, sonó la campanilla de la puerta y alzó la vista. Vio que entraba Paul. Casi no lo reconoció. Se había afeitado la barba y se había puesto un traje gris nuevo.

—Vaya, vaya —manifestó con admiración cuando él se acercó al mostrador—. ¿A qué se debe la ocasión?

Una sonrisa precedió al anuncio.

—He vendido mi libro.

—¿Sí? —rodeó el mostrador y lo envolvió en un fuerte abrazo—. ¡Paul, eso es maravilloso!

—Sigo sin poder creérmelo. El editor me llamó esta mañana para darme la buena noticia. Desde entonces, no he dejado de pellizcarme.

—Así que ése era el motivo por el que no habías aparecido esta mañana. Trina y yo nos preguntábamos qué te había pasado.

La sonrisa de él se desvaneció.

—Me sorprende que Trina lo notara. De hecho, pensé que sería menos incómodo para los dos si a partir de ahora no volvía por aquí. Pero tenía que venir a compartir esta noticia tan buena.

Trina había mencionado que la noche anterior había sucedido algo entre ellos, pero Gracie no lo había considerado lo bastante serio como para alejar a Paul.

—¿Qué ha pasado? Él pareció sorprendido.

—¿No te lo contó?

—No específicamente.

—Anoche me declaré.

Gracie lo miró fijamente, esperando que fuera un chiste.

—¿Le pediste... matrimonio?

Él asintió.

—Mostró la misma expresión que tienes tú ahora. Mejor descrita como aturdida incredulidad.

—Si nunca habéis salido. ¿No crees que semejante petición fue un poco prematura?

La resolución oscureció los ojos de Paul.

— ¿Sabes una cosa, Gracie? Llevo perdidamente enamorado de esa mujer desde hace tres años, como ella era bien consciente. Pensé que era hora de declararme y ver el sitio que ocupaba. Ya lo sé.

Gracie quería sacudirlos a los dos.

— Paul, estoy segura de que tu declaración ha sido una conmoción para Trina. Dale tiempo para pensar en ello. Puede que no esté preparada para el matrimonio, pero...

El movió la cabeza.

— Escucha, no he venido a hablar del desastre que es mi vida amorosa. Tengo una oferta que espero que no puedas rechazar.

— ¿Qué clase de oferta?

— Me gustaría invertir en Entre Tapas, si no te importa aceptar un socio.

Lo miró fijamente otra vez, en esa ocasión en un silencio atónito.

— Voy a recibir un adelanto económico importante — continuó Paul con una sonrisa—. Por lo tanto, ¿qué mejor manera de invertirlo que en un negocio que exhibe mi trabajo? Entre Tapas es como un segundo hogar para mí. Ya no vendré por aquí, pero me gustaría seguir formando parte de la librería.

— No sé qué decir.

— Di que sí — insistió—. Ya he encontrado un buen sitio al que trasladarnos. Es un poco caro, pero me gustaría que el contrato de alquiler fuera mi inversión. Más adelante podremos establecer todos los detalles financieros. Estoy dispuesto a aplazar la devolución de mi inversión hasta que el nuevo local esté montado y funcionando.

Gracie jamás había creído en cosas místicas, pero eso casi la convertía en una creyente. Sólo unos momentos antes, había tomado la decisión de seguir su sueño de hacerse abogada, sin importar los obstáculos que tuviera que sortear. Y luego entraba Paul con la intención de quitarle el más importante del camino.

— Piénsalo — insistió él—. Mañana podemos ir a ver el local y entonces puedes comunicarme tu decisión.

— No tengo que pensarlo — repuso, alargando la mano—. Socio.

— ¿Lo dices en serio? — inquirió antes de soltar una exclamación de júbilo y estrecharle con vehemencia la mano.

— Con una condición — esperó no estar cruzando los límites de su amistad con Trina y Paul.

— Lo, que sea — aceptó él encantado.

— Todavía no te rindas con Trina. Habla con ella... al menos una vez más. Ahora mismo está tomando algo en La Tentación.

Pareció más resignado que inquieto por la sugerencia.

– No será más que una pérdida de tiempo.

– Tú ve – lo empujó hacia la puerta –. Mientras tanto, yo empezaré a redactar un borrador de nuestro acuerdo.

– No creo que tarde mucho – comentó Paul antes de salir de la librería.

Gracie se quedó contemplándolo, todavía asombrada por el giro súbito que había dado su vida. Jamás había imaginado que Paul podría tener la clave para solucionar su problema con la librería. Y todo ese tiempo había estado ante sus ojos.

Justo ante sus ojos.

Quizá también había estado mirando la cinta de vídeo de forma equivocada. Regresó al escritorio y la sacó del bolso. Después de mirarla cientos de veces, aún desconocía por qué era "tan importante para Gilbert. Pero, ¿y si el motivo no se encontraba en la cinta? ¿Si estaba dentro de la cinta?

Sólo había una manera de averiguarlo.

Zach entró en La Tentación. Agradeció el aire acondicionado después del sol de la tarde calurosa. Se dijo que una cerveza le sabría aún mejor.

Fue a la barra y se sentó en un taburete. Ante la puerta de la cocina había una mujer joven que hablaba con un hombre con un mandil blanco.

Por el color de su cabello y ojos, adivinó que debía de tratarse de Cat Sheehan, una de las propietarias del bar. Sin duda el hombre mayor que había en el umbral era Zeke Watson, el encargado de la parrilla.

Era extraño lo bien que los conocía cuando jamás los había visto. Sus atributos físicos encajaban a la perfección con las descripciones que le había hecho Gracie en los correos electrónicos. Con semejante capacidad de comunicación, si alguna vez tenía la oportunidad, se convertiría en una excelente abogada.

Quería ayudarla a disponer de la oportunidad... y más. Pero primero debía localizarla.

– Hola, ¿qué deseas?

– Me gustaría una Michelob de barril, si tienes – pidió –, y un poco de información.

– De la cerveza no hay problema – sacó una jarra helada de la nevera y fue hacia el grifo del barril –. La información depende del tema.

– El tema es Gracie Dawson.

Lo estudió de arriba abajo.

– Deja que lo adivine, eres el poli que ha estado alojándose en su casa.

– El mismo.

Ella asintió.

– Gracie me ha hablado mucho de ti.

Se preguntó cuánto, pero la expresión en la cara de Cat le dejó claro que no se lo iba a decir.

– Vengo de Entre Tapas – comenzó –, pero está cerrado. Esperaba que supieras dónde podía encontrar a Gracie.

– ¿Cerrado? – Cat frunció el ceño –. Es raro. No recuerdo que la librería cerrara nunca a media tarde. Siempre hay alguien en el local.

– Es lo que yo creía – bebió un trago de cerveza –. La última vez que pasé, estaba Paul.

El ceño se desvaneció y sonrió.

– Bueno, eso lo explica todo.

– ¿Qué quieres decir?

– Paul y Trina estuvieron aquí hace casi una hora. Cuando se marcharon, debería haber imaginado que no iban a regresar a la librería.

– ¿Por qué lo dices?

Se apoyó en el mostrador y bajó la voz:

– Digamos que apenas lograron llegar a la puerta con la ropa puesta. Primero hablaron, luego discutieron y después se besaron.

Zach sonrió antes de beber otro sorbo. Al menos eso explicaba por qué estaba cerrada la librería. Lo más probable era que Gracie tuviera que haber salido unos momentos.

– Oh, a propósito – Cat limpió el mostrador delante de él –. Si le haces daño a Gracie, te mato.

Zach dejó la jarra de cerveza. Admiraba su lealtad, aunque eso significara recibir semejante amenaza.

– No tengo intención de hacerle daño.

– Me alegra oírlo.

Terminó la cerveza y sacó la cartera.

– Invita la casa – indicó Cat, recogiendo la jarra vacía –. Dile a Gracie que venga a visitarnos pronto. Tengo mucho que contarle.

Él asintió y guardó la cartera.

– Gracias.

Al salir del bar, miró en dirección a la librería, con la esperanza de encontrarla otra vez abierta. Pero el letrero de Cerrado seguía ante la puerta, lo que le provocó cierta ansiedad.

Gracie tenía razón. Se preocupaba demasiado. El caso Holloway estaba prácticamente cerrado y al fin su vida iba por el camino correcto. Lo único que tenía

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

que hacer era arrestar a Gilbert y ese hombre quedaría para siempre fuera de la vida de Gracie.

Capítulo 15

Grade se hallaba ante la entrada del Kendall State Bank; miraba la llave que tenía en la mano y se preguntaba si debería seguir su instinto.

Había tenido razón acerca del vídeo. Al abrirlo, había encontrado la llave pegada en el interior del estuche. En ese momento, la pregunta era adonde la conduciría la llave, ya que tenía una buena idea de dónde encontrar la cerradura que abría.

Doce años atrás, había acompañado a Gilbert cuando éste había alquilado una caja de seguridad en ese mismo banco. Había iniciado un negocio de reparación de ordenadores y planeaba mantener los ingresos separados de su cuenta corriente, con el fin de no verse tentado a gastar todos sus ingresos.

Lo había olvidado hasta encontrar la llave. Era más pequeña que la de una casa, y parecía casi idéntica a la que había tenido su tía para la caja de seguridad en el mismo banco.

Incluso después de tantos años, no había olvidado el número de la caja de Gilbert. Éste había reído cuando el empleado del banco se lo había asignado, diciendo que sólo tendría que recordar el cumpleaños de Gracie el diez de junio para recordarlo.

Suspiró y comprendió lo diferente que había sido el Gilbert de entonces del hombre que había visto en el almacén. Más abierto y relajado, menos paranoico y tenso. Los años no lo habían tratado bien.

Quizá podría haber encontrado un modo de ayudarlo.

Tal vez todavía dispusiera de esa oportunidad.

Respiró hondo, entró en el banco y se preguntó cómo iba a convencerlos de que le dieran acceso a la caja de seguridad cuando ni siquiera tenía una cuenta ahí.

Entonces vio a su antigua compañera de clase, Sandra Atley, detrás de una de las ventanillas. Como empleada nueva, probablemente aún no conocía a todos los clientes del banco. Y siendo una curiosa nata, era posible que estuviera dispuesta a flexibilizar las reglas a cambio de alguna información jugosa.

—Hola —saludó Sandra al ver a Gracie ante su ventanilla—. La otra noche desapareciste de la reunión. ¿Qué pasó?

—Gilbert y yo queríamos recordar en privado.

Sandra soltó un suspiro de melancolía.

—Afortunada que eres. Yo esperaba una oportunidad para recordar con él, pero supongo que tú tenías los derechos del primer intento.

Gracie se acercó.

—De hecho, resultó ser que no era Gilbert.

— ¿Qué? — abrió mucho los ojos.

— Era un policía de Boston haciéndose pasar por Gilbert como parte de una investigación criminal.

— ¡Imposible!

— Es verdad — afirmó Gracie—. Desconozco todos los detalles, pero Allison Webb está involucrada.

— Bueno, eso no me sorprende — repuso Sandra—. Esa mujer nunca fue trigo limpio — alargó la mano hacia el teléfono inalámbrico que tenía delante de ella—. He de llamar a mi madre. Le dará un ataque cuando se lo cuente.

Gracie alzó la llave que sostenía.

— Necesito comprobar una caja de seguridad.

— Oh, claro — dijo Sandra, entregándole la llave maestra que encajaba en todas las cajas de seguridad.

Gracie sabía que una caja no se podía abrir sólo con una llave. Eso formaba parte de la seguridad del banco. Primero tenía que insertar la llave maestra, luego la que había encontrado en la cinta podría abrir la caja. Si su instinto no se equivocaba.

— Tráeme la llave maestra cuando hayas terminado — dijo Sandra, poniéndose a marcar los números en el teléfono.

Había sido más fácil de lo que había imaginado.

Un momento más tarde, se hallaba en el interior de la cámara, mirando las hileras de cajas hasta que vio la que buscaba: 610.

Fue hacia allí con un nudo en el estómago, insertó la llave maestra y luego la que ella había encontrado. Sonó un clic suave, después la caja se abrió.

La sacó y la depositó sobre la mesa. El corazón le martilleaba en el pecho. Preparada para encontrar desde dinero hasta piedras preciosas, levantó la tapa.

Pero no estaba preparada para lo que vio dentro.

Había un disquette de ordenador.

El disquette plano de tres pulgadas y media parecía como cualquier otro disco. Lo alzó y le dio la vuelta. Otro misterio. Pero en esa ocasión sabía que no le haría falta tanto tiempo para desentrañarlo. Sólo tenía que ir a casa y encender el ordenador.

Y pensar en lo que le diría a Zach. Pero el tiempo se le agotó cuando Zach salió a su encuentro en la puerta de su casa.

— ¿Dónde has estado? — preguntó, abrazándola—. Empezaba a preocuparme.

El cuerpo traidor saboreó el calor que emanaba de él, a pesar de saber que quizá no había un futuro para ellos. Sin embargo, parecía tan perfecto para ella en algunos sentidos. Pero aún faltaba la prueba más importante.

– De camino a casa pasé por el banco – se apartó de sus brazos –. Descubrí el secreto de la cinta de vídeo, Zach.

Él sonrió.

– Sé lo mucho que has trabajado en esto, Gracie, pero no hay secreto. Dorie Phillips confesó que todo era un embuste.

Ella sacó el disquette del bolso.

– Entonces, ¿por qué encontré una llave dentro de la cinta? Una llave que abría una caja de seguridad en el Kendall State Bank con este disco en su interior.

Él frunció el ceño.

– ¿Qué diablos es?

– Es la prueba de que yo tenía razón con Gilbert. Allison y Dorie son las que han tramado la estratagema, tratando de prepararlo para que lo culpen de todo.

Zach movió la cabeza.

– Eso no lo sabemos con certeza.

– Entonces, metamos el disquette en el ordenador y averigüémoslo. Tengo la sensación de que todo lo que necesitamos saber está aquí.

Treinta minutos más tarde, Gracie demostró tener razón.

– Holloway lo tiene todo – recorrió las páginas de información por la pantalla del ordenador –. Todo lo que necesitamos para presentar cargos. Nombres. Fechas. Cada transacción relacionada con los robos de las tarjetas de crédito. Gilbert debió de salvarlo todo en el disquette antes de borrar su disco duro. Hemos dedicado meses a buscar esto.

Gracie no podía creer que casi hubiera acabado.

– Es evidente que Allison y Dorie eran quienes robaban los números. O bien para usarlos ellas mismas o bien para venderlos al mejor postor. Gilbert fue el intermediario ingenuo.

Zach giró en la silla y le tomó las manos.

– Lo único que demuestra esto es que Gilbert quería un seguro. Dorie nos contó que fue él quien tramó toda la operación.

Gracie tuvo ganas de gritar. Después de todo lo que había pasado entre ellos, seguía sin modificar su error. Aún no quería creerla.

– Te equivocas – le dijo –. Pero el único modo en que puedo demostrártelo, es yendo al almacén esta noche para encarar a Gilbert.

La expresión de Zach se suavizó.

– Cariño, Gilbert no va a estar allí. Todo es un montaje. Se supone que Allison debía llegar a la misma hora que tú. No es seguro, Gracie. Esa mujer te odia.

—Gilbert no me haría eso —tomó el rostro de Zach entre las manos—. Si de verdad te importo, me dejarás hacerlo. Quizá Gilbert no sea completamente inocente en esto, pero quiero ayudarlo. Como su amiga, es lo menos que puedo hacer.

Los ojos oscuros de Zach mostraron angustia. Sabía que lo estaba colocando en una situación difícil, pero no tenía otra elección. No podía planear un futuro con él si no era capaz de ceder y encontrarse a mitad de camino con ella.

—Maldita sea, Gracie, no me pidas que haga esto. No te puedo dejar ir sola. No después de lo que le pasó a Ray.

—Estaré bien —le prometió—. Yo no soy Ray. Y Gilbert no es quien le disparó. Tienes que confiar en mí en esto, Zach.

Él guardó silencio tanto rato, que ella casi terminó por abandonar la esperanza.

—Vas a llevar un micro —soltó al final—. Y en cuanto crea que la situación se pone peligrosa, entraré. ¿Entendido?

Ella se adelantó y le dio un beso suave en los labios, consciente de lo difícil que era eso para él.

—Perfecto. ¿Entiendes tú lo que significa para mí?

La abrazó con tanta fuerza, que prácticamente le cortó la respiración.

—Debo de estar loco para dejarte hacer algo así.

Por primera vez, la confianza que tenía Gracie en la inocencia de Gilbert titubeó. Si era culpable, tal como Zach creía, entonces estaba poniendo la lealtad hacia él por encima del hombre al que amaba. Pero en ese punto, ya no disponía de alternativa.

Caía una ligera lluvia. Gracie se hallaba a unas manzanas de distancia del almacén, dejando que Zack le arreglara la chaqueta alrededor del cable con el que grabaría la conversación con quienquiera que apareciera... Gilbert o Allison.

Cerca se encontraban otros cuatro agentes de la policía de Kendall, hablando en voz queda junto a sus coches de incógnito. Habían aparcado entre dos edificios y detrás de un pinar, escondidos a la vista.

—Habla lo justo —instruyó Zach—. Deja que sea Allison la que lleve el peso de la conversación. Lo suficiente para incriminarse. Luego, sal de ahí sin pensártelo dos veces.

—Estaré bien. La miró a los ojos.

—Cuento con ello.

Quería decirle lo mucho que lo amaba.

Que él era el hombre que más le importaba en el mundo, no Gilbert. Pero no era ni el momento ni el lugar.

El trueno retumbó en el cielo. Contuvo un escalofrío, a pesar de que aún hacía calor y humedad.

El sargento Hayes se les acercó.

– ¿Está lista? Gracie asintió.

– No es demasiado tarde para cambiar de idea – dijo Zach –. No hace falta que lo hagas.

– Sí – musitó –, hace falta.

Asintió y se volvió mientras ella subía al coche.

Gracie arrancó y se sintió más vulnerable que nunca en la soledad del coche. Zach y los otros agentes se acercarían al almacén en cuanto ella hubiera entrado.

Al llegar al lugar, la lluvia que salpicaba el parabrisas se multiplicó y supo que, si no bajaba pronto del coche, se empaparía. Respiró hondo, alzó el mentón y dijo al micro:

– Voy a entrar.

Sintió que el cable se movía cuando alargó la mano hacia el bolso y esperó no haberlo soltado. Luego abrió la puerta del coche y corrió hacia el almacén. La lluvia le mojó el pelo y le tornó borrosa la visión.

La puerta se abrió antes de que ella llegara y vio a Gilbert del otro lado. Suspiró aliviada de que la hubiera recibido él.

– Eh, lo has conseguido – comentó –. Empezaba a preocuparme.

– Lamento la tardanza – se limpió la humedad de los ojos.

– No pasa nada – Gilbert sonrió –. Sabía que vendrías.

Confiaba en ella. No podía saber que llevaba un micro y que la policía se encontraba a poca distancia. Pero no hacía eso para atraparle a él, sólo para ayudarlo.

– ¿Has traído la cinta? – preguntó Gilbert. Gracie se apartó unos mechones húmedos de la frente.

– No.

Él frunció el ceño.

– Pero, Gracie, necesito...

– Encontré la llave – cortó ella. Él se quedó helado.

– ¿Qué?

Nada más ver su reacción, algo dentro de Gracie murió. Zach tenía razón. Gilbert no era un inocente al que hubieran engañado.

– Dentro del vídeo. La llave de tu caja de seguridad en el banco.

Él se pasó una mano por la frente.

– De modo... ¿llevas la llave encima ahora?

—No —no se explayó, ya que quería que le explicara qué estaba pasando, que le hiciera comprender cómo el joven al que había conocido tan bien podía haber cambiado tanto en los últimos diez años.

—No me mires de esa manera, Gracie. No sabes cómo ha sido.

—Explícamelo.

Él se puso de pie y comenzó a caminar por el suelo sucio de cemento.

—Los dos teníamos tantos planes en el instituto. Yo iba a conseguir una beca completa para estudiar en el MIT y luego un trabajo en la NASA. Codearme con los astronautas... — se volvió para mirarla con un gesto de amargura—. Bueno, los dos sabemos que ninguno de los sueños que teníamos se hicieron realidad. Terminé haciendo trabajos administrativos como millones de personas, sin poder llegar a fin de mes.

—Pero fuiste a la Universidad de Boston y te licenciaste —la asombraba la autocompasión que oía en su voz—. Es una excelente universidad.

—Sí, pero allí fracasé con las mujeres igual que me había sucedido en el instituto. Ninguno de mis sueños se hizo realidad jamás. A nadie llegué a importarle nunca, salvo a ti, Gracie.

Ella se puso de pie, deseando que se lo hubiera confiado mucho antes de haberse involucrado tanto.

—Aún me importas, Gilbert. Por eso quiero ayudarte ahora. Es hora de que te entregues a la policía. Sabes que yo te apoyaré en todo momento.

Las cajas de cartón apiladas alrededor de ellos cayeron al suelo, sobresaltándolos a los dos. Gracie giró la cabeza y vio que Allison salía de detrás de una hilera; en la mano llevaba una pistola y en la cara una expresión implacable.

—Eso no va a pasar, ¿verdad, Gilbert? — preguntó, situándose junto a él.

Las miró a las dos, claramente indeciso.

—Allison, esto no es necesario. Gracie no es el enemigo.

—Tal como yo lo veo, lo es —contradijo con furia.

Gilbert movió la cabeza.

—Gracie es una amiga. Tú eres la única mujer a la que amo.

—Entonces, ¿por qué le mandaste a ella la cinta con la condenada llave? — exclamó Allison—. Has demorado que nos largáramos de este estúpido pueblo hasta que pudieras explicarle todo a ella. Ahora es la única que puede detenernos — apuntó el arma a Gracie—. A menos que yo la detenga primero.

—Escucha, yo... —comenzó Gracie, queriendo alargar la situación.

Pero Allison no iba a brindarle una oportunidad.

—Di buenas noches, Gracie.

Entonces apretó el gatillo.

Capítulo 16

A Zach el corazón le dio un vuelco al oír el disparo en los auriculares.

Gracie.

Se los arrancó y salió corriendo hacia el almacén, con las piernas como plomo.

¿Por qué había dejado que fuera sola? Sabía que era peligroso. Que ella desconocía la desesperación que podía empujar a la gente a realizar cosas demenciales. En ese momento, Gracie había pagado el precio de su mal juicio.

A su espalda oyó voces y pisadas, pero no se volvió.

Al llegar al edificio, se obligó a parar y desenfundó el arma.

Los demás lo imitaron y adoptaron posturas de protección y cobertura. Zach abrió el camino hacia la puerta, demasiado desesperado por Gracie como para preocuparle la cautela.

Si la perdía...

Tragó saliva y supo que no sería capaz de funcionar como considerara la posibilidad.

Abrió de una patada y gritó:

— ¡Policía!

Lo primero que vio fue la sangre que chorreaba por el suelo irregular de cemento. En su garganta murió un gemido ronco. Siguió el chorro de sangre con la vista hasta que vio un cuerpo.

No era Gracie.

El alivio le aflojó las rodillas, pero corrió a su lado. Gracie estaba sentada en el suelo con la cabeza de Gilbert acunada en su regazo. Estaba vivo, pero mareado.

Al mirarlo, vio que por las mejillas de Gracie bajaban lágrimas.

— Te amo, Zach. He estado a punto de no disponer de la oportunidad de decírtelo. Te amo.

— Sshhh — murmuró, llenó de emoción interior. La controló, decidido a mantener el nivel de profesionalidad requerido.

Ella comenzó a temblar a medida que los otros oficiales atendían a Gilbert y uno de ellos llamaba una ambulancia.

Hayes llegó al lado de Zach.

— ¿Qué ha pasado?

Grade respiró hondo.

— Allison apareció con una pistola. Iba a dispararme, pero Gilbert se interpuso en el camino de la bala. Me salvó la vida.

– ¿Adonde ha ido Allison? – preguntó Hayes.

– Sintió pánico cuando Gilbert cayó al suelo y huyó por la puerta de atrás.

Hayes le indicó a sus hombres que fueran tras ella y luego le habló a Zach:

– Cuide de ella. Yo me ocuparé de los otros dos.

Zach se quitó la chaqueta y la pasó por encima de los hombros de Gracie, que en ese momento temblaba con violencia. La alzó en sus brazos.

– Pensé que te habían disparado. Pensé... – calló, incapaz de formar las palabras que habían estado a punto de quebrarle el corazón.

Le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que en la distancia sonaron sirenas.

– Estoy bien, Zach. De verdad. Sólo un poco aturdida.

La abrazó con más fuerza.

– Estás conmocionada – fue hacia la puerta –. Necesitas que te vea un médico.

– Estoy bien – protestó.

Pero en esa ocasión no iba a dejar que lo convenciera. La obligó a aceptar que la examinaran los enfermeros. Le tomaron las constantes vitales, luego la tumbaron en una camilla y la llevaron a la segunda ambulancia. La primera ya se había marchado con Gilbert.

– Tenemos a Allison Webb – dijo Hayes, acercándose por detrás –. Parece que ya ha cerrado el caso, detective Maddox.

Asintió, demasiado emocionado para hablar. Era el peligro de dejar que alguien entrara en el corazón. Lo había hecho con Gracie y a punto había estado de perderla. En ese instante, una parte de él comprendió el aislamiento al que se había sometido su madre. El dolor era demasiado intenso.

Quizá era hora de que también él tomara esa decisión.

Al día siguiente, decidió ir a la librería porque no aguantaba estar en casa. Había demasiados recuerdos de Zach. Ella había estado en el hospital hasta medianoche, hasta asegurarse de que Gilbert estaba bien. La bala simplemente le había causado una herida superficial en el glúteo. Había esperado que Zach apareciera en el hospital, pero uno de los oficiales le había dicho que estaba en comisaría arreglando la extradición de Gilbert e intentando explicarle todo a su jefe. Lo había llamado al móvil, pero él no había contestado.

Después de estar guardando libros en cajas hasta el mediodía, Trina se marchó para ir a reunirse con Paul en un restaurante de la ciudad, y ella eligió ir a La Tentación a pedir un almuerzo rápido para llevar.

Al regresar a la librería, se preguntó por qué se había molestado. No tenía apetito, a pesar de que Cat le había dicho que Laine y Tess regresarían a la ciudad la semana siguiente, momento en que las cuatro quedarían. Cat no le había explicado

por qué había planeado esa reunión misteriosa y ella no quería alimentar sus esperanzas.

No estaba preparada para despedirse de Tess, Laine y Cat. Junto con Trina, eran las hermanas que nunca había tenido, las únicas mujeres que de verdad la entendían. Pero todas sus vidas estaban cambiando. Cada una tenía un sueño que perseguir.

Volvió a pensar en Zach. Todavía seguía sin noticias de él y empezaba a perder las esperanzas. Por lo que sabía, podía hallarse en un avión de camino a Boston.

Dejó la bolsa de La Tentación en el escritorio, pensando en comer luego. Quizá se le abriera el apetito después de guardar unas cajas más con libros. Pero el sonido de pisadas en uno de los pasillos le dijo que primero tendría que atender a un cliente.

Contuvo un suspiro y lamentó no haber cerrado la puerta. Sólo esperó que no fuera una de esas personas que pasaba horas leyendo todo el material.

Se dirigió hacia el pasillo.

— ¿Puedo ayudarlo...?

Las palabras murieron en sus labios al ver a Zach. Estaba peligrosamente sexy con una sombra de barba de un día. Aunque se había duchado y cambiado del día anterior, su intuición le decía que llevaba toda la noche sin dormir.

— Eso espero — repuso —. Busco una historia con un final feliz.

Ella tragó saliva, demasiado aturdida para pensar con claridad.

— ¿Qué clase de historia?

— Oh, decididamente una romántica. No sé el título, pero los personajes principales aspiran a hacerse abogada y policía de la ciudad de Kendall.

La esperanza se mezcló con el miedo de malinterpretarlo.

— No entiendo.

— ¿No? — se acercó y le tomó las dos manos —. Te amo, Gracie Dawson. Así de simple. Tardé un tiempo en descubrirlo. A veces los policías son bastante densos... y obstinados.

— Lo he notado — musitó, diciéndose que no se trataba de un sueño. Era real. Hermosa, maravillosamente real.

Le acarició la mejilla.

— ¿Crees que podrías soportar tener a un tipo denso y obstinado como yo durante los próximos cuarenta o cincuenta años?

— ¿Eso es todo? — bullía de júbilo —. Yo esperaba mucho más.

— Me alegro de que pienses de esa manera — la miró con ternura al tiempo que se acercaba más —. Porque acabo de aceptar un puesto en el departamento de policía de Kendall. Quiero estar lo más cerca de ti que sea posible el mayor tiempo posible.

—Oh, Zach —exclamó, queriendo reír y llorar al mismo tiempo. Pero no quería que él luego se arrepintiera—. ¿Estás absolutamente seguro del paso que vas a dar? ¿Y si echas de menos Boston? ¿Y si no te gusta vivir en Kendall? ¿Y si te aburre...?

La silenció con un beso que la convenció de que la vida no iba a ser nada aburrida.

Cuando finalmente él se retiró, lo miró a los ojos y en ellos vio la promesa de más felicidad que la que jamás se había atrevido a soñar.

—Te amo —dijo él con voz ronca. Luego apretó toda su dura extensión contra ella con un gemido ronco—. Te deseo.

—Entonces, ¿qué estás esperando? —le susurró Gracie, acercándolo para otro beso, más ardiente que el anterior y con una urgencia que ninguno de los dos podía negar.

Ella se apoyó contra una estantería mientras Zach comenzaba a desabotonarle la blusa. Lo ayudó y la abrió para poder sentir las manos de él en su piel.

Zach bajó la cabeza a sus pechos y los succionó a través del sujetador mientras con los dedos le levantaba la falda hasta la cintura.

Luego los introdujo en sus braguitas y se las bajó. Ella se arqueó contra la madera sólida que tenía a la espalda mientras Zach le introducía los dedos, encontrándola mojada y preparada.

Gracie oyó el sonido del celofán del preservativo al romperse, seguido del crujido de ropa al caer. Y al final lo tuvo dentro. La sensación exquisita le arrancó un gemido y anheló que durara para siempre.

Se agarró a sus hombros cuando le subió las piernas a cada lado de sus caderas. La llenó completamente, haciéndola gritar de éxtasis al comenzar a moverse. La estantería tembló detrás de ella, pero lo único que podía hacer Gracie era sentir a Zach. Su fuerza. Su deseo. Su amor.

El grito de satisfacción que soltó él partió el aire, arrastrándola consigo a medida que su cuerpo se tensaba y mecía con placer. El movimiento hizo que todos los libros cayeran de las estanterías, lloviendo sobre ellos a medida que alcanzaban el orgasmo.

Cuando al fin recobró el aliento, Gracie contempló todas las novelas románticas que había alrededor de ellos.

—Ahí tienes, Zach. Puedes elegir qué final feliz prefieres.

La miró a los ojos con un amor ardiente y eterno.

—Te elijo a ti.

Fin.